

GAETANO PASSARELLI

Padre Aníbal
Un sueño de Dios

Traducción:
Eleonora Bovi, Cristina Debbi, Sara Menichelli

Revisión:
P. Matteo Sanavio RCJ

Editor General: P. José María Ezpeleta RCJ

Se autoriza para imprimir:
P. Bruno Rampazzo RCJ,
Superior General de los Rogacionistas del Corazón de Jesús

© Rogacionistas del Corazón de Jesús.
Comisión para las traducciones.
Roma 11 de enero de 2021.

I

¡Billetes! Gritó el cobrador encendiendo las grandes luces del coche. Pero pronto se dio cuenta de que su orden era desproporcionado con respeto a los presentes. Desde los respaldos de los asientos de madera de tercera clase, solo emergía la silueta de una persona en el otro lado del coche.

Entretanto, lo atacaron golpes de tos seca, que lo obligaron a pararse. Molestaban tanto que cada vez que hablaba lo atormentaban. Cuando se recuperó, se acercó al pasajero.

«¡Buenos días, reverendo!», dijo tocándose el sombrero como si quisiera levantarlo.

«Buenos días y feliz Navidad pasada» contestó él, esbozando una sonrisa.

«De trabajo, desgraciadamente...»

Selló el billete y, al devolvérselo, añadió: «Veo que Usted también ha pasado media Navidad y pasará medio San Esteban con nosotros. ¡Qué viaje! Tendrá los huesos molidos».

Pero, en este punto, la tos lo obligó a volverse y a doblarse en dos.

«¡Qué tos fea!» opinó el cura.

«Este año no me da tregua» contestó el cobrador cuando terminó de expectorar.

«Tendría que hacer la cura Kneipp».

El hombre abrió desmesuradamente los ojos como si quisiese decir: ¿qué es?

El cura comprendió la perplejidad y sonrió un poco: «Nada tan raro como podría parecerle el nombre. Es sólo una cura inventada por un sacerdote alemán basada sobre la alternancia de baños calientes y fríos».

«Baños en este período?» se estremeció el cobrador.

El cura comprendió en seguida que el hombre no tenía mucha confianza con el agua y le dio un consejo diferente: «Entonces necesita una buena decocción de hierbas. Si quiere se las puedo escribir para comprarlas en la farmacia», y, sacando de su bolso una pieza de papel y el tintero de viaje, empezó a escribir apoyándose a un portafolios rígido: «violeta, uña de caballo, malva, algarroba y un poquitín de miel» y, dándole el billete añadió: «Si pone un poco de limón será aún mejor».

El cobrador, tomado el billete, empezó a mover el dedo índice porque la tos le impedía hablar y después dijo: «Sabe, reverendo, a mí las decocciones... pero lo acepto con gusto para mi mujer».

«Usted prefiere tener tos, ¿verdad?» dijo irónicamente el cura.

«Es que estoy tomando un jarabe, mientras que mi mujer no quiere: es a la antigua...».

«¡Por caridad, deje estar esos venenos!» fue la decidida reacción del sacerdote, «calman la tos, pero le hacen daño al hígado». Y siguió: «¡La leche! ¿Toma leche?».

El cobrador lo miró con maravilla y no pudo detenerse de reírse, expresándose en el dialecto que más le correspondía: «Déjemelo decir, reverendo, ¡Usted es fuerte! Mejor que un vaticinador, y ¿sabe por qué? ¡Es como si en serio le importara que yo me recuperase!». Antes lo indicó con la mano derecha y después se la golpeó sobre la gamba. El cura esperó con paciencia que terminase esas consideraciones y, como veía que lo estaba escuchando de nuevo, un poco intimidado casi como si se encontrara delante de sí un luminar de la ciencia médica dijo: «Claro que me preocupo por su salud: si Usted está bien, estará mejor su familia, trabajará sin sufrir mucho y yo seré feliz por ser útil a un buen hijo de Dios» entonces reformuló la pregunta: «Pues, ¿toma leche?».

El cobrador lo miró fijo: «Claro que sí».

«Entonces le doy una receta que es una panacea y que incluso la desintoxicará. No es necesario que la escriba: hierva un vaso de leche con tres clavos de ajo...».

La mueca del hombre le hizo comprender que tenía que dar una explicación enseguida: «No se preocupe, no tiene que comer el ajo».

«Pues, bien, porque a mí el ajo cocido me resulta indigesto».

«No, no, no se preocupe, el ajo dejará solo un poco de hedor, nada más. Deje reducir la leche hasta la mitad a fuego lento, lo escurra y eche los clavos de ajo, ponga una cucharilla de miel y lo beba antes de acostarse. Le aseguro que en un par de días la tos desaparecerá y Usted me bendecirá».

El hombre le prometió que seguiría su consejo y, cambiando de tema, preguntó: «¿Usted es precisamente de Mesina?»

«Sí, exactamente».

«Perdone, después de preocuparse de mi salud, por favor dígame con quien he tenido el honor de hablar».

El cura se levantó. Era un hombre de unos setenta años, de noble actitud. El perfil aguileño y sobre todo la sotana, acentuaban su físico delgado. Los ojos oscuros, penetrantes, tenían algo magnético, así como toda la persona que podía generar en el interlocutor gran atracción o un fuerte sentido de aversión.

Dio la mano y dijo: «Soy el Canónico Aníbal De Francia».

II

Eran las primeras horas de la tarde con un sol que parecía enfermo cuando llegamos a la Estación Termini de Roma. Esa vez no le había costado mucho trabajo porque los pasajeros eran poquísimos.

El Padre Aníbal bajó del coche y enseguida fue impresionado por el aire penetrante. Se abrigó con su capa y a tranco veloz, como siempre, llegó a la plaza opuesta donde se encontraba la parada del tranvía.

El día de fiesta y el frío habían dejado en casa la mayoría de la gente. Todo lo que había alrededor parecía moverse entorpecido. Tuvo que esperar un poco cuando por fin oyó desde la avenida el cencerreo del tranvía. Destacaba desde lejos porque era rojo con tiras laterales blancas que decían: Sociedad Romana Tranvías y Ómnibus.

Lo observó mientras se acercaba a él, casi feliz con su balanceo aún más alegre gracias a los golpes sonoros que el conductor daba para advertir a los pasantes y los carruajes, aunque aquel día no estaban.

Se dio cuenta de que algo había cambiado desde la última vez que vino a Roma. El convoy tenía como cresta no sólo la tira blanca cruzada por una roja, sino un gran número “uno” también con tres indicaciones del recorrido: San Pedro – Plaza Venecia – estación Termini.

También en el tranvía viajó solo, si se excluyen los pasajeros abrigados, subidos y bajados después de unas paradas. Pero el Padre Aníbal no le hacía caso, puesto que estaba absorto en sus pensamientos, sobre lo que tenía que hacer los días siguientes que era la razón por la que se encontraba en la capital.

Entonces, en menos de poco tiempo, se encontró en el final del trayecto en plaza Rusticucci, frente a Plaza San Pedro. Aquí el aire era incluso más frío. Bajó y entró en la “Spina” de Borgo donde se encontraba la Casa de los Salvatorianos, lugar donde se hospedaría esos días.

En cuanto fue anunciado, vino para acogerlo con gran cordialidad el mismo fundador: Padre Francisco María de la Cruz Jordán. Quiso acompañarlo en el cuarto destinado a él y escuchar qué novedades tenía que contarle sobre el desarrollo de las obras en Mesina.

El día siguiente encontró a unos altos prelados y tuvo confirmación de que Su Santidad lo recibiría en audiencia privada hacia las once del 29. Parecía que todo iba bien, aunque la estancia en Roma se prolongaría necesariamente más o menos diez días más... pero una extraña inquietud empezó a cargar su ánimo.

La mañana del 29 diciembre celebró como era costumbre la primera misa de las 6 y se recogió en su cuarto para terminar unas cartas para enviar. Intentaba concentrarse de cualquier forma en lo que tenía que referir a Su Santidad, pero era continuamente distraído.

Estaba acostumbrado a una dura disciplina de sus pensamientos también, y rezaba unas jaculatorias para que la Virgen, San Antonio de Padua y otros santos a los que estaba consagrado lo socorrieran en ese momento, ayudándolo a mantener lejos lo que parecía ser una verdadera tentación. Finalmente, hacia las 10 horas, saludó el hermano portero asegurándole que regresaría a la hora del almuerzo y se dirigió a la oficina de Correos que estaba poco lejos, para enviar la correspondencia.

Salió, y mientras estaba a punto de cruzar la plaza Rusticucci dirigido hacia el Portal de bronce, por fin prestó oídos a la voz del vendedor de diarios callejero a la que hasta ese momento no había dado atención.

«¡Terremoto! ¡Maremoto y terremoto! Ochenta mil muertos... Mesina reducida a escombros... ¡Regio de Calabria destruida completamente! Todos los detalles en la Gaceta».

Como si no pudiera creer a sus propios oídos, se volvió atrás y se acercó al vendedor. Él, con la *Gaceta del Pueblo* en la mano fue hacia el cura mientras seguía gritando: «¡Terremoto, terremoto! ¡Maremoto! ¡Mesina reducida a escombros! ¡Compre el periódico, reverendo!... ¡Una masacre! ¡Todos los detalles en la Gaceta! Reverendo, ¿lo quiere o no este periódico?».

III

La *Gaceta del Pueblo* del 29 de diciembre de 1908 decía textualmente: «Los desastres del maremoto y del terremoto en Sicilia y en Calabria: La ciudad de Mesina ha sido casi completamente destruida». El *Corriere della Sera* también: «Hora de tormento y muerte. Dos ciudades italianas destruidas – Decenas de millares de nuestros hermanos muertos en Regio y en Mesina». Pero de todas esas palabras, el padre Aníbal acató solo: «Mesina destruida por el terremoto; ¡ochenta mil muertos bajo los escombros!», y si en ese momento alguien hubiera querido quitarle una gota de sangre, habría sido empresa vana. Le pareció enloquecer. Fulminado, con los ojos en blanco, pálido como un papel, no podía moverse. A duras penas se recuperó, gracias a su temple, pero percibía un gran estado de confusión. Afortunadamente, sintió enseguida la necesidad de volver a la Casa de los Salvatorianos.

Aquel breve recorrido le pareció infinito. Delante de sus ojos pasaban las caras de los huérfanos, de las huérfanas, de los pobres asistidos, de los sacerdotes, de las monjas, de los muchos paisanos... ¡todos muertos! ¡No! No podía creerlo... ¡no podía pensarlo!

Entrado en la Casa, a duras penas miró al portero - ¡nunca había actuado así! -. El religioso, preocupado por su color cadavérico y su aspecto descompuesto, informó enseguida al Padre Jordán. Creyeron que estaba mal y fueron a su habitación, lo buscaron en el refectorio considerando que, a lo mejor, necesitaba da agua y azúcar... nada. Parecía desaparecido en los rincones de la Casa.

A este punto, el Padre Jordán comprendió dónde podía haber ido. Lo encontró en la iglesia. Se detuvo en el umbral intentando no molestarle.

El Padre Aníbal estaba arrodillado con la cara completamente hundida en las manos; sollozaba mientras repetía convulsamente: «¡Todos mis hijos! ¿Por qué yo no? ¿Porqué...? Jesús dame fuerza... Madre, Madre mía, ayúdame... Mis pecados, Señor... mi presunción... ahora todo se ha acabado... San Antonio intercede por mí... cuántos años, cuántas renunciaciones solo para llorar a los muertos y yo estoy aquí... ¡Señor, tu cruz! Pero, bendita sea tu voluntad... ¿era necesario que fuese yo a llorarlos?... Sagrado Corazón de Jesús y de María, vosotros que comprendéis mi dolor en este terrible momento de prueba: ayudadme, tened piedad de mi debilidad...».

Poco a poco empezó a hacer brecha en su ánimo un rayo de esperanza. Se secó las lágrimas y se levantó. Volviéndose, se percató de la presencia de Padre Jordán que vino hacia él con una mirada interrogativa.

«Padre, el terremoto... todos muertos...», a duras penas pudo terminar la palabra que un nudo le cerró la garganta y sus ojos parecieron dos fuentes.

El Salvatoriano le cogió las manos y las estrechó comprendiendo sólo que había pasado algo trágico, terrible, porque desde cuando lo conocía, nunca lo había visto tan trastornado. Poco a poco lo arrastraba hacia el refectorio y le mandó que bebiera un vaso de agua.

Reanimado un poco, por fin el Padre Aníbal pudo exponer exactamente lo que acababa de oír y le dijo que quería marcharse inmediatamente en la esperanza de poder al menos ayudar en dar digna sepultura a las víctimas.

«¡Pero no puede marcharse en este estado!», objetó Padre Jordán. El fuerte acento alemán parecía dar más eficacia a sus palabras.

«Disculpe Padre, pero ¿cómo puedo quedarme aquí sabiendo que mis hijos, mis paisanos han muerto y que todo ha sido destruido? Me voy a la estación para intentar tomar el primer tren...».

Como comprendía las razones, Padre Jordán intentó convencerlo de que se dejase acompañar por uno de los Salvatorianos. A esto, también, el Padre Aníbal opuso una larga serie de razones, y el otro percibió que no debía molestarle más porque estaba determinado a marcharse en la esperanza de encontrar al menos unos heridos para ayudar. Después de haber dado las gracias por la hospitalidad y por la comprensión, el Padre Aníbal se despidió y se fue andando a paso veloz hacia Plaza Rusticucci para tomar el tranvía con destino a la estación.

Llegado a Termini tuvo otra confirmación de la espantosa tragedia: le dijeron que la línea para Calabria estaba interrumpida. Todos los trenes con destino al Sur habían sido cancelados; sólo había un tren para Nápoles que partiría por la noche. En la espera, entonces, compró un periódico, se sentó y devoró esas páginas de las que salían gritos, quejidos lacerantes, dolor y muerte...

¿Qué había pasado?

A las 5,20 horas de la mañana del 28 de diciembre se oyó un fragor que parecía recorrer el cielo como un trueno ensordecedor, la tierra se había estremecido, se había levantado, se había hundido, mientras las piedras de los edificios se habían desmoronado como pastaflora, obstruyendo completamente las calles. Inmediatamente, se habían levantado gritos y quejidos, mientras se subseguían fragores de derrumbes.

Nubes de polvo hacían irrespirable el aire, y a ellas se habían añadido explosiones fragorosas: las cañerías del gas se habían roto y las farolas habían actuado como detonador, y así habían levantado lenguas de fuego en diferentes puntos de la ciudad, que iluminaron toda esa catástrofe con destellos de luz siniestra. El incendio se había difundido entre los barrancos y las montañas de escombros. De repente olas gigantescas estimadas de 8 a 10 metros de altura habían acometido contra los edificios del paseo marítimo arrastrando y destrozando todo lo que hallaban. Después el mar se había retirado tragando cadáveres, heridos y personas que habían salido incólumes de los derrumbes...

Leía, buscando angustiosamente un pequeño indicio que pudiera alimentar la esperanza, devoraba las crónicas, pero sólo seguía revolviendo el cuchillo en la herida abierta a la que estaba reducida su alma.

En 32 segundos el seísmo, oscilatorio y trepidatorio, había reducido a escombros Mesina, Regio y todo el litoral calabrés. Los relojes, en las casas derribadas, marcaban las 5,20. En ese exacto momento los sismógrafos de todo el mundo habían percibido la siniestra señal de la terrible tragedia: el plumín de los péndulos había trazado desordenados garabatos traduciendo en gráfico los fines simultáneos de ciento veinte mil vidas.

De esta manera, en menos de nada, había sido decidida la muerte de la ciudad de Mesina. La valoración por defecto decía que se trataba de ochenta mil de sus habitantes, pasados del sueño a la muerte más espantosa, arrollados y sofocados por los escombros.

La crónica se convertía en algo aún más desgarrador cuando decía que millares de mesineses, arrollados entre los escombros de las casas derrumbadas, habían suplicado ayuda, pero los supervivientes no habían podido hacer nada, pasmados bajo la densa lluvia, mientras por la noche estaba todavía sacudida por temblores continuos.

Los cuatro maremotos habían hecho lo demás, empujando y tragando cadáveres, heridos, gente que había buscado salvación sobre los muelles del puerto... por esto, nadie había podido ayudar a los enterrados vivos.

La alarma había partido de los centros de sismología porque las zonas afectadas habían quedado aisladas, puesto que cada medio de comunicación había sido destruido. Los supervivientes tampoco, aturridos por ese apocalipsis tan repentino, habían podido darse cuenta de la inmensidad de las destrucciones.

Lo que los diarios describían venía de la información reunida por una pequeña torpedera que, menos perjudicada que las demás, había dado una vuelta de reconocimiento y había sido la primera en hacer el terrible balance: Mesina, Regio, Gallico, Villa San Giovanni, Escila, Pellaro, Bagnara, Palmi, Cannitello, Santa Eufemia... completamente destruidas. En este punto, el Padre Aníbal dejó de leer por temor a enloquecer. Como un autómatas subió al tren y llegó a altas horas de la noche a Nápoles. Su única esperanza era conseguir saber si el día siguiente partiría el buque de vapor para Sicilia.

IV

Después de pasar una noche, que parecía infinita, en la sala de espera de los embarques, el Padre Aníbal se puso delante de la taquilla y ahí siguió la tortura por las noticias contradictorias: había gente que decía que el servicio de pasajeros desde y para Sicilia estaban bloqueados, otra que un buque de vapor partiría, pero todavía no había llegado al puerto, y otras personas que, finalmente, afirmaban que llegarían naves de la Marina Militar para manejar la emergencia. En todo este trasiego, había también los encargados que, abusando de sus uniformes, maltrataban a los desventurados que preguntaban ansiosos por alguna información.

A últimas horas de la mañana el sonido de la sirena de un buque de vapor que señalaba su entrada en el puerto interrumpió las conjeturas, cortando el gris de un día plomizo.

El Padre Aníbal, una vez enterado de que ese barco procedía de Sicilia, corrió al muelle para obtener unas noticias o, al menos, saber si estaba prevista la salida para la isla.

En el fondo, tenía la débil esperanza de entrever algunas caras conocidas que pudieran desmentir la tragedia: la ilusión que las cosas hubieran sido agigantadas por los periodistas... Su alma hacía todo lo posible para agarrarse a un hilo de esperanza como la araña que produce ese sutilísimo hilo al que se agarra para después tejer la tela suspendida en el vacío, en la nada.

Entre órdenes, gritos y unas palabrotas, el buque “Escila” por fin atracó y fueron lanzadas las escaleras.

El Padre Aníbal, como un halcón, aguzaba la vista, escrutando las caras arrojadas que bajaban las escaleras intentando divisar algún rostro conocido. Desde los primeros pasajeros que tocaron tierra, tuvo la confirmación del gran desastre y vino a saber que en el barco había unos prófugos mesineses.

Entonces la espera se volvió espasmódica. De vez en cuando, preguntaba a los que bajaban si eran de Mesina. Por fin bajaron dos hombres que contestaron positivamente. Es más, lo reconocieron y fueron hacia él abrazándolo. Entre lágrimas y sollozos dijeron que sus Institutos estaban reducidos a escombros y que, sin duda, nadie se había salvado, y al verlo no podían creer a sus ojos porque lo creían muerto junto con los huérfanos...

«¿Para qué quiere ir? Es una desolación... ¡Sólo verá el infierno!» fueron más o menos las últimas palabras antes de ser llevados al puesto de policía.

Parecía volver a descarnar una llaga. El Padre Aníbal intentaba en este punto de darse ánimo repitiendo como si fuera una jaculatoria: «¡Señor ayúdame! ¡Ten piedad de mí!», y no dejaba de buscar la manera de ir a Mesina.

El capitán le dijo que el buque saldría por la noche con destino Catania, por eso se fue a la taquilla corriendo para comprar un billete.

«No se dan billetes para Mesina» fue la respuesta seca del empleado que, al insistir del desdichado, contestó con un cruel: «¡El siguiente!».

No sabía dónde podía pedir ese favor. Parecía que todos se quedaran fríos ante su sufrimiento, que nadie quisiera ayudarlo para acercarse a su tierra. Esperó que el empleado cambiara y volvió a la taquilla, pero esta vez también obtuvo una negativa, aunque un poco más motivada: «Nos han ordenado que no concediéramos billetes para ese destino. Sabe, órdenes superiores», y un encogimiento de hombros.

Ya se habían hecho las cuatro de la tarde y parecía noche, pero no había resuelto nada. Desconsolado miraba el mar, pero había tenido que apoyarse en un pilar para no

desplomarse al suelo. Y decía entre sí: «Señor, ni siquiera el consuelo de tocar mi tierra atormentada quieres darme... ¡pero hágase tu voluntad! Madre mía sagradísima doliente quédate aquí cerca... ¡por favor!».

Sus ojos, hundidos por el cansancio, parecían ya no tener lágrimas para llorar; de todas maneras, percibía una gota que corría en la garganta seca. Mientras estaba en este estado, se le acercó un hombre bajo y gordito, vestido elegantemente, casi refinado.

«Perdone, reverendo, permíte...» dijo levantándose el sombrero.

El Padre Aníbal se esforzó para hacer una sonrisa de cortesía: «Claro», contestó.

«No quería, pero he oído que Usted tiene que ir a Mesina, pero no se lo permiten, ¿verdad?».

El desdichado asintió con la cabeza.

El señor lo indicó con el dedo derecho en los ojos como para perforárselos y siguió: «Tenía que partir esta noche con el buque de vapor para ir a Catania por negocios, pero dado lo sucedido, prefiero aplazarlo todo», y puso su mano izquierda en el bolsillo del mullido abrigo de dónde sacó un papel: «Acepte este billete», y se lo entregó.

El Padre Aníbal lo miró con sorpresa mientras la cara se le iluminaba: la esperanza estaba acercándose a él...

Después girar el billete entre sus manos casi incrédulo preguntó: «¿A quién debo dar las gracias? ¿Quién es el benefactor?».

El hombre, apoyando las manos rollizas sobre el bastón de bambú, contestó: «No hace falta dar las gracias: Usted lo necesita porque tendrá que volver a abrazar sus familiares... o enterrarlos piadosamente...».

«Usted acertó, pero al menos deme la posibilidad de levantar una oración al Señor por Usted».

«Si insiste, entonces le digo que me llamo Antonio... Sólo Antonio... sí, diga una oración a San Antonio», y tocándose el sombrero con la empuñadura del bastón como reverencia, se alejó.

V

Mientras esperaba en la tierra firme, el Padre Aníbal había intentado comer un trozo de pan y a beber un vaso de agua, pero al final renunció, porque sentía el estómago completamente cerrado. Esforzarlo sería peor.

La tensión acumulada en él lo tensaba como un arco en su extensión máxima.

Con mucho retraso con respecto a la previsión los pasajeros fueron llamados para el embarque en el buque de vapor “Escila” con destino Catania. Al Padre Aníbal parecía que le quemara la tierra bajo los pies hasta pasar todos los controles previstos. La debilitación física era tan fuerte que cualquier cosa le causaba tensión y sobre todo miedo. Cuando, finalmente, se encontró en el buque, se sentó en un rincón de la sala pasajeros, cerca de una ventana desde la cual poder mirar el mar y ser de alguna manera iluminado al apagar la luz. No podría quedarse a oscuras.

Esta fobia se remontaba a su niñez. Es decir, a cuando tenía poco más de dos años. Muerto de repente su padre, en efecto, su madre tuvo que dejarlo en mano de una tía. Ésta vivía sola, a menudo cerrada en una habitación, que daba en un vestíbulo sin salida, sin aire y sin luz, y él, huérfano infeliz, estaba obligado a estar siempre con ella en casa.

Cuando por una razón o por otra tenía que recordar ese período siempre repetía a su interlocutor: «Había todo lo que podía matar a un niño en esa edad».

Había sido, ése, un período que lo había marcado de manera determinante no sólo por esta triste experiencia, sino también por muchas otras.

Ahora, mirando el mar que a trechos parecía plateado, iluminado por la luna casi en el máximo de su resplandor, junto a la satisfacción de haber logrado embarcarse y por fin tener la posibilidad de alcanzar su tierra, afloraba una fuerte ansiedad mezclada con el miedo.

Imaginaba tener que excavar en los escombros y desenterrar muchos seres queridos... y él tenía un extraño temor a los cadáveres, sobre todo los que habían sufrido muerte violenta.

Todas las veces que, de hecho, por necesidad de ministerio, tenía que ver con ellos, se le presentaba delante de sus ojos la escena de la muerte de su vieja tía por el terrible cólera, que en 1854 había afligido Mesina.

Todavía sentía los siniestros pasos de los enterradores que llevaban ese cadáver sin cuidado y, desde la ventana había visto que lo echaban como un saco en un carro donde estaban otros cadáveres. Y, después, la calle desierta en la que resonaba solo el chirriar de las ruedas del carro...

Esa escena había prendido en su alma, tal vez porque mezclada a trechos con recuerdos de la cara de su madre, torturada por el dolor, que lloraba silenciosa a su cabecera mientras ardía por la fiebre altísima causada por la enfermedad con que había sido contagiado.

Atenazado por un torbellino de sensaciones que se alternaban en su alma, el cansancio cogió la delantera al final, gracias también al ruido monótono de las palas y al balanceo de las olas.

Cuando se despertó la luz débil de un alba lívida dibujaba en el horizonte los contornos de las costas de Calabria. El Padre Aníbal subió a la cubierta y se puso contra viento esperando divisar el aparecer lento de los perfiles cónicos de Strómboli y de Volcán.

Una emoción muy grande lo asaltó viendo los escombros en que había quedado reducida Bagnara y Escila. Se puso todo ojos cuando el buque entró en el estrecho: el espectáculo era terriblemente desolador.

Eran las cuatro de la tarde. De vez en cuando, el sol se asomaba de las nubes y como un faro móvil concentraba el rayo de luz ahora en un punto y ahora en otro.

Delante de la ciudad o, mejor, de lo que quedaba de la ciudad y al puerto estaba el gran crucero ruso “Makarov”, que había llegado primero, inmediatamente después del desastre. El almirante Ponomarev, en cuanto se dio cuenta de que la situación era grave, con valor se había avanzado hasta el puerto devastado, llenos de escombros, había acercado el crucero y lo había puesto al lado del “desembarcadero”, delante del Ayuntamiento.

Había otras tres o cuatro naves rusas; navíos de guerra ingleses llegados de Malta. Y muchos barcos de la flota italiana. Todas estas embarcaciones se habían puesto en semicírculo de manera que formasen una especie de cerca.

Los oficiales médicos rusos habían improvisado desde su desembarque puestos de medicación, utilizando todo. Incluso las mesas de mármol de un café destruido fueron utilizadas para las intervenciones.

El crucero había abastecido agua a los supervivientes, sacada hasta de las calderadas. Con los botes se llevaban a los heridos más graves a las naves. De esta manera todas las naves, rusas, inglesas e italianas se habían convertido en hospitales flotantes. Pero, desgraciadamente, los heridos eran tan numerosos que a menudo morían antes de ser curados.

Además, los ingenieros militares habían montado un hospital de sangre ampliándolo con la lona de un circo ecuestre.

Las escuadras militares de socorro vagaban entre los escombros con la cara envuelta en pañuelos embebidos en ácido fénico, porque el aire era irrespirable también por la descomposición de los cuerpos.

Había tantos muertos que era humanamente imposible divisar un lugar y encontrar el tiempo para enterrarlos todos. Por eso, fueron montadas hogueras para su cremación, lo que hizo el aire aún más hediondo y acre.

Según el capitán del “Escila” estaban a punto de llegar a Mesina unas escuadras navales franceses, danesas y alemanas y se preveía también la llegada de la flota americana.

Éste era el cuadro externo de la situación, mientras el comando general discutía, dada la situación, si no hubiera sido más prudente y oportuno hacer evacuar completamente el área urbana y arrasar, a cañonazos, disparados desde los navíos de guerra, los muros que quedaban en pie, para pensar en la futura reconstrucción en otro lugar...

El Padre Aníbal y otros esperaban poder bajar para dar su aportación, pero fue ordenado al capitán del buque “Escila” que se mantuviera a una milla de distancia de la costa y que no dejara desembarcar a nadie.

La decepción y la rabia por esta decisión se tradujo en diferentes reacciones. Las personas más sensatas comprendieron que en una situación de tal emergencia se podía manejar sólo con la ley marcial. El Padre Aníbal pertenecía a este grupo y, después de un momento de gran desaliento, empezó a dar las gracias dentro de sí al Señor que al menos lo había dejado llegar cerca de la ciudad. Con mucha paciencia y resignación, intentó adaptarse a la necesidad impuesta por los acontecimientos.

Antes que la oscuridad ocultara todo a los ojos, subió más que pudo a los alojamientos de la nave para intentar divisar la zona donde se encontraban sus Institutos, pero era como

buscar una aguja en un pajar, puesto que faltaban puntos de referencia. Hasta los edificios que por su altura podían ser identificadores, quedados en pie solo en parte y rodeados de escombros, habían hecho el tejido urbano no identificable. El aislamiento, además, imposibilitaba cualquier posibilidad de obtener información.

Creyendo sus hijos sepultados bajo los escombros o incinerados en esas hogueras que se entreveían en diferentes puntos, lloró largo rato y después se concentró en oración y trazó un amplio signo de la cruz.

Volvió bajo cubierta. A una cierta hora fue consentido al buque entrar en el puerto, pero no atracar y absolutamente no dejar que las personas bajaran. Esa noche de fin de año pasó en un silencio irreal: frente a esa escena a nadie le apetecía festejar o desear lo mejor para el 1909.

Los primeros resplandores vieron al Padre Aníbal mirando nuevamente cada rincón visible de la ciudad y, dirigido hacia la dirección en la que estaban sus obras, empezó a recitar el Oficio de los Difuntos.

Era casi mediodía cuando el buque empezó a moverse dirigiéndose hacia el sur: con destino a Catania.

VI

Llegado a Catania, el Padre Aníbal se dirigió hacia la curia arzobispal para pedir hospitalidad al Cardenal Arzobispo monseñor José Francica Nava, que era un simpatizante de sus obras.

El Cardenal lo acogió con cariño paternal y, cuando supo que no tenía noticias de sus Institutos y que temía la completa destrucción de los edificios y la muerte de todos los miembros, según lo que habían dicho los dos prófugos en Nápoles, le dijo que hospedaba unos curas franciscanos del Tercer Orden Regular que podrían darle más información.

El mismo prelado se apresuró a acompañarlo en el ala del edificio en que alojaban los curas. Encontraron el Guardián en seguida, el Padre Trombaduri con otros cohermanos que se habían salvado. Fue grande la conmoción.

El Padre Aníbal los dejó hablar, pero con gran asombro del Cardenal no dirigió ninguna pregunta sobre sus Institutos. En él se había impuesto el temor, hasta ese momento acallado por un irracional hilo de esperanza, de oír de nuevo que ninguno de los suyos se había salvado.

Providencialmente, sin ningún apremio, el Padre Trombaduri dijo que el día después del terremoto había encontrado a fray José Antonio.

Al Padre Aníbal el corazón le dio un vuelco, habría gritado: ¿y qué? ¿y qué? Mientras tanto el cura franciscano siguió diciendo que fray José lo había informado de que los Institutos se habían destruido, pero que los huérfanos, las huérfanas, y la comunidad masculina se habían salvado... había víctimas sólo en la comunidad femenina.

Esta noticia fue como el aparecer del día después de una larga noche de tormento. Sin darse cuenta sus ojos se volvieron en fuentes de las que brotaban felicidad y dolor al mismo tiempo: daba las gracias al Señor por haber salvado casi todos y rezaba por el reposo eterno de esas pobres.

Habría querido volar para estar entre sus hijos preocupado también por el hecho de que, sin duda, a su vez, estarían ansiosos por recibir noticias sobre su condición.

Pero, el estado de sitio todavía no permitía posibilidades de entrada en la ciudad muerta. El día siguiente, con una carta del Cardenal, se presentó al comando militar. Lo pusieron en una lista y le aseguraron que, en cuanto hubieran recibido comunicación del cese del cordón sanitario, le darían el salvoconducto.

El 5 de enero, por fin, pudo salir de Catania. Al final de la tarde llegó cerca de lo que había sido el Instituto femenino. En el gran patio interior habían sido construidas dos grandes chabolas en las que se habían refugiado las huérfanas y las monjas. Pudo hacerles una gran sorpresa, porque hacía tres días que, en esa hora, rezaban al Señor por él.

Su aparición fue como si, después de una noche oscura sin luz, hubiera aparecido el sol. Lo que podría parecer una expresión exagerada, retórica, se funda en cambio sobre la relación que el Padre Aníbal – el Padre, como lo llamaban comúnmente – tenía con cada miembro de la Obra, sea huérfano, huérfana, monja o confrade: algo humanamente inexplicable, instintivo. Para ellos era padre y madre, autoridad y ternura. Representaba el punto de referencia, la garantía y la seguridad de todos, la certeza, la confianza. Y esto se advertía aún más en ese momento, en el que todo se había literalmente derrumbado.

Con su inmensa confianza en Dios, que comunicaba a todos, el Padre Aníbal hacía perder su carga de terror hasta al terremoto.

En un santiamén la noticia llegó a las otras dos chabolas que acogían los huérfanos y la comunidad masculina y se encontraron todos a su alrededor en la conclusión del triduo con la bendición eucarística.

Todos tenían un solo deseo, el mismo que el Padre Aníbal abrigaba: de esta manera, en un silencio cargado de conmoción y felicidad, todos pudieron abrazar al Padre y él pudo estrechar a los hijos entre sus brazos.

Inesperadamente, se le plantó delante el Canónico Francesco Vitale, que también que se había salvado de manera rocambolesca: su casa se había completamente hundido, excepto la pared junto a la cual se encontraban él y su hermana Conchita. Habían quedado en vilo entre la pared y el balcón hasta que, agarrados a una cuerda, pudieron ser bajados.

«He pedido, entonces, que estuviera entre sus hijos», había concluido abrazándolo de nuevo. Esa noche se dilató de una manera increíble, porque el Padre Aníbal quería enterarse, y los demás deseaban informarlo de todo.

Se sentó, y pidió que lo informaran de cómo habían ido las cosas. Sin embargo, la felicidad era tan grande que antes quisieron que fuera él, el primero en contar sus peripecias. Cuando refirió que el 31 por la tarde, dada la imposibilidad de bajar del buque, había trazado una amplia bendición en la dirección de sus Institutos, se levantó un murmullo. Se pedía que la Superiora, Madre Nazarena Majone, contara lo que había dicho esa noche.

La religiosa – una mujer corpulenta con aires de persona mansa- dijo que esa noche, refugiados a la buena de Dios bajo las chabolas y las tiendas, estaba diciendo el rosario, cuando fue cogida por una sensación de entorpecimiento; una vez repuesta, había confiado al Padre Pantaleón Palma en voz baja que había visto al Padre Aníbal, añadiendo: «Está en el puerto y nos bendice».

Se levantaron unos aplausos espontáneos, entonces el Padre Aníbal contó con toda la carga emotiva que había vivido, el encuentro con el Padre Trombaduri en Catania: «Desde hace ese momento», dijo, «mi corazón empezó de nuevo a latir y a darme vida».

Acabado su cuento, rogó que alguien le refiriera de manera detallada lo que había pasado en Mesina. El Padre Pantaleón Palma empezó a contar. Supo que la mañana del 28 de diciembre los huérfanos se habían levantado a las cinco, como siempre. Un cuarto de hora después, habían sido juntados por el educador Emanuel Vizzari delante de la imagen de la Virgen para las oraciones de la mañana. En ese instante la tierra había temblado de tal manera que el techo se derrumbó. Había quedado, milagrosamente, sólo la parte del dormitorio donde se encontraban los chicos. Algo parecido había pasado en la parte del edificio donde estaban los jóvenes aspirantes y la comunidad masculina.

En el orfanato femenino, donde se encontraban unas setenta huérfanas, grandes y pequeñas, y unas cuarenta monjas, incluidas las novicias y las postulantes, en el momento de la fuerte sacudida, las huérfanas se encontraban en el dormitorio ya vestidas cuando ese amplio salón había fluctuado como una nave en el centro de la tempestad: se habían derrumbado techo y paredes... pero todas las huérfanas resultaron ilesas. En la comunidad de las monjas, al revés, muchas habían quedado sepultadas bajo los escombros. Finalmente se habían contado trece víctimas.

Le dijeron los nombres y él, levantándose, entonó el «Eterno reposo». En cuanto se guardó silencio el Padre Aníbal dijo: «Cuando el Señor nos consienta tener otro orfanato, alrededor del altar de la capilla pondremos trece lámparas de aceite que recordarán para siempre el sacrificio de estas hijas».

La conmoción fue grande. Volvió a sentarse y el Padre Palma siguió el relato. Dijo que en cuanto terminó la sacudida más fuerte, junto con dos confrades había intentado llegar

al orfanato femenino. Era de noche y llovía. Se subseguían los estallidos y los incendios. Los escombros habían obstruido todos los pasajes, entonces había sido necesario trepar, a menudo quedando enredados en los cables. Había que tener cuidado para no acabar debajo las paredes que habían resistido a la sacudida más violenta, pero que se desmoronaban o se derrumbaban de repente por las sacudidas de asentamiento. Y sin hablar del tormento que causaban los gritos y los quejidos de los heridos.

Las monjas, en cuanto vieron a los cohermanos, se animaron y todos juntos habían empezado las operaciones de rescate de las pobres que habían quedado comprometidas. Se oían sus quejidos entre los escombros.

«He llamado por el nombre una por una a las que faltaban», contó Padre Palma con la voz quebrada por el llanto, «unas contestaron e intentamos localizarlas, otras no dieron ninguna señal de vida. En seguida a todas les di la absolución, y empezamos a desplazar los escombros».

Habían removido piedras, vigas y cascotes toda la mañana, arriesgando sus vidas, mientras llovía tanto que parecía que se hubieran abierto las cataratas del cielo. Parecía salir la luz del día por fin, deseada como nunca antes, cuando se salvó la primera persona. Fue como de buen agüero e instiló mucha confianza en los socorristas, que permitió extraer de los escombros a otra monja y a otras más. Llegados a un punto del día, los quejidos habían parado.

«Llamábamos, ¡pero ya no teníamos señales!»

Habían seguido adelante, de todas formas, y extrajeron a otras monjas, pero ya muertas.

«Una tenía el crucifijo en la mano...».

Después, algunos habían proseguido la búsqueda hasta extraer la última víctima, mientras que otros habían tratado de recoger tablas y vigas, sábanas y mantas para poder montar tiendas y chabolas para protegerse a la buena de Dios del frío que había tomado el lugar de la lluvia.

VII

Con la luz del día el Padre Aníbal quiso darse cuenta de todo detalladamente. Se detuvo largo rato mirando el ex monasterio del «Espíritu Santo» que parecía un cuerpo llagado y atormentado. ¡Cuántos recuerdos, bonitos y feos, tristes y felices le provocaba la visión de esas piedras!... y ¡cuántos sacrificios!

Y pensar que sólo pocos meses antes el ayuntamiento de Mesina, después de años de peticiones y recordatorios, le había dado el edificio en enfiteusis. De esta manera, por fin el orfelinato femenino y la comunidad de religiosas ya no debían estar en una sede provisional. Ahora, quién sabe cuándo podía ser reconstruido: «Pues, lo importante es que las personas sean salvas», dijo entre sí.

Se le ocurrió aquel lejano 14 de mayo de 1895 cuando el Consejo Comunal, que se reunió en sesión ordinaria bajo la presidencia del Alcalde Santiago Natoli, había concedido por unanimidad la cesión, de forma provisional, de una parte, del edificio para hacer de ella la sede del orfelinato femenino, concediendo también una ayuda extraordinaria de 4.000 liras para los arreglos más urgentes.

Recordaba como voló para dar la noticia a monjas y huérfanas, que esa mañana había reunido en la capilla para rezar. Había sido un momento vivido con los nervios a flor de piel, con la esperanza en la providencia porque, después del desahucio del edificio Brunaccini, donde estaba la sede del orfanato, tenían que desalojar antes del 31 de mayo. Luego, la felicidad con la que, preparados unos cuartos, formando un largo hormiguero, habían sido trasladados los pocos trastos del edificio Brunaccini. Y como los grandes espacios del nuevo edificio encantaron a monjas y huérfanas.

¡Cuántas cosas se pudieron empezar en la nueva sede! Habían podido instalar un molinopanadería que había, por fin, asegurado no sólo trabajo para las huérfanas, sino, sobre todo, había solucionado en parte el crónico déficit económico. El pan de trigo puro o pan del «Padre Francia», se había convertido en algo tan popular que hasta los médicos lo recetaban por su calidad asegurada.

Sonrió entre sí pensando en algo que, de repente, se le ocurrió: veía un paralelo entre su vuelta del viaje, con otro realizado en el verano de 1897: también en aquella situación, de manera completamente inesperada, había vivido otro terremoto, igualmente devastador que, sin embargo, no había afectado los edificios, sino a las personas.

«El Cardenal Guarino – le había dicho su fiel colaborador, el Padre Francisco Bonarrigo – decretó la disolución de la comunidad femenina».

«¿Y las huérfanas? ¿Las dejamos en medio de la calle?» había replicado y, con el corazón en la garganta corrió hacia el Cardenal.

La intransigencia del Vicario General, Mons. Basile, no le había dejado un hilo de esperanza. También en esa ocasión un hijo de San Francisco, el Padre Bernardo de los Frailes Menores, lo había reanimado: gracias a su intermediación el Cardenal le había concedido un año de prórroga. Y la providencia le había dado un año de gracia con la presencia en Mesina de la vidente de la Salette, Melania Calvat, que dirigió la comunidad femenina.

Muchas cosas habían empezado en ese edificio. Tras un parto muy doloroso, nació incluso la nueva Congregación femenina del hermano, Mons. Francisco Di Francia, que ahora enriquecía la Iglesia con su carisma y con su obra benéfica.

Desde allí había partido un puñado de sus hermanas, las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús, para fundar la primera Casa en Taormina y después la de Giardini Naxos...

Pero, en ese momento, el Padre Aníbal se estremeció y siguió su vuelta. Mientras estaba calculando los daños del monasterio del “Espíritu Santo” se le acercó un joven que se llamaba Ignacio Panarello. Tenía la barba larga, vestido a la buena de Dios, como podía una persona sobrevivida, pero tenía los ojos que le sonreían.

«Padrecito, bendígame».

«Hijo, que el Señor te bendiga», contestó en seguida el Padre Aníbal mientras iba hacia él, «¿Qué pasa?».

Ignacio se quitó el sombrero y le preguntó si podía bautizar al hijo que había nacido el primero de enero. De esta manera, en un vagón de la estación, el Padre Aníbal administró el bautismo al pequeño Tomás Natale María: ¡Mesina quería renacer!

Después supo que en un quiosco – destinado, antes del terremoto, a la venta de sorbete y zumos – había sido preparado la primera oficina de correos y, sacadas unas hojas de su bolso y el tintero de viaje, se puso en un rincón y empezó a escribir una apelación a los que, como amigos o consagrados a sus obras, podían ayudarle, explicándoles la situación. En este momento - escribió entre otras cosas – las dos Comunidades están acampadas en los dos edificios. La ocupación principal del día es rezar y cantar himnos devotos. Cada temblor de tierra, que no faltaban fuertes o leves, se levantan cánticos a la Santísima Virgen, al Corazón de Jesús, a san Antonio. Y lo mismo se hace por la noche.

¿Y nuestro San Antonio? El buen San Antonio que vino de Roma, San Antonio al que las huérfanas dirigen sus ruegos para todos los que esperan las gracias, se encontraba en la gran Iglesia del Espíritu Santo que se derrumbó totalmente. ¡Oh Dios! ¡Qué pena, en el temor que ya no existiera! Pero no fue así: después de muchos días nos hemos asomado entre las ruinas y en su vitrina el prodigioso Simulacro estaba íntegro. Con gran entusiasmo se cogió y fue trasladado entre las huérfanas que, ahora más che nunca, rezan a su gran Patrono.

No queremos callar otro gran favor de la Divina Providencia.

En Mesina ya no existe comercio, un lugar donde comprar un poco de pan. En los primeros días no nos llegaban ayudas por la confusión. Pero un vendedor de pastas alimenticias, que trabajaba por su cuenta en nuestro Instituto, perdió muchísimos quintales de pasta entre los escombros. Él se marchó, pero antes nos puso a disposición esa pasta si la hubiéramos encontrada. La pasta fue hallada. También teníamos unos sacos de harina y de sémola, y se hizo el pan. Teníamos unos centenares de trajes militares durante la adquisición de los cuales tuvimos la autorización por parte del Ministerio y ahora son útiles para abrigar a los huérfanos y huérfanas en estas noches frías en las que están acampados fuera.

De esta manera la Divina Providencia nos ayudó... por caminos admirables. Pero estas ayudas terminan y nosotros confiamos en los Corazones Santísimos de Jesús y de María y en San Antonio de Padua, que mueva el corazón de nuestros amigos.

Devotos de San Antonio, ahora no queda más que encomendar a estos huérfanos y estas huérfanas de San Antonio de Padua. El gran santo los ha prodigiosamente librado, los ha guardado para que sigan rezando por todos los que esperan la gracias y esperan su posibilidad.

Por lo tanto, devotos del gran Santo, ahora más que nunca tenéis que acrecentar vuestra confianza que san Antonio de Padua, por medio de estos huérfanos, os dará gracias y hará prodigios. Ahora más que nunca el Santo tiene que proveer a estos niños tan amados por

él, y luego tiene que acrecentar sus gracias y favores para los que los ayudan o con el óbolo o con la promesa del pan.

Es más, ahora el número de los huérfanos Antonianos aumenta. Ya de los escombros fueron encontradas dos niñas; dos hermanitas de cinco años, que no se sabe a quién pertenecen, y las trajeron a nosotros que las hemos acogidas en seguida. Y estamos listos, con la ayuda del Señor, a aceptar a todas las que nos presenten que se hayan salvado del gran desastre.

Pero ahora nos atormenta un pensamiento. Los edificios de nuestros actuales Institutos están comprometidos y, en parte, inhabitables. Hasta que Mesina será nuevamente edificada (y con nuevos sistemas de fábrica) parece que sea necesidad y prudencia trasladar a otros lugares nuestros Orfanatos. Ahora rogamos a todos los devotos de San Antonio, a todos los amigos de nuestros Institutos, a todos nuestros bienhechores, y todos nuestro Bienhechores Espirituales (o sea los sagrados Aliados de nuestros Institutos), que se interesen para ofrecernos y darnos unas habitaciones, aunque provisionalmente, en las que podamos colocar los Orfelinatos. Son más o menos cien personas de la Comunidad Femenina y cincuenta de la Masculina, y tendrían que colocarse en dos habitaciones separadas y sin cohabitación de la plantilla de otros Institutos.

Uno o más benefactores podrían darnos los medios para la adquisición de una habitación. Quien pudiera hacer esta caridad no se arrepentiría, porque nuestros Institutos se dedican a la beneficencia, al trabajo, a la oración diaria para dos propósitos: para todos los que esperan gracias de San Antonio de Padua, y para el más grande interés de la Santa Iglesia y de los pueblos, o sea para que el Señor envíe muchos y escogidos sacerdotes a la Iglesia, según el gran Mandato de Jesucristo “Rogad al Señor de la mies, para que envíe trabajadores a su mies”».

Después de esta apelación general hizo seguir cartas particulares a los Capuchinos de Francavilla Fontana y al obispo di Oria Mons. Antonio Di Tommaso.

Esto porque, apenas dos meses antes, había acompañado al Padre Palma en la visita a su pueblo, Ceglie Messapico, y había tenido muchos contactos con diferentes personas que, de manera completamente misteriosa, ahora esperaba saliesen útiles.

Su fama, de hecho, había llevado a los Capuchinos de la cercana Francavilla Fontana y a los Jesuitas de Grottaglie a invitarle para predicar un curso de ejercicios espirituales y un triduo.

Como se encontraba en la misma zona, había pedido audiencia al obispo de Oria. El motivo era éste: lo suplicaba de hacer de intermediario con los propietarios del ex convento de “San Pascual” para llegar a un acuerdo para comprarlo y abrir un orfanato.

La relación de amistad, que había instaurado en esa ocasión, y la intensa emoción provocada por la desgracia, acabó en una rápida respuesta. De esta manera, el Padre Aníbal, gracias a la ayuda de los medios militares salió y se fue hacia las Apulias para ver cómo poder colocar las dos comunidades y los huérfanos.

VIII

Durante el mes de enero, a pesar de la generosidad de muchas naciones y de muchas ciudades italianas, el envío y la distribución de los auxilios a los sobrevividos fue más bien una obra de improvisación que una real organización. Hasta los huérfanos del Padre Francia tuvieron sólo unas veinte mantas de lana, dos sacos de pan enmohecido y un saco de algarrobas.

Encontrar la harina y la pasta fue útil solo momentáneamente para aliviar el hambre de los miembros de ambos institutos y comunidades y, como quiso el Padre Aníbal, de mucha gente, provocando asombro incluso al mando militar, por este gesto de humanidad. De todos modos, ese período fue vivido por todos en el terror de la sucesión de los seísmos más o menos fuertes y entre indecibles privaciones.

Huérfanos y religiosos oraban y esperaban que el Padre Aníbal volviera pronto de las Apulias con buenas noticias. Con el transcurso de los días la espera se volvía febril, hasta que, hacia finales de mes, el sacerdote regresó y comunicó que la respuesta obtenida por esa tierra había sido generosa, más de lo esperado. Empezó entonces a organizar la salida en dos grandes grupos.

A las cinco de la tarde del 29 de enero de 1909, el Padre Aníbal parecía renovar la imagen de Moisés que había sacado el pueblo que sufría de la tierra de Egipto para guiarlo hacia la tierra prometida. Con él, de hecho, se embarcaron en el transbordador hasta Regio Calabria desde donde tenían que seguir en tren hacia las Apulias, todos los huérfanos acompañados por sus educadores, junto a unos aspirantes y religiosos rogacionistas y un grupo de huérfanas con relativas maestras y un grupo de hermanas Hijas del Divino Celo guiadas por la superiora, la Madre Nazarena.

El tren, la novedad del viaje, la expectativa, todo acrecentaba la excitación del alma, sobre todo de los niños que no pudieron pegar ojo y él, el Padre, a menudo se quedaba con ellos contando historias y leyendas sobre esas tierras que iban cruzando. Gracias a esto, concedía un poco de descanso a los educadores.

Toda la noche, el Padre Aníbal se concentró en asistir tanto los unos como las otras, para que no faltara nada de lo que se necesitaba.

Acababa de amanecer y, en la estación de Metaponto, ya encontraron gente que los saludaba.

Llegados a Taranto, primera etapa de ese largo viaje, fueron acogidos calurosamente por el Comité de la “Cruz Verde”. Fue preparado un solemne banquete que acalló el hambre acumulada e hizo olvidar todos los sufrimientos padecidos. Luego, fueron acogidos en diferentes habitaciones idóneas, así que la mañana siguiente todo el grupo, revigorizado, siguió el viaje hacia Francavilla Fontana.

Cuando el tren llegó a la estación de Francavilla la escena fue conmovedora. El alma generosa y expansiva de esa ciudad se manifestó en toda su grandeza. La gente se había agolpado alrededor de las Autoridades civiles y religiosas: todos estaban esperando a los prófugos del terremoto. Cofradías y asociaciones habían izado sus estandartes. Al fuerte chirrido de las ruedas del tren frenando, siguieron unos sonoros aplausos con “¡Vivan los huérfanos de Mesina!... ¡Vivan los huérfanos del Canónico Di Francia!”.

Bajados del tren, las huérfanas fueron encomendadas a las señoras de la alta sociedad de Francavilla, mientras que los huérfanos a sus maridos. De esta manera se formó una procesión, dirigida por el Padre Aníbal, colocado entre el obispo, Mons. Antonio Di

Tommaso y el Alcalde, el señor Genaro Caríssimo, seguidos por los altos cargos civiles y militares. Iban hacia el Palacio de Ciudad. Durante el recorrido todavía gente conmovida hasta las lágrimas, muros tapizados por carteles, balcones decorados de fiesta. Llegados a la altura del convento de los Capuchinos, el Padre Aníbal se paró y se giró señalando como dirección la Iglesia. Le hicieron notar que todo había sido preparado de manera que en el Ayuntamiento se tendrían discursos oficiales y que había que observar la etiqueta impuesta por el protocolo.

«Si quieren, Ustedes pueden seguir», dijo con firmeza, «los alcanzaremos después, pero los huérfanos tienen que entrar en la iglesia para dar las gracias al Altísimo e implorar, antes de todo, la celestial bendición».

Hubo también unos gruñidos, unos masones apenas pudieron reprimir su contrariedad, pero delante de tanta tenacidad no había nada que hacer. Se tuvo que hacer a mal tiempo buena cara.

Excepto este roce, que les hizo ver en seguida con qué temple había que enfrentarse, todo siguió tranquilamente.

Acabada la breve oración de agradecimiento, siguieron hacia el Palacio del Ayuntamiento, donde fue servido un fastuoso almuerzo por las personas ilustres de la ciudad, durante el cual hubo una sucesión de discursos.

El Padre Aníbal sacó toda su destreza oratoria que conmovió hasta las lágrimas. Al final del almuerzo los huérfanos fueron alojados en unos cuartos del edificio de los Escolapios, mientras que las huérfanas, que eran pocas, en el edificio del señor Ángel Casalini, rico propietario e industrial de Francavilla. El grupo de las monjas, bajo petición del obispo, fue hospedado en seguida en Oria, en el Monasterio de San Benedicto.

El acontecimiento permitió al Padre Aníbal intensificar las negociaciones para adquirir el antiguo convento de San Pascual, una vez habitado por los Padres Alcantarinos.

Sin embargo, era necesario trasladar el grupo más numeroso de las huérfanas quedadas en Mesina. De esta manera, menos de un mes después, Francavilla Fontana se movilizó de nuevo para reservar acogidas parecidas. Las huérfanas fueron provisionalmente acomodadas en el hospital “Tommaso Martini” de Oria.

El Padre se dio cuenta inmediatamente de que, tanto las habitaciones como los objetos, dispuestos con mucha generosidad, resultaban insuficientes y aproximativos. Todo era precario, y tenían que poner remedio. Aunque intentara esconderlo, se notaba que era consciente de las necesidades y, en la imposibilidad de actuar, se le encogía el corazón. No perdía entonces ocasión para exhortar a los miembros de las comunidades, que tenían la responsabilidad cotidiana de huérfanos y aspirantes, a tener paciencia y a agradecer la Providencia por lo que, en la desgracia más grande, les había dado.

Pero se dio cuenta de que su preocupación no encontraba correspondencia en sus colaboradores y en los huérfanos, porque, cuando se detenía y los observaba, los veía felices, listos a conformarse con todo. Y de ahí sacaba un poco de consuelo, sin tranquilizarse del todo. De hecho, sabía que así sería en el principio porque, de todos modos, era muy grande la diferencia entre la situación vivida en Mesina durante un mes; pero, después, una vez recuperadas tranquilidad y seguridad, surgirían otras exigencias y, entonces, los descontentos.

El pobre parecía estar destinado a luchar siempre en diferentes frentes: seguir en Mesina la reconstrucción, arreglar de la mejor manera las comunidades en Francavilla y en Oria, adquirir, si posible, locales para dar estabilidad a los Institutos y luego... la escuela, la formación de los aspirantes y de las postulantes, los novicios... Si hubiera pensado en

todo esto de una vez, se habría vuelto loco, o, al menos, se habría desanimado... pero él no era así: el Padre Aníbal era un motor capaz de sacar adelante todo esto y no sólo.

IX

Arregladas las diferentes situaciones en Oria y en Francavilla Fontana, el Padre Aníbal volvió a Mesina, donde se habían quedado pocas personas, después de ese gran éxodo. Pero su presencia era necesaria para empezar a pensar en la reconstrucción.

Con él regresó el Padre Pantaleón Palma también, que ya se había convertido en su brazo derecho, particularmente por la parte administrativa.

Después de unas horas de viaje, al acabar de rezar juntos las vísperas, el Padre Pantaleón se adormiló. El tren, tras pasar Taranto, empezó a costear el mar Jónico; el Padre Aníbal lo miraba siempre fascinado por el espectáculo dado por el juego de colores en la puesta del sol. Esos matices irisados lo conturbaban y su mente de poeta vagaba entre esos colores que, acariciando las cosas, les daba aspectos diferentes. En sus momentos imaginativos, sin embargo, a menudo era transportado a la realidad por el súbito aflorar en la memoria de algo para terminar o empezar, un compromiso, la correspondencia para despachar. Y él, con paciencia, sacaba una pequeña libreta y, con su bolígrafo de viaje, anotaba y volvía a observar la naturaleza.

De repente, por la inclinación del vagón un haz de luz atravesó al Padre Pantaleón, y la mente fue atraída por su joven cohermano que estaba delante de él: un “extranjero” llegado de lejos, que se había convertido en un hijo espiritual, mientras que, los que él había recogido con mucho cariño, lo habían dejado solo.

Un pensamiento que reflejaba la triste realidad vivida, pero que, afortunadamente, ya había pasado.

Todo había empezado hacía muchos años, cuando un día – era el 22 de diciembre de 1895 – había escrito una carta a su Cardenal Arzobispo, Mons. José Guarino, en la que le comunicaba lo que estaba planeando:

«Como empecé, tal como Su Eminencia sabe, un orfanato masculino y una pequeña comunidad de clérigos, cuyo fin es educar a los huérfanos y evangelizar a los pobres, para dar a este naciente Instituto un servicio regular, quisiera empezar a formar una pequeña comunidad de hermanos laicos que servirían la comunidad y, en caso de necesidad, harían un poco de custodiación para los huérfanos. Estos hermanos llevarían un hábito simple de Congregación religiosa.

Todo esto lo someto al juicio y al albedrío de Su Eminencia, esperando cualquier decisión».

Era, sin embargo, una declaración de intenciones que, como acontece a menudo, había sido arrollada por el sobrevenir de las numerosas preocupaciones y obligaciones. Y tenía muchas: la abnegación requerida por el orfanato femenino, el cuidado y la formación espiritual de los clérigos externos, o sea, los seminaristas que vivían en familia y seguían los cursos de teología en el seminario; y los pobres, la necesidad de proveer al sustento de todos.

¡Cuántas amarguras había tenido que tragar y cuántas mortificaciones había sufrido en el nombre de Dios! Mortificaciones que a menudo venían de las personas que lo ayudaban. Como ese día en el que, al recurrir al Canónico de ese período, Mons. D’Arrigo, para obtener un préstamo para extinguir unas deudas contraídas por la adquisición del pan, tras haberlo conseguido, lo oyó decir: “¡Pero haga el Canónico y no se aventure en estas hazañas!”.

La frialdad y el cinismo con los que habían sido pronunciadas esas palabras lo habrían desalentado si no hubiera tenido una férrea voluntad, fortalecida por una fe inquebrantable.

Habían pasado dos años.

Eran los primeros meses de 1897 cuando el Padre Aníbal hospedó, en el barrio Aviñón, donde actuaba entre los pobres de Mesina, un benedictino de Montecassino, el Padre Plácido Mauro. Éste, habiendo escuchado sus confianzas acerca de ese sueño que parecía tan lejos, le indicó los clérigos que le habían sido encomendados, y le hizo ver cuánto fuese a su alcance la realización de ese deseo.

El Padre Aníbal pensó ver, en las palabras del monje, la voluntad del Señor. Por lo tanto, lo preparó todo, y el domingo 16 de mayo hubo la toma del hábito de los tres primeros hermanos coadjutores a los que, con los nombres de fray Plácido, fray Benedicto y fray José, fue entregado el hábito, que consistía en una sotana negra, estrechada por un cinturón de cuero y, sobre el pecho, el blasón de tela con el dibujo de un corazón rojo con el letrero “Rogate”.

Éste había sido el primer paso que tres años después, el 6 de mayo de 1900, había llevado el mismo Padre Aníbal a emitir la profesión religiosa, junto con el Padre Francisco Bonarrigo, el Padre Antonino Catanese, el Padre D’Agostino y unos clérigos.

El nuevo grupo había nacido con el nombre provisional de *Clérigos Regulares Oblatos del Corazón de Jesús* hasta que, fijada en su mente la misión específica tanto de este núcleo que debía constituir la comunidad masculina, como de la congregación femenina ya encaminada, el 14 de septiembre de 1901 había comunicado al obispo los nombres que consideraba definitivos: *Rogacionistas del Corazón de Jesús e Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús*.

Solo unos años después, el Padre Aníbal había comprendido que sus intenciones eran diferentes con respecto a las de su obispo ordinario: él pensaba en una Congregación religiosa masculina, mientras que el Arzobispo había entendido esa asociación como un colegio eclesiástico, que le preparara sacerdotes para la diócesis. Y había actuado en consecuencia: en cuanto el Padre Catanese y el Padre D’Agostino se ordenaron, los había destinado a las parroquias. E, ironía de la suerte – se diría, si se excluye la mala fe – el Arzobispo encargó siempre él para presentar los candidatos a la nueva comunidad parroquial.

El Padre Aníbal delante de los superiores obedecía y basta, pero, como era un hombre de una sola pieza, pero con una gran sensibilidad, había intentado delicadamente hacer comprender sus intenciones si – por su culpa – no hubieran sido comprendidas claramente. Había cogido la ocasión de las felicitaciones para el nuevo año 1903, para repetir su posición, expresando, a Mons. D’Arrigo la petición de protección para la pequeña comunidad:

«Protección cuando con incansable labor aspiramos a nuestro ideal de establecer y procurar, con la gracia del Señor, una ínfima Congregación Religiosa de Sacerdotes consagrados a la misión de la Rogación Evangélica del Corazón de Jesús, y a la de la salvación de los huérfanos y evangelización de los pobres. Por esto, prepararemos a Su Excelencia un grupo de Sacerdotes unidos por el vínculo de la Profesión Religiosa, y listos a sus órdenes».

Y el Prelado había asentido. Justo en ese año había subido al trono papal Pío X, que había puesto entre los objetivos primarios de su ministerio la reforma de los seminarios. Entonces, como primera acción había abolido el clericato externo y había establecido que los que quisieran acceder a las Órdenes tenían que vivir en comunidad en el seminario.

En Mesina, Mons. D'Arrigo no había perdido tiempo, había puesto en práctica el Decreto, extendiéndolo también a los clérigos residentes en el barrio Aviñón con el Padre Aníbal, aunque sabía bien que ellos, ya desde hacía unos años, emitían votos y promesas como religiosos.

Sólo había una posibilidad para superar el obstáculo y aclarar la equivocación, si se podía todavía hablar de equivocación. En efecto, el Padre Aníbal, comunicando a los clérigos lo que el Arzobispo, después de las disposiciones pontificias, había decretado en vista de la apertura del año académico, había añadido: «Nosotros somos una comunidad religiosa. Por esto, ahora hay que suspender los estudios por dos años, hacer el noviciado, trabajar por el Instituto. Y después veremos qué querrá el Señor».

En el plazo de pocos días había recibido la respuesta: junto con él no se había quedado ningún clérigo. Por la noche, en el refectorio, hasta unos días antes poblado por muchas voces, estaban sólo el Padre Francisco Bonarrigo y los dos hermanos coadjutores – fray José Antonio Meli y fray Plácido Romeo -, y el joven sacerdote huésped Padre Pantaleón Palma.

Esa defección total e inesperada de gente que había amado como hijos, sobre los cuales había puesto mucha confianza y había cultivado sueños, fue como un golpe mortal.

Ahora, tras casi cinco años, mirando por la ventana el mar que se había vuelto completamente negro, se repetía con las lágrimas en los ojos: «Que sea hecha tu voluntad, Señor, porque tú sabes disponerlo todo de manera perfecta, y del mismo mal sabes sacar el bien. Me has quitado los paisanos y me has dado este joven que lo ha dejado todo para ayudarme...».

Y siguió mirando al Padre Palma que dormía pacífico, y recordó aquella mañana en que el Padre Lilla se lo había presentado.

Padre Pantaleón Palma era un joven sacerdote de Ceglie Messapico, llegado a Mesina por terminar los estudios universitarios. Esto era en 1902.

Como buscaba alojamiento, se había dirigido a su amigo y paisano Padre Vicente Lilla, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad. Éste, gran admirador del Padre Aníbal, - justo en enero de ese año había publicado un opúsculo halagador sobre su Obra -, lo había acompañado directamente al barrio Aviñón, sabiendo que para ese soñador la hospitalidad era sagrada.

En poco tiempo, el Padre Pantaleón se había convertido en el hijo espiritual del Padre, y había sido conquistado por su espíritu de pobreza, oración y caridad hasta incluso abandonar los estudios para entregarse completamente a la Obra. Había planificado el sistema económico para evitar que ese pobrecito fuese agobiado noche y día por las deudas y por la necesidad de encontrar los medios para sustentar los Institutos. Junto con fray José Antonio había dispuesto, con el consenso de los curas, en todas las parroquias de Sicilia cepillos de limosna para recoger dinero a beneficio de los huérfanos antonianos. Ya se había convertido en su brazo derecho.

X

Llegado a Mesina, el Padre Aníbal tuvo una agradable sorpresa: encontró a Don Orione, al que estaba ligado por una amistad desde hacía muchos años.

En un momento especialmente crítico, de hecho, le había escrito:

«¡Rece por mí! El cáliz se me presenta incomprensible; el Señor me quita de los Institutos a mucha gente con la muerte y las enfermedades, personas que tienen que dirigir al personal acogido; y al revés, ¡este me sobra! Me faltan las personas útiles y me sobran las que necesitan ayuda... ¡qué misterio! ¿Cómo podremos seguir adelante? En treinta años siempre me ha pasado lo mismo; ¡pero ahora más que nunca! ¿Qué será? ¿Quizás el Señor no quiera que las cosas estén en mis manos? ¡Sin duda mis pecados son la causa de todo! ¡Oh, si pudiera saber qué quiere el Altísimo!».

La amargura era debida al hecho de que, de esas diez jóvenes de la comunidad de las Hijas de Divino Cielo que, por primera vez, había hecho presentar a los exámenes de bachillerato en vista de la consecución del título magistral, unas habían muerto y otras habían caído enfermas de manera grave.

El encuentro, que hizo transparentar el vínculo de estimación y cariño entre los dos, fue de gran consuelo para el Padre Aníbal.

Don Orione había sido enviado a Mesina por el Papa como director de la Comisión Pontificia para las ayudas a las víctimas del terremoto. Y ya se decía que, consideradas las condiciones de salud del Arzobispo, devastado por el trastorno del seísmo, sería nombrado Vicario General. Mientras tanto, en la Curia, se hacía entender que el asunto provocaría mucha contrariedad.

Otra agradable novedad que el Padre Aníbal encontró fue la petición del Canónigo Francisco Vitale de entrar en los Rogacionistas. Por fin, después de muchos titubeos e indecisiones, podía contar con este hijo espiritual que, desde joven, se había quedado junto a él con gran admiración y veneración.

De esta manera, el primer día de mayo de 1909, fiesta ese año del Patrocinio de San José, en un lugar del barrio Aviñón no perjudicado de manera irrecuperable, el Padre Aníbal dispuso una capilla provisional que funcionara para la asistencia espiritual de los supervivientes e invitó a don Orione y al reverendo padre Pablo Albera, él también de la Comisión Pontificia.

En ese marco, el Canónigo Vitale emitió la profesión religiosa en las manos del Padre que, al nombre de pila, añadió Bonaventura porque pensaba que su entrada constituía una verdadera bendición para el crecimiento de la Congregación.

El Padre Aníbal hizo un discurso sobre la belleza de la vida religiosa y sobre el sentido de ser Rogacionista.

Terminada la ceremonia, los sacerdotes se detuvieron en la capilla y el reverendo Don Orione quiso expresar su complacencia, acabando con una petición en línea con su usual irónica curiosidad: «Canónigo, ahora cómo tenemos que llamarle: ¿Padre Bonaventura o Padre Francisco?».

«El Padre Aníbal creo que lo ha dado a entender claramente, soy Bonaventura para mí y para la Obra», contestó el Canónigo Vitale.

El reverendo Don Orione, agachando un poco la cabeza y mirándolo de reojo con los ojos penetrantes siguió: «Ahora, como Rogacionista, se somete a la obediencia del Padre Aníbal; he comprendido que este camino ha sido largo, pero ¿cómo empezó?».

En un primer momento Padre Vitale intentó esquivar, por pudor, de hablar de sí mismo, pero después, pensando rendir el justo honor al maestro, dijo: «Es una larga historia». Don Orión en seguida contestó: «Ay, no se preocupe, podemos estar incluso toda la noche para escucharla».

«Puedo hacerlo, pero sólo a condición de que el Padre Aníbal no esté presente».

«Lo importante es no calumniar a los ausentes», dijo irónico el Padre alejándose enseguida.

«Era más o menos el año 1883 – empezó a contar el Padre Bonaventura – cuando yo, joven estudiante, me encontré un día a conversar en la puerta de una tienda con un amigo muy íntimo que era muy piadoso y fervoroso. Entonces me hallaba en un estado de ánimo un poco vacilante, entre dejar o no el mundo, entre el desear empleos civiles o consagrarme al Señor. No me acuerdo de cuáles razonamientos se hablaba con el amigo, que después – antes que yo – se puso el hábito, pero seguramente se hablaba de cosas espirituales. De repente, pasó cerca de nosotros un Sacerdote todavía joven, alto y esbelto, con una cara seráfica, que caminaba con pasos largos, aunque lentos, casi midiendo el camino, y no parecía que posara los pies sobre la tierra, sino que a penas rozara el suelo y quisiera volar en alto. No sé decir qué sentía yo, viendo a esa figura de asceta. Me acuerdo bien de que oí en mi corazón una voz: “Hay que alejarse de la tierra” y sentí como una sensación de temor, ya que era muy apegado a las cosas materiales de aquí. Mi amigo, que lo conocía, lo saludó con reverencia, y yo también, por cortesía, me quité el sombrero y pregunté al amigo: “¿Quién es este Sacerdote?”. “Pues, - me contestó él, acompañando las palabras con un tono de la voz grave y respetuoso – es el Canónigo Di Francia, hombre de Dios, sacerdote de gran virtud”.

Lo amé desde ese momento, y todas las veces que lo encontraba, lo saludaba inclinándome respetuosamente.

Después de mucho tiempo, me dio con leer un poema de los suyos, *Dolores y triunfos*, y me gustó tanto que, leyéndola una y otra vez, la aprendí de memoria y todavía me la acuerdo.

En ese período murió el Canónigo José Ardoino, honor del Clero de Mesina por su piedad y doctrina, confesor de nuestro Padre Aníbal. Éste fue elegido para hacer el elogio fúnebre en Catedral. Fui a escucharlo; me pareció muy bueno y fue publicado; me lo procuré y lo aprendí casi de memoria.

Como seglar nunca me acerqué a él, aunque, como dije, le rendía homenaje cuando lo veía. El 24 de diciembre de 1885, el día en el que me puse el hábito, lo encontré por la calle junto con aquella alma santa del Padre Antonino Muscolino, mi confesor. Me acerqué más para hacerme ver por este último que me había guiado en los caminos espirituales y besé la mano al Canónigo De Francia. “Oh, - me dijo con una sonrisa celestial el Padre Muscolino -, ¡el querido Padre Vitale!”. De vez en cuando se llaman con el nombre de padre también los Clérigos.

El Canónigo De Francia, sobresaltando al oírlo llamar padre – porque aún tenía 19 años – preguntó: “¿Su Reverencia es sacerdote?”.

“No, - contestó Padre Muscolino, - hoy se ha puesto el hábito”.

Entonces los dos me felicitaron. Después de mi toma de hábito, un día el Canónigo Di Francia me encontró en la iglesia de la Anunciación, me llamó y dijo: “¿Quiere ir conmigo al Instituto?”.

Esa invitación me pareció nueva, no me la esperaba y contesté vacilando, que el padre no me lo permitiría, que tampoco la salud me ayudaba en la vigilancia de los niños, que estaba muy ocupado con mis estudios, etc.; total, falló el tiro.

Durante mi clericato una fuerza oculta me empujaba a quedarme cerca del Padre. Aunque tuviese como director espiritual el santo sacerdote Antonino Muscolino, al Padre me dirigía de vez en cuando para consejos, y ¡qué impresión me daban sus palabras!

Me acuerdo de una noche, angustiado, fui a su casa y después de tranquilizarme me dijo: “¡Enamórese de Jesucristo!”.

Estas palabras me penetraron en el alma. Él hablaba el lenguaje del amor, porque estaba perdidamente enamorado de Dios.

Todavía clérigo tenía que pronunciar un discurso sobre el Corazón de Jesús en la cripta de Santa María de los Esclavos: era el primero, lo escribí y lo puse en el bolsillo para hacerlo leer al Padre. Me encontró por la calle, él lo leyó con su énfasis, me dijo algo que todavía me acuerdo, y al momento de la peroración, donde yo incitaba los ánimos a cerrarse en el Corazón de Jesús, me dijo: “Entonces yo también iré esa noche, para ponerme dentro de ese Corazón divino”.

Una vez ordenado sacerdote, el apego al Padre crecía, y las Casitas Aviñón me atraían. Todos notaban la veneración y el cariño que me ligaban a él, pero no fui tan generoso para merecerme por el Señor la entrada definitiva a la Obra. Ahora, espero que, a través de vuestras oraciones, el Señor me haya hecho merecedor».

XI

Como es posible imaginar, a las muchas cosas para hacer desde cuando había vuelto después del terremoto, el Padre Aníbal había añadido otra: la de ir entre los escombros de las iglesias para recuperar los copones con el Santísimo Sacramento para evitar profanaciones. Este tipo de trabajo era muy practicado, con intenciones totalmente diferentes, por unos supervivientes que cínicamente se dedicaban a la depredación y a los robos, por lo cual, aunque la emergencia había terminado, las autoridades establecieron que al anochecer hubiera el toque de queda, mientras que, durante el día, militares y guardias fueran de ronda.

Un día una patrulla, durante su vuelta, se dio cuenta de que dos personas estaban excavando entre los escombros del convento junto a la Iglesia de San Francisco de la Inmaculada. La ronda se escondió de manera que cogiera a esos depredadores con las manos en la masa.

Al final, cuando los dos, satisfechos, estaban a punto de alejarse, se encontraron rodeados y oyeron la orden perentoria de entregarles los objetos robados.

A este punto los gendarmes se quedaron abochornados al descubrir que los dos eran curas. Pero las órdenes eran órdenes y los llevaron a la central.

Allí debieron ser identificados por unos testigos: se trataba del Padre Pantaleón Palma y del Padre Aníbal. El teniente, como era extranjero, no los conocía, y dijo fuertes palabras de reproche, aunque los dos, sin dificultad, habían enseñado los objetos robados – una piedra oscura y de forma cuadrada sobre la cual había dos manchas de sangre – y habían explicado que se trataba de una reliquia de San Antonio de Padua y no de un objeto de valor o una obra de arte. Querían guardarla solo para exponerla de nuevo a la veneración, una vez reconstruida la iglesia. Pero ni el hábito ni las argumentaciones pudieron salvarlos de la desconfianza del comandante de la guarnición que no los dejó salir hasta escuchar el parecer de la Comisión Artística.

Los supervisores, al final, habían asegurado que la piedra no tenía algún valor ni artístico ni venal y así los dos pudieron recuperar la libertad. Fue devuelta también la piedra, pero fueron avisados que, si cogidos de nuevo, no escurrirían el bulto.

¿Qué era ese bloque de lava al que Padre Aníbal daba tanta importancia?

En la primavera de 1221 san Antonio había permanecido en Mesina en el convento junto a la Iglesia de San Francisco de la Inmaculada. Se decía que, cuando el guardián del convento, no estaba, Antonio hubiera hecho excavar un pozo para dar agua a esa casa. Al regresar, el superior, no aprobó la obra y le impuso una disciplina en el comedor, delante de todos.

Antonio se había golpeado con tanta vehemencia que de los hombros le chorreaba la sangre hasta el suelo, manchándolo de manera indeleble.

Esa piedra había sido guardada por los Frailes Menores Conventuales y exhibida para siglos a la pública veneración como reliquia.

Después de haberla recuperado de esa manera, el Padre Aníbal la guardó hasta que los Frailes no volvieran a officiar esa iglesia en Mesina.

El Padre Aníbal, desde joven era devoto a San Antonio de Padua, pero en el comienzo de su Obra pasó algo particularmente significativo que lo había convertido en un Santo privilegiado con respeto a otros.

En el verano de 1887 en Mesina se difundió el cólera, causando muchas víctimas. Los primeros días de septiembre el morbo parecía convertirse en una catastrófica epidemia. El Ayuntamiento instaló un lazareto para los ciudadanos afectados, coches fúnebres para el transporte de los cadáveres, fueron cerradas las fuentes y reemplazadas por grandes barriles de agua hervida. El Padre Aníbal y su hermano, el reverendo Padre Francisco, se pusieron generosamente a disposición del Arzobispo para asistir a los enfermos recogidos en el lazareto. Mons. Guarino concedió la autorización sólo al reverendo Padre Francisco, mientras que al Padre Aníbal había dicho perentorio: “Ya tiene a su familia que asistir”, refiriéndose a los pobres de las “Casas Aviñón” y la recién nacida comunidad de monjas que cuidaba de los huérfanos.

Cuando el Señor quiso, el morbo aflojó las riendas y la ciudad empezó nuevamente su vida. Era octubre cuando un día se presentó al Padre Aníbal un joven, entregándole sesenta liras “para comprar pan para los huérfanos, en honor de San Antonio de Padua”, explicó sin añadir nada.

El Padre Aníbal se había quedado sin palabras porque nunca hasta ese momento había oído semejante expresión acompañada por una limosna. Después de poco tiempo, el mismo joven se había presentado de nuevo y, entregando la misma cantidad había repetido “para comprar pan para los huérfanos, en honor de San Antonio de Padua”.

Pero, esta vez, el Padre Aníbal no fue cogido desprevenido y, antes de que el joven desapareciera, le preguntó: «¿Quién envía esta cantidad, y por qué esta motivación?».

«Mi dueña», contestó el joven, «quiere quedar anónima».

Regularmente el joven aparecía repitiendo el ademán y las palabras. Transcurrió casi un año hasta que un día añadió: «Mi dueña quiere encontrarle, venid conmigo que le acompaño allí donde está».

De esta manera, conoció a la emisaria de ese óbolo: era la Señora Susana Consiglio, viuda Miceli que, mientras el cólera azotaba, había hecho un voto a San Antonio de Padua que, si hubiera liberado ella y su familia del morbo, daría en limosna sesenta liras para los huérfanos y las huérfanas de su Obra, para comprar pan en honor del Santo. Y no se había parado ahí: había seguido enviando el óbolo por las gracias obtenidas o pedidas.

Todo esto inspiró al Padre Aníbal a escribir, en 1900, un opúsculo con el título *El secreto milagroso* que fue útil para difundir la devoción del “Pan de San Antonio” y atraer la limosna hacia sus Institutos Antonianos.

XII

En uno de los encuentros diarios que ahora el Padre Aníbal podía tener con Don Orione, confió al amigo un grave escrúpulo de conciencia: haber obtenido audiencia privada con el Santo Padre y no haber ido.

«¡Una grave falta de respeto!» había concluido.

«¿Cuándo pasó?» le había preguntado Don Orione.

«El 29 de diciembre pasado. Estaba a punto de ir a la audiencia cuando supe de la tragedia que había pasado aquí y, como soy un hombre sin espina dorsal, me he dejado llevar por la emoción, por el dolor. Pero créame, me sentía enloquecer».

«Deje que se lo diga, querido Padre, que usted no es uno sin espina dorsal, ¡al revés!... Sin duda el Santo Padre ha sido informado del desastre y ha comprendido su actuación. Si tenéis que seguir adelante con este escrúpulo, nada mejor que quitárselo en seguida. En cuanto sea posible, le procuraré otra audiencia y personalmente comprobará su paternal comprensión».

No pasó mucho tiempo que el Padre Aníbal, junto con el Padre Pantaleón Palma, Madre Nazarena Majone y sor Carmela D'Amore, fue recibido en audiencia privada por Pío X. El Santo Padre se mostró muy enterado de todo, incluso del traslado de los huérfanos de Mesina a Francavilla Fontana y a Oria. Y cuando el Padre Aníbal, arrodillándose, le pidió perdón por no presentarse en ocasión de la audiencia del 29 de diciembre, lo miró indulgentemente y le puso la mano sobre la cabeza, dirigiéndole palabras de consuelo y de estímulo. Luego lo invitó a sentarse para expresarle sus necesidades.

El Padre Aníbal sacó de su bolso un sobre y se lo dio.

Pío X lo abrió con el aire resignado de quien tiene que autorizar y encomendar el financiamiento de planes de reconstrucción. Una vez empezada la lectura se dio cuenta, al revés, de que se trataba de una súplica en la que se indicaban las finalidades de sus Instituciones sobre las cuales imploraba la bendición apostólica.

El Papa consintió benignamente, pero preguntó nuevamente si tenía necesidades particulares, dejando entender veladamente: las de naturaleza económica.

«Santidad», oyó contestarle, «aquí, en esta otra hoja me encargué de escribir la petición». El Santo Padre leyó y encontró la petición de insertar en las Letanías de los Santos el versículo: «Te rogamos que envíes muchos trabajadores dignos y santos a tu mies, escúchanos».

El Papa asintió y, cogió el bolígrafo y en la misma petición escribió: «Concedemos; pero sólo en los Institutos mencionados en la instancia».

Mientras pasaba sobre lo que había escrito el tampón del papel absorbente, mirándolo intensamente le preguntó: «Padre, ¿cuándo el Señor le inspiró este don sobrenatural?».

«Santidad, no interprete estas palabras como un acto de orgullo, – contestó – sino simplemente como una debida exposición a través de hechos que se refieren sólo incidentalmente a mí y que en realidad son el resultado del cuidado que el Corazón Sagradísimo de Jesús quiso demostrar a su Santa Iglesia.

Era un joven estudiante y me causaba dolor la desertión de sacerdotes y frailes por culpa de los motines revolucionarios del tiempo: Garibaldi había conquistado Sicilia y el Reino de Nápoles.

Un día, como me encontraba en la Iglesia de San Juan de Malta en Mesina, se me ocurrió este pensamiento dominante, o sea, que para actuar el mejor bien en la Santa Iglesia, para

salvar muchas almas, para difundir el reino de Dios en la tierra, ningún otro medio sería tan seguro que el incremento de elegidos ministros de Dios, y que entonces la oración preferible debería ser la de pedir con insistencia al Corazón Santísimo de Jesús que enviara a la tierra hombres santos y sacerdotes escogidos.

Esta idea me parecía muy clara e indiscutible. Luego me quedé sorprendido y compenetrado en la lectura en el Santo Evangelio esas divinas Palabras: “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos: rogad, pues, el señor de la mies, para que envíe trabajadores a su mies”. Desde entonces intenté inculcar este celo no sólo en los que me rodearon y colaboran conmigo, sino que interesé al clero y a los fieles en los diferentes Congresos Eucarísticos y a través de una Sagrada Alianza, una Unión Piadosa. Pero siempre es poco lo que hago».

El Papa lo miró con admiración y dijo: «Pero no me ha pedido nada».

«Haber recibido su bendición y saber que estamos diariamente en sus oraciones, esto nos basta», contestó enseguida con insólito candor el Padre Aníbal.

Pío X, entonces, se levantó y acercó la mano para que la besara: «Le procuraré en Mesina una pequeña iglesia de madera donde hacer rezar a sus comunidades y a la gente también, para obtener por el Señor buenos y santos sacerdotes», añadió.

Mientras los demás colaboradores prosiguieron hacia Oria y Mesina, el Padre Aníbal se detuvo en Nápoles para despachar unos asuntos. Dando una vuelta por las calles y entre los callejones se daba con grupos de gamberrillos sucios, harapientos y famélicos como saltamontes, que se perseguían alborotando; pedían algo que comer, pero distraídos por otras cosas, se iban corriendo desinteresados...

El Padre Aníbal conocía bien Nápoles y a los napolitanos, porque sus abuelos, por parte de madre, eran de allí. Tenía más o menos nueve años cuando, junto con su madre y sus hermanos, fue a vivir con su abuela porque estaban aconteciendo muchas revoluciones: Garibaldi había conquistado Nápoles, el Reino de las Dos Sicilias había escogido la anexión al Piamonte con un plebiscito... y, dados los tiempos, su madre Ana había considerado que sería mejor estar con los familiares en Nápoles y orientar sus hijos al estudio aquí, ya que podía contar en algún apoyo importante. En efecto, el tío político José La Farina – político porque había casado a María Luisa, hermana del padre – le había asegurado que, con su recomendación, podría entrar en el Colegio Militar de la Nunziatella.

Cuando pensaba en ello, después de muchos años, se decía irónico: «¡Yo militar! ¡Qué buen oficial podía ser! No habían comprendido nada, ¡pobres!».

Y, en el mismo tiempo, recordaba siempre con orgullo un particular: lo que no habían sabido comprender los familiares, lo había acertado la portera del edificio en que vivía su abuela que, en cuanto lo vio, le dijo en dialecto: «¡Que puedas beber en el cáliz!» (hacerse sacerdote).

Había pasado allí un año para luego regresar a Mesina, pero habían sido tantas las frecuentaciones de esa ciudad que no tenía dificultades en hablar su dialecto con la gente común o en adoptar esa actitud y esas maneras que podían hacer de él, como mucho, un napolitano del interior.

Aunque hubiese cierta familiaridad con esos gamberrillos, los observaba siempre con interés para conocer sus nuevas ideas.

A tardas horas de la mañana, se estaba dirigiendo hacia la estación para salir. Mientras pasaba por la avenida, se dio cuenta de que un grupo de esos niños estaba echado en el suelo: alineados en la acera como si fueran muertos. Se colocó un poco lejos para

observarlos bien y descubrir qué querían hacer. Parecía que estuvieran haciendo la respiración artificial. En un primer momento no comprendió, y luego lo dedujo: había un restaurante... Los gamberrillos estaban tumbados sobre la reja de donde salían los olores, ya que abajo estaban las cocinas... como no podían tener lo que se estaba preparando en el restaurante, esos pobrecillos se conformaban aprovechando, por lo menos, los olores que llegaban a través de la reja de hierro.

Le cogió una gran compasión y se acercó para decirles algo, pero ellos, rápidos como liebres, se fueron gritando. Pues él, con mucha paciencia, los llamó diciendo: «¿Y qué? ¿Tenéis miedo? No os comeré. Venid», y hacía un gesto con la mano, «Venid aquí que os doy los caramelos. Venga, ¿no los queréis los caramelos?». Después puso la mano en el bolsillo.

De golpe todo el grupo se paró mirando con difidencia sin acercarse. Al final, el más chulo, que tenía más o menos doce años, se acercó. El Padre Aníbal lo acarició, le dio los caramelos y una medalla que antes le hizo besar. El niño lo miró con asombro. Nunca y nadie hasta entonces le había comunicado tanta ternura.

A este punto, poco a poco se acercaron todos los demás y se agolparon alrededor del Padre: cada niño recibió caramelos y una buena palabra. Pero, animados por esa bondad inusual, empezaron a ponerse uno más pesado que el otro, y él, con mucha paciencia demostró que sabía cómo tirar de la rienda y, en cuanto tuvo la oportunidad, introdujo unas preguntas de doctrina cristiana. Si hubiera preguntado acerca de sus travesuras, habrían sabido contestar ampliamente, pero sobre ese asunto se podía establecer una primacía sobre quién era el más ignorante.

En cierto momento llegó la pregunta que más interesaba al Padre Aníbal: «¿Tenéis padres?», todos contestaron que sí, excepto el jefe de la gavilla que dijo que no tenía ni padre ni madre, sino sólo una hermana.

Lo miró y, poniéndole la mano sobre la cabeza, le preguntó a quemarropa: «¿Quieres venir conmigo en un Instituto donde se está muy bien?».

«¿Se come bien? ¿Y se puede jugar cuando uno lo quiere?», respondió el gamberrillo.

«Se come bien, se viste bien, se está limpios, se juega, se lo pasa bien, se estudia, se aprende una profesión, se educa civilmente».

«Entonces voy. Pero, ¿dónde está este Instituto?».

«En Mesina».

«¡Ay, no! No voy a ir a Mesina. Allí está el terremoto, y yo tengo miedo a morir».

«He dicho en Mesina, pero sólo de paso, porque tu irás a las Apulias donde hay muchos chicos buenos que son muy felices y se lo pasan bien».

«Si es así, pues voy. Vamos a decírselo a mi hermana».

Acompañados por el grupo de chicos curiosos y al mismo tiempo maravillados – alguien decía: «¿Ves cómo se hacen los negocios? ¡En seguida!» -, fueron a casa de su hermana.

«Imagine cómo sería feliz yo, Padre, pero no tengo dinero para el viaje, ni otra cosa para darle a él, sólo lo que tiene encima», dijo la mujer en dialecto y midiéndolo con la mirada.

El Padre Aníbal la tranquilizó diciéndole que él proveería a todo: «¿Tenéis sólo un poco de agua para limpiarlo un poco?», le preguntó.

Le contestó que sí y llevó el chico detrás de un biombo. Se oyó unos gruñidos y unos gritos porque el utilización del agua para lavarse tenía que ser limitado sólo al verano en la playa.

Lo llevó, entonces, al mercado y le compró un par de zapatos, porque estaba descalzo y ropa decente. Luego, regresados a casa de su hermana, el Padre Aníbal se sentó y, sacados

papel y bolígrafo, escribió sus datos personales: Levi Luis, nacido en Nápoles el 13 de agosto de 1897...

Casi irreconocible, engallado, cogió de la mano a su inesperado bienhechor y se encaminó con él hacia la estación. Pero a menudo tropezaba y caminaba de manera torpe. De repente se paró e intentó quitarse los zapatos.

«¿Qué pasa?», le preguntó el Padre.

«No estoy acostumbrado, prefiero caminar sin zapatos».

«Hijo mío, resiste. Verás que poco a poco te acostumbrarás».

«Me hacen daño y ves que no sé caminar con ellos», y empezó a ponerse nervioso.

El Padre Aníbal lo miró y le dio lástima: «si no te los quitas, iremos a la estación con la carroza».

En el tren Luigi fue inquieto e impertinente: fue necesaria toda la paciencia del Padre para aguantarlo, pero esta fue la prueba de fuego. El chico comprendió que ese cura le quería en serio y se le encariñó tanto que, después de unos días de estancia en Mesina, supo que partiría a las Apulias acompañado por el Padre Palma, se echó a llorar desconsolado.

«Ahora hace falta que me quede en Mesina, pero te aseguro que muy pronto iré a visitarte a Francavilla... ¿Me crees? ¡Dame la mano! Es un pacto entre caballeros».

Así Luis, seguro de esa promesa, salió, sin quejarse más.

XIII

Domingo de Ramos de 1909. La comunidad de las Hijas del Divino Celo, con las huérfanas, se había trasladado del edificio provisional del Hospital “Tommaso Martini” a la sede definitiva en el ex monasterio “San Benedicto” de Oria.

Para la ocasión el Padre Aníbal había pronunciado un discurso a la presencia de las Autoridades civiles y religiosas, que había conmovido a todos. Contextualmente, se auguraba una conclusión más rápida con la familia Salerno Meli, propietaria del antiguo monasterio de “San Pascual”: «Así, por fin, mi corazón de padre podrá dormir sueños más tranquilos al ver mis hijos colocados en una sede más idónea y definitiva», había concluido entre los aplausos generales.

A inicios de octubre el sueño se volvió realidad. En la primera visita a las habitaciones, con los ojos de los que tienen que hacer una mudanza, se dieron cuenta de que habría sido una hazaña muy difícil. Pero el Padre Aníbal no podía desanimarse por tan poco: se remangó, y junto con el Padre Pantaleón trabajó noche y día. Sin embargo, después de unos días, tuvo que aceptar el hecho de que sus fuerzas no serían suficientes ni siquiera para quitar la suciedad amontonada. Había que recurrir a un grupo numeroso de hermanas y a todos los aspirantes, haciéndolos venir de Francavilla Fontana.

Antes de todo, había que despejar esas habitaciones de lo que se había acumulado a lo largo del tiempo y luego limpiar y dar una mano de cal a las paredes. Estas eran las intervenciones más urgentes, esperando tiempos mejores.

Finalmente, cuando todo el convento quedó habitable, el Padre Aníbal encargó al Padre Palma que proveyera a lo necesario para completar la nueva Casa.

El Padre Pantaleón, muy dinámico, se empeñó en seguida. Trasladó un poco de material de Francavilla, otras cosas del Instituto femenino y, por lo demás, proveyó vagando en los alrededores, visitando familiares, amigos y bienhechores. De esta manera, poco a poco, se empezó a obtener, al menos en parte, lo indispensable. Había mesas, naturalmente insuficientes, pero al menos las había. Había unas sillas, pero pocas todavía; se habían conseguido unas cacerolas para cocinar, también había platos y vasos suficientes, pero no todos podían disponer de todos los cubiertos... Para muchas cosas tuvieron que esperar un poco, pero ya se sabe que los comienzos siempre son difíciles. Y, los que habían sobrevivido a un terremoto semejante no dejaban que su felicidad dependiera por una silla, o de un tenedor o una cuchara que faltaba o menos.

El Padre Aníbal, entonces, decidió que “San Pascual” fuera destinado a Casa de formación y trasladó allí los aspirantes, bajo la dirección de Fray Carmelo Drago, que era el mayor de edad.

En los primeros días no se pudo cocinar, y se salió del paso con pan y queso. Para dormir no iba mejor: todavía no había camas, y se adaptaron sobre unas esteras.

El Padre Aníbal, sin embargo, como los veía tan felices y contentos por esas “magníficas camitas”, sonriendo decía: «Estoy contento de que estéis tan felices. Hay que dar las gracias al Señor que nos da la gracia de empezar esta nueva Casa en santa pobreza. De algún modo, ella nos da la idea del Capítulo de las esteras en Asís, en los tiempos de San Francisco».

Durante mucho tiempo, esperando los muebles y el arreglo más adecuado de los espacios, se comió en la cocina, todos sentados, incluido el Padre, sobre bloques de toba. Parecía que lo más complicado fuera encontrar sillas.

Pero el Padre Aníbal, sin hacerlo ver, sufría en su corazón y hacía lo posible para proveerlos al menos, de lo indispensable.

Aquellos días fueron fundamentales para consolidar la relación maestro-discípulo: el maestro daba el ejemplo tanto en las pequeñas como en las grandes cosas, y no necesitaba decir nada, porque hablaba su actuar.

Dispuso como se tenía que ocupar el día, estableciendo un horario escrito y asignando las tareas.

«Yo, hasta que no se pueda hacer de manera diferente, me ocuparé de la cocina», dijo. Entonces, dispuso que la limpieza de la cocina se hiciera a turno, pero puso como jefe de la lista a sí mismo y al Padre Palma y, después, todos los demás.

¡Era precioso verlo con un delantal, desempeñándose fregando los platos, las ollas y el suelo!

Muchas veces al día daba clases sobre la vida religiosa y sobre el ritmo que se tiene que imprimir a la vida espiritual de la nueva Casa. Hablaba con tanta claridad y fervor que, más hablaba, y más los chicos querían escucharlo. Nunca se cansaba de repetir que había que ser agradecidos al Señor por la gracia particular, por haber obtenido esa Casa, demostrando gratitud con una conducta idónea en la vida diaria.

Muchas veces al día, finalizada la oración que empezaba o que acababa los actos comunes, hacía repetir: «Envía, Señor, sacerdotes santos a tu Iglesia».

«Sólo de esta manera», explicaba, «aliviamos ese doloroso lamento de Jesús: la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos».

El Padre Aníbal, aunque tuviera muchas tareas, no se había olvidado de la palabra de caballero que había dado, y un día había ido a Francavilla para controlar cómo se comportaba Luis el gamberrillo, y luego, naturalmente, darse cuenta de cómo seguían las cosas en esa situación de emergencia también para los huérfanos.

El asistente, Emanuel Vizzari, le hizo, como siempre, un informe detallado de todo; llegado a Luis, se puso de todos los colores por la rabia reprimida: «¡Es un chico imposible! Es inagotable; siempre causa problemas... ¡hay que tomar medidas muy serias, porque mi severidad no es suficiente!», había concluido.

Luis, en efecto, llegado a Francavilla, se había convertido inmediatamente en la distracción de los compañeros. El primer día que fue a clase con los demás, como no estaba acostumbrado a quedar inmóvil, escuchando aburrido todas esas palabras, de repente, mientras el maestro explicaba utilizando la pizarra, saltó sobre la cátedra poniéndose recto, con la cabeza abajo y los pies arriba. ¡No es difícil imaginar la diversión y las risas de los compañeros!

Vizzari intervino y empezaron los castigos, pero, aunque el asistente no le hacía escurrir el bulto – si no se puede decir que se las hacía pagar todas y muy caras, según su sistema –, él no dejaba de causar problemas. Ver reír a los compañeros lo recompensaba ampliamente de los castigos. No le salía difícil aprender esas “cosas” en la escuela, pero luego no podía quedar parado.

El Padre Palma había aconsejado que lo empeñaran en la música para introducirlo en la banda. También aquí había demostrado su gran inteligencia... En disculpa suya siempre decía: «El Padre me dijo que incluso en el Instituto puedo jugar; y yo sin jugar no puedo vivir».

En cuanto vio al Padre Aníbal, había dado tantas volteretas que parecía un acróbata.

El Padre quiso hablar con él solo, y tuvo la confirmación de que no se había equivocado; lo reprendió paternalmente diciéndole: «¡Intenta estar quieto, si puedes!», y sobre todo le encomendó que respetara al educador y a los profesores.

Luego, llamado Vizzari, lo exhortó para que tuviera más paciencia porque Luis tenía una índole briosa, pero poco a poco cambiaría, y se convertiría en un buen chico.

XIV

En el verano de 1908, el Padre Aníbal había empezado una revista con un título emblemático: *Dios y el prójimo*, que debería constituir un instrumento de comunicación entre los devotos de San Antonio de Padua, amigos y bienhechores, y sus Obras. Podía así sensibilizar a la gente sobre la necesidad de rezar para las vocaciones. En esas páginas, con un número de suplemento, había informado acerca de la destrucción de sus Institutos en el desastroso terremoto y del traslado temporáneo de sus Obras a las Apulias.

Un año después de ese acontecimiento que había cambiado muchísimas vidas, justo en aquellas columnas de ese periódico, el Padre Aníbal hizo un balance encuadrando el “Estado actual de los orfanatos antonianos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María”:

«¡Cuando yo dos días después del desastre de Mesina, me acercaba a la ciudad afectada con el piróscifo, pensaba en mi corazón que a lo mejor encontraría pocas reliquias de mis orfanatos, y que de esta manera todo sería destruido!

La Divina Providencia, al revés, había dispuesto que esa desmesurada catástrofe fuera para mis orfanatos el principio de una mayor extensión.

Nuestras Casas, que antes del terremoto eran cuatro, ahora son diez, colocadas así:

1. En Oria (provincia de Lecce, y ahora de Brindisi) tenemos: la Casa de la Comunidad de los sacerdotes, de los hermanos laicos, y de los jóvenes que quieren hacerse religiosos en nuestro instituto, de los cuales algunos empeñados en el estudio.
2. En Oria también está la Casa Madre de las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús, con la superiora general, con monjas, novicias y postulantes. También está anexo el orfanato femenino.
3. En Francavilla Fontana (provincia de Lecce, ahora de Brindisi) tenemos el orfanato masculino antoniano en el antiguo Convento de los Escolapios y también una zapatería, una sastrería y una banda musical.
4. En Francavilla Fontana tenemos un orfanato femenino antoniano para huérfanas pequeñas.
5. En Mesina, nuestra querida patria, todavía tenemos nuestra antigua Casa del orfanato masculino en calle del Valor y allí tenemos una nueva iglesia pública de madera, donada benigneamente por Su Santidad, que fue entre las primeras en funcionar después del terremoto, a la cual cada día llega muchísima gente. Tenemos también dos sacerdotes que offician incansablemente esa iglesia, y hermanos laicos. Se recogen los niños para la catequesis y también los pobres, para evangelizarlos y socorrerlos.
Para fundar ahí un orfanato masculino, son necesarias buenas barracas que ya se están arreglando.
6. En Mesina todavía tenemos la Casa del “Espíritu Santo”, aunque en gran parte derribada. Aquí tenemos un buen número de huérfanas que sobrevivieron a los terremotos, monjas y postulantes.
Ya se empezó a trabajar, hace poco tiempo, para formar unos campamentos en regla, como ya hemos obtenido las tablas para esto; y así ese orfanato antoniano de huérfanas renacerá con la ayuda de San Antonio de Padua, ordenado y lozano, como el que se trasladó a las Apulias.
7. En Taormina (Mesina) tenemos otro orfanato antoniano femenino en un antiguo convento, que se nos dio hace años por parte de ese Ayuntamiento.

8. En Giardini (Mesina) hay una residencia de nuestras monjas, que tienen una escuela de trabajo para jóvenes civiles y de pueblo con un discreto pago mensual para las primeras y gratuitamente o casi para las segundas. A las dos se les enseña el catecismo y la educación civil y religiosa.
 9. En San Pier Niceto, provincia de Mesina, el día 24 de octubre, se abrió una Casa de residencia de nuestras monjas, con noviciado y laboratorio para las chicas de ese pueblo, que acorren numerosas.
 10. En Trani, ese digno y celante arzobispo, Mons. Francisco Pablo Carrano, cedió por contrato un gran edificio a nuestras hermanas, las Hijas del Divino Celo, para abrir escuelas de trabajo para clases ricas y para hijas del pueblo: ya sometió al sumo Pontífice Pío X el proyecto, y el Santo Padre benignamente concedió su apostólica bendición para esta nueva Casa, que será inaugurada, con la ayuda del Señor, en 1910».
- Parecía como si acabara de salir de un inclemente invierno y la primavera empezaba a hacer abrir las primeras flores, cuando de repente estalló una tempestad que podía causar muchos daños.
- Mientras, de hecho, el Padre Aníbal estaba en Mesina, se empezó una encuesta por parte de la autoridad judicial por supuestos malos tratos a los huérfanos en el orfanato masculino de Francavilla Fontana.

XV

La mecha prendió por una chiquillada. El 14 de diciembre de 1909, Santino Zanghí, un huérfano, castigado por el asistente Vizzari, puso en escena una huida sobre los techos que atrajo la atención, aunque no lo quería, de unas personas, que poco apreciaban los institutos religiosos, entre las cuales el director de las escuelas Sardiello. Él corrió inmediatamente a denunciar el hecho a la policía.

El chico fue “salvado” por unos policías y llevado al cuartel para conocer las razones de la huida. El cuento se convirtió, debidamente inducido, en una gran escena de protagonismo que le hizo decir al ingenuo una mezcla de verdad y falsedad sobre los malos tratos sufridos por él y por sus compañeros por parte del “feroz” educador.

El Delegado, basándose en esta confesión, se presentó con los policías en el Orfelinato, apresó a Vizzari y alejó preventivamente a los religiosos empezando a interrogar a los chicos.

Hizo una premisa muy cautivadora: «¡Pobres chicos, cuanto sufrimiento! Pero vuestro compañero Zanghí no lo contó todo. Vosotros contad... hablad libremente: ¡estamos aquí para vuestro bien! Os pondremos en otro Instituto, donde comeréis y beberéis hasta la saciedad, como el primer día en Francavilla. Allí no habrá castigos, ni catecismo para aprender, ni renunciáis para ofrecer a la Virgen. Y, en lugar de misas y oraciones para rezar continuamente, podréis pasarlo bien...».

De esta manera, entre promesas y amenazas, hacía que los chicos depusieran cosas exageradas y, a quien caía en la trampa, incluso episodios inexistentes. Luego decía: «¡Firma, firma, ahora, así por fin serás libre!».

Durante los interrogatorios, el Delegado, de acuerdo con el Juez intentaba hacer caer la responsabilidad de los malos tratos también sobre el Padre Aníbal.

«Disculpe, pero ¿qué dice?», se había en seguida sublevado Luis el gamberrillo y todos, de manera unánime, habían resistido a cada insinuación sobre el tema. Es más, los más valientes lo defendían, diciendo que el Padre querría su bien, se hacía cargo de ellos maternalmente y no sabía nada de los malos tratos, porque nadie se lo había dicho, como temían las posibles retorsiones de Vizzari.

En cuanto el Padre Aníbal fue informado, en seguida salió para Francavilla. Fue un viaje lleno de dolor y disgusto: ¡sus huérfanos maltratados! Si era verdad, ¿por qué nadie se lo había dicho?

Llegó a Francavilla Fontana en medio del vendaval. La noche, mientras todos estaban en la iglesia para rezar antes de acostarse, el Padre Aníbal se había arrodillado, y, dirigiéndose a los huérfanos con las lágrimas en los ojos, había pedido perdón por lo que habían sufrido, quejándose amargamente: «Pero, ¿por qué, hijos, ninguno de vosotros nunca me ha dicho algo de esto cuando yo venía a Francavilla?».

El primer día de enero 1910 escribió a Mesina al Padre Vitale para informarle de la situación, diciendo: «Desde muchos días estoy en el Orfelinato masculino de Francavilla, que, después de ese triste acontecimiento, estaba a punto de ser cerrado. El moral de los chicos estaba muy turbado; los pocos educadores estaban a punto de desanimarse. El Señor me ha llevado a trasladarme aquí para hacer lo mejor que puedo, para que los chicos se encariñasen de nuevo al Instituto y para ponerlos en el recto camino. Gracias al Señor, a la Santísima Virgen y a San Antonio, se han tranquilizado y se están encariñando. He

tenido doctrina cada noche, triduo de sermones para el final de año, sorteos y diferentes juegos».

Mientras tanto, las investigaciones se convertían en una verdadera persecución contra sus Institutos, porque habían empezado dos encuestas: una judicial sobre Vizzari y la otra administrativa. Incluso los religiosos y los postulantes de la Casa de “San Pascual” en Oria habían sido sometidos a interrogatorios.

Chicos y religiosos estaban aterrorizados. En efecto, a menudo, aparecía el Delegado que los llamaba una y otra vez para confundirlos con preguntas solapadas, promesas y amenazas.

Las preguntas vertían no sólo sobre los hechos de Francavilla, sino también sobre lo que se comía, qué trabajos se hacían, qué horarios tenían, si eran infligidos castigos o golpes, si se ponía a alguien en la prisión y muchas veces volvía a empezar.

Todo tenía el fin de decir y deponer que también ellos en Oria eran maltratados y que el Padre Di Francia, consciente de esto, autorizaba estos malos tratos.

Cuando el Delegado perdía la esperanza que ellos dijeran lo que quería él, perdía también la paciencia y se enfadaba muchísimo: «Se ve que el cura os ha enseñado bien a mentir y a engañarme», y, poniéndose rojo por la rabia, amenazaba: «¡Pero os pondré a raya yo! ¡Ahora os voy a arrestar a todos y veremos!».

El Padre Aníbal había llegado a Oria cuando la encuesta había sido ampliada a esta Casa. Por la noche, después de la oración, había reunido a todos, postulantes y religiosos, diciendo: «Os encomiendo que contestéis a las preguntas del Delegado, decid la verdad, sobre todo. No tengáis miedo si os dice que os arrestará: ¡decid siempre la verdad!».

Después de someterlos muchas veces a extenuantes interrogatorios, el Delegado los llamó nuevamente, preguntándoles que firmaran el acta de deposición.

El destino quiso que el primero en ser llamado, antes de firmar, hubiese pedido que pudiera leer el acta o que alguien pudiera leérsela. Se dio cuenta, de esta manera, de que en la deposición habían sido añadidas cosas que no había dicho, otras habían sido cambiadas y se negó a firmar. Hubo un terrible enfrentamiento, pero no cedió. Salió y lo dijo a todos así que todos se portaron de la misma manera.

El Delegado se enfadó muchísimo, los reunió y los amenazó, diciendo: «¿Os lo ha dicho el cura que no firméis? Pero ahora os arresto a todos y al cura ése también».

Mientras despotricaba de esta forma, en el corredor apareció el Padre Aníbal, se le acercó y le pidió: «¿Puedo hablar con usted privadamente?».

Fue una conversación que duró mucho, de la que nadie supo nada, sólo se vieron los efectos; saludando, el Delegado dijo con obsequios: «Perdón, reverendísimo».

La expresión que podía ser interpretada de manera positiva, no significaba nada, porque el Delegado era un hombre bueno para todas las estaciones, uno de esos que se vuelven feroces con los corderos y ovejas con los lobos.

De hecho, el día siguiente, se presentaron en “San Pascual” el Policía y el Delegado para controlar si era verdadero lo que se había filtrado o sea que el Padre Aníbal pensaba irse de Francavilla Fontana.

«Claro», contestó el Padre Aníbal con mucha amargura, «ésta para nosotros se ha convertido en una tierra ingrata, por esto me llevo los chicos conmigo a Mesina», dando muestra de un gran resentimiento añadió: «¡Se ha hecho un gran caso sobre inconvenientes que se habrían podido arreglar familiarmente, sin necesidad de someter a proceso una persona y desacreditar una institución de beneficencia!».

Los dos se miraron y el Policía dijo: «En realidad, a primera vista los hechos de Vizzari parecían más graves de lo que son». Y, mostrando un poco de compasión: «Claro, sería

el caso de ser indulgentes con Vizzari, ya que la responsabilidad moral de estos tristes hechos la tiene alguien más en alto con respecto a él». El Padre, en este punto, ya no tuvo dudas sobre la posición del policía y no se hizo ilusiones sobre cómo acabaría la cuestión. En efecto, él, con aire de suficiencia, siguió: «Para ser sincero, no se debería permitir a curas, de los cuales se conocen los métodos educativos, abrir institutos sin ninguna renta y que, obligados a vivir a espaldas de la pública caridad, degradan las tiernas almas de los chicos y los encaminan hacia una mendicidad vagabunda y socialmente peligrosa».

El Padre Aníbal, que había decidido en su corazón no seguir la conversación, frente a esta venenosa insinuación que hacía comprender la mala fe del Policía Francavilla, - éste era su nombre - no pudo callar y rebatió con fuerza: «Me permita: ¿usted no sabe lo que dice! En Italia y en otros lugares hay grandísimas Instituciones de beneficencia para todos los infelices, nacidas sin rentas y con la pública caridad como, por ejemplo, el Cottolengo de Turín, fundado por un cura, que tiene no menos de cinco mil internados de todo tipo, vive gracias a la pública caridad, y formó el asombro universal - ¿no de los masones, se comprende! -. Por lo que se refiere a mis Institutos, ¿no viven sólo de caridad sino con trabajos! Tenemos tipografías, artes, profesiones y un molino para hacer el pan de puro trigo. Si no hubiera ocurrido ese desastroso terremoto, nunca habríamos venido aquí».

Y allí concluyó esa conversación que estaba a punto de calentarse.

El día siguiente había ido a la diputación civil de Lecce para pedir el billete gratuito dado por la ley, que les tocaba a los prófugos del terremoto que querían volver a su patria. Encontró al Policía mal predispuesto, que no solamente no le dio el billete, sino le dijo sin problemas: «Ese orfelinato tiene que ser cerrado y a los chicos proveeremos nosotros».

XVI

El Padre Aníbal lo vio todo más claro. Regresado a Oria, proporcionó instrucciones al Padre Palma que se fue inmediatamente a Francavilla.

Al día siguiente a primeras horas de la mañana, los huérfanos salieron de Francavilla llevando su instrumento musical (de vientos y de percusión) bajo el brazo, como siempre hacían cuando iban a exhibirse con la banda, y fueron al Instituto de Oria. Aquí y por todo el día los chavales, sin enterarse de nada, se habían divertido. En un momento dado el Padre Aníbal los reunió y les comunicó que aquella misma tarde se habrían marchado de la estación de Oria para Mesina junto a él, al Padre Palma y a los educadores.

El Padre sabía que, en consecuencia, la persecución contra la “Casa de Oria” se habría agravado y por eso exhortó a los religiosos: “Es necesario que no os desaniméis, sino que mantengáis la calma y confiéis en los sacratísimos Corazones de Jesús y de María. Si los interrogatorios se van a repetir, responded siempre con tranquilidad diciendo la verdad”. Encargó a fray Carmelo que le informara minuciosamente sobre el curso de las cosas y que escribiera a los familiares a que enviasen un mandato a fray Concetto para tutelar los menores.

El día siguiente, por la mañana, los agentes habían llegado a Francavilla para ejecutar el decreto del prefecto sobre la disolución del Orfelinato: tenían que sacar los huérfanos y conducirlos a los alcaldes de sus pueblos, pero encontraron al Instituto vacío. Sólo fray Mariano se había quedado allí junto con tres huérfanos de Francavilla para entregarlos a las familias... Lo acribillaron con preguntas para saber dónde se encontraban los chavales, y cuando se habían marchado. Tuvieron que contentarse con saber que los huérfanos se habían marchado a primera hora de la mañana anterior con los instrumentos musicales para tocar, pero que no era capaz de decir con precisión adónde iban. El hecho no suscitaba ninguna sospecha, porque estaba comúnmente archisabido que a menudo los chavales salían de casa por varios días, para ir a los pueblos a tocar por las fiestas.

Como se puede fácilmente imaginar, tras algunos días, el engaño se descubrió, y entonces se procedió inmediatamente contra la “Casa de Oria”. El Comisario no reconoció ningún valor en los mandatos de los padres de los menores, así que aquellos aspirantes religiosos, menores de edad, fueron acompañados por los agentes a sus familias de origen en Sicilia y en Véneto.

Las huérfanas se quedaron en Francavilla Fontana.

El Padre Aníbal de verdad no imaginaba que se querían sacar también las niñas, en caso contrario se habría preocupado en primera persona de ponerlas a salvo. Para ellas no existían las mismas razones que habían causado la persecución contra los niños. Las niñas eran asistidas por algunas monjas, queridas por los vecinos por haber inaugurado un laboratorio frecuentado por muchas chicas.

Por lo que se refería al alojamiento ellas no daban ningún problema a nadie, ya que vivían en una casa que pertenecía al señor Casalini y él las hospedaba con mucho gusto. Desafortunadamente la situación se había ido de las manos y la rabia de los perseguidores, decepcionados por el golpe fracasado, se vertió contra las pobres huérfanas.

En la tarde del 3 de febrero, con el favor de la obscuridad, la casa fue rodeada por las guardias y el Delegado de la Pública Seguridad penetró junto con algunos agentes para

sacar las niñas. La Superiora declaró que no se las podía entregar porque los familiares las habían entregado a ella y que no se podía tomar la responsabilidad de aquella acción sin la intervención de la Superiora General que en aquel momento se encontraba en Oria; además dos de las niñas estaban en la cama con fiebre y ella no podía hacerlas levantar sin la orden del médico.

El Delegado dispuso que la Superiora General, Madre Nazarena Majone, viniera convocada inmediatamente. Llegada de Oria, él pretendía que convenciera las niñas para que aceptaran la transferencia y entraran en los carruajes que esperaban en la calle.

La Madre de temperamento manso se transformó en la clueca batalladora cuando defiende sus polluelos de los ataques del halcón: “Nunca os entregaremos con nuestras manos las niñas que nos han sido entregadas por sus familiares. ¡La suya es una violencia!”.

El Delegado, aún más enojado, ordenó que se sacaran las huérfanas. Se desencadenó un alboroto: algunas niñas se escondieron debajo de las camas, otras se agarraban a las monjas y otras corrían por toda la casa. ¿Y los agentes? Obligados a perseguirlas; cuando lograban agarrar algunas tenían que enfrentarse con gatitos aterrorizados. Lanzaban gritos ensordecedores, les hacían volar los sombreros y les tiraban el pelo y los bigotes...

Las monjas petrificadas, con los ojos llenos de lágrimas, se vieron obligadas a presenciar el triste espectáculo que se parecía al Masacre de los Inocentes. Cuando todo terminó, Madre Nazarena, mirando el Delegado a los ojos le dijo con los dientes apretados: “Y usted es un padre de familia, ¿verdad?”.

Antes de que la monstruosa máquina terminara por destruir incluso la última Casa de Oria, “San Benedetto”, donde se encontraban las monjas, y ya había empezado por medio de las inspecciones médico-sanitarias a asaltar las Casas en Sicilia, el Padre Aníbal reunió a los colaboradores y dijo: “Toda la Institución parece apuntada. Pienso que ya tengo que moverme para hacer, por mi parte, lo que se puede para evitar el peligro que nos amenaza. Está claro que, antes de todo, tenemos que rezar y confiar en el Corazón de Jesús. Pero tenemos igual que pedir también una cooperación. Sugeriría avanzar una petición al Ministerio para acreditar mis Institutos”.

Y dos días después del “Masacre de los Inocentes”, como solía repetir, presentó personalmente al Ministerio del Interior un memorándum para aclarar los hechos e invocar adecuadas disposiciones. En términos inequívocos hizo notar que las personas encargadas de dirigir las inspecciones eran “de principios anticlericales, los cuales, considerando el problema como un asunto de anticlericalismo, presentaban unos informes al Ministerio o totalmente contrarios a la verdad o bien, en algunas partes, manifiestamente exagerados. Pero quién dio el golpe de gracia a mis pobres Orfelinatos, que me costaron la sangre y la vida, fue el inspector Jefe de Sección del Ministerio del Interior, el Caballero Cagni, enviado expresamente para verificar los hechos del mismo Ministerio. El Caballero Cagni actuó con verdadero espíritu parcial. ¡Después de los informes Cagni, había empezado inexorablemente la destrucción de mis Institutos!

¡Y los señores investigadores de Francavilla querían enviarme a la cárcel!

¡Antes de que Cagni destruya mis pobres Institutos, imploro una suspensión de otras acciones similares y una nueva investigación e inspección de mis Institutos, actuada por personas justas e imparciales!”.

De la nueva inspección fue encargado el Prefecto de Mesina que a su vez la entregó al Comisario Dr. Salerno – ironía de la suerte: ¡un habitante de Francavilla! – coadyuvado por un médico.

Mientras tanto, el Juzgado de Lecce, como era de esperar, condenó a Vizzari a dos meses y medio de detención. La sentencia reflejaba abundantemente el espíritu sectario de la

época, que penetraba ampliamente en el ambiente provincial: no era principalmente a Vizzari que se quería golpear sino la institución clerical a la que el joven pertenecía.

Durante la Apelación la condena fue confirmada, sea porque Santino Zanghí y otros tres huérfanos, intimidados, habían contestado sólo “sí señor”, sea porque el Público Ministerio, de sorpresa, leyó una carta escrita, probablemente, por un tal Morgante, en la que se hablaba de torturas... ¡Morgante era un joven externo que era habitualmente socorrido por el Padre Aníbal!

Frente a esta conducta el Padre Aníbal predispuso la “venganza” dando esta orden a sus religiosos: “Que se le trate mejor que antes, que se le dé más limosna porque somos cristianos y que se compadezca”.

De todos modos, Vizzari no fue a la cárcel gracias a una amnistía.

XVII

La prensa liberal y anticlerical, manipulando la noticia de la condena de Vizzari, había modificado las informaciones hasta el punto de divulgar que el Canónigo Di Francia había sido detenido. Y tanta fue la sorpresa en descubrir que incluso en Mesina, donde la vida y la Obra del Padre Aníbal eran conocidas y apreciadas, la *Gaceta de Mesina* divulgara la noticia con una áspera crítica.

Pero *La Joven Messina* – este era el nombre provisional del semanal *La Scintilla*, resucitado después del terremoto – en su edición del 13 de abril de 1910, intervino para arreglar las cosas por medio de un artículo titulado: “Una atroz calumnia de los anticlericales”.

“La semana pasada – se leía – la Gaceta de Mesina publicaba un artículo titulado: “Los Institutos Católicos”, donde el infeliz autor echaba toda la bilis que lo consumía por dentro contra el clero educador de los jóvenes; y revolviendo todo aquel barro, que muchas veces echado contra las escuelas católicas, siempre ha recaído sobre los calumniadores de ellas, terminaba por afirmar sin vergüenza que el cura Aníbal Di Francia “explotador de los niños” había sido detenido en las Apulias.

Ese insulto cobarde y la atroz calumnia crearon un escalofrío de indignación entre los ciudadanos contra el periódico local, que, de hecho, único, había intentado por primera vez desacreditar la figura del hombre de la caridad en Mesina.

Algunos días después el periódico local trató de corregir mezquinamente el error cometido, anunciando con pocas palabras que el artículo antecedente había sido sacado de un periódico local menor en las Apulias, pero ahora hacía pública la falsa declaración emitida por el Canónigo Francisco Vitale, la cual – ¡bondad de la Gaceta! – no permite desmentidas.

Nosotros sabemos que el Canónigo Di Francia se encuentra en Trani, donde inauguró una nueva Casa de las Hijas del Divino Celo, y ya habrá recibido las alabanzas de cierta prensa. Él con su grandeza de ingenio, y con el justo fin que ofrece a todas sus obras, sabrá defender su reputación, rompiendo las armas de los enemigos”.

Mientras tanto, la nueva investigación ordenada por el Ministerio del Interior sobre las tres Casas de Sicilia dio lugar a un informe favorable en la Prefectura de Mesina, que la envió al Ministerio, cerrando así el triste caso.

Durante la segunda quincena de febrero de aquel mismo año, con el consentimiento de sus padres los aspirantes recogidos y alejados de “San Pascual” de Oria se reunieron de nuevo en Mesina.

Pero Mesina aún se presentaba como un montón de escombros, y no era tan fácil volver a la escuela en esas condiciones; por eso el Padre buscó una manera para traerse a los estudiantes a Oria, a “San Pascual”.

En Oria, mientras tanto, no se había que temer la animosidad de Francavilla Fontana: la gente era de naturaleza diferente y las Autoridades locales se mostraban más bien benévolos hacia los Institutos.

El Padre Aníbal se había enterado, en efecto, de que el Prefecto de Lecce había escrito al Ayuntamiento preguntando sobre el Instituto. La Administración había contestado con un informe muy serio y detallado, destacando los principales beneficios que había hecho sin ningún coste por el ayuntamiento, ya que todo estaba a cargo del Canónigo Di Francia. Y

se había aprovechado la oportunidad para recomendar que no se tomaran en cuenta los opositores latentes, sino más bien que se protegiera la institución benéfica.

Entonces, el 18 de junio de 1910, el Padre Aníbal, con cierta cautela, había llevado los aspirantes a “San Pascual”, presentándolos como artesanitos de la “Tipografía Antoniana del pequeño trabajador”, ya que se había podido establecer, por fin, la maquinaria y todo lo que se necesitaba. Todo, en efecto, yacía embalado desde el final de diciembre de 1909, por lo que había sucedido.

Entonces, poco a poco, al lado del Instituto femenino de “San Benedicto”, dirigido por las monjas – afortunadamente no envueltas en las investigaciones -, también “San Pascual” comenzó a revitalizarse, con los aspirantes y los Hermanos coadjutores.

En el vaivén que el Padre Aníbal tuvo necesariamente que hacer con Mesina, un día llegó en compañía de Luis el gamberrillo. El muchacho, muy impresionado con lo que había podido entender de todo aquel alboroto, cada vez que se le presentaba la ocasión, se acercaba al Padre pidiéndole que lo admitiera entre los aspirantes: “Quiero convertirme porque quiero ir a las misiones”.

El Padre Aníbal, con la promesa que reflexionaría sobre su petición, le aconsejó ser bueno y rezar mucho. Había luego hablado con el educador de los huérfanos que le había referido que Luis había cambiado mucho y concluyó: “Seguramente tiene que afinarse todavía, pero es un buen chico, modesto y sencillo como una paloma”.

La insistencia del muchacho había por fin convencido al Padre Aníbal para admitirlo entre los aspirantes religiosos.

Cuando lo vio el fray Carmelo, vuelto a ser responsable de los aspirantes, se mostró muy frío y desconfiado. El Padre se enteró y quiso saber la razón de lo que le estaba pasando. “¡Es un gamberro!”, dijo casi con asco, “Lo conozco bien desde cuando estaba en Francavilla. Ni siquiera Vizzari era capaz de domarlo con su método espartano ¿cómo podríamos lograrlo nosotros, sólo por medio de las palabras? Si empezamos a admitir a esas personas entre los aspirantes, entonces...”.

“Me alegro de que quieras sólo buenas personas entre los aspirantes”, lo interrumpió el Padre Aníbal, “y de que desees mantener un ambiente verdaderamente saludable. Este, de hecho, tiene que ser el interés de todos, porque por lo contrario sería inútil seguir educando los aspirantes. ¡Pero tal vez tú no sabes lo que ha cambiado este muchacho y qué progresos hizo en los últimos tiempos! Además, tienes que reconocer que seguramente yo tengo un interés mayor que tú en el ingreso de los aspirantes. Por eso, si doy la autorización por su ingreso es porque me he dado cuenta de sus calidades. Por supuesto, sólo Dios conoce el futuro, pero, si se tiene que juzgar con humanidad, a mí me parece que este muchacho, siempre gustando al Señor, tendrá un buen éxito y será un excelente rogacionista”.

Con su mirada espiritual, otra vez había leído en su corazón. Pocos años después Luis fue admitido a la ceremonia de la vestición religiosa, y el Padre, queriendo recordar su pasado, le dio el nombre de “Redento”, “Redimido”.

El Padre Redento, como había previsto el Padre Aníbal, se hizo un gran rogacionista, muy apegado a la Congregación, laborioso y ejemplar en todo. Siempre conservó aquel carácter jovial, sencillo y agradable, y se valió de esto para la realización de un apostolado fecundo. Estaba a punto de poner en práctica su sueño de partir a las misiones: su salida para Argentina era inminente, cuando el Señor lo llamó para otro lugar más satisfactorio y definitivo. Dejó este mundo el 4 de noviembre de 1949.

XVIII

El Padre Aníbal a menudo aprovechaba los largos viajes para leer la correspondencia, aunque el balanceo del tren no le permitía despacharla, así que con un lápiz de color marcaba los detalles más importantes. Las paradas en las estaciones, a la espera de los enlaces, las aprovechaba para contestar. A veces se trataba de una correspondencia común, en otros casos de algo mucho más arduo; sin embargo, su capacidad de concentración era tal como para abordar cuestiones de gran responsabilidad.

El 13 de octubre de 1909 con las líneas internas regionales había llegado en Battipaglia a las cuatro de la tarde. Desde el tablón vio que el tren para Mesina llegaría dos horas después, y por eso entró en la sala de espera y, sacada una carta de la maestra Andreina Battizzocco de Padua, se preparó a responderle.

Andreina, antes del terremoto, había enseñado en su Instituto femenino como docente de las huérfanas al “Espíritu Santo”. De regreso en Padua, había mantenido correspondencia con él.

Justo antes del terremoto le había escrito: “Mi corazón y mi mente están unidos con Usted y su convento, y creo que si yo formara parte de éste podría hacer grandes cosas”.

Así que el Padre Aníbal le respondió: “Grandes cosas, hija mía, nadie puede hacerlas; al contrario, todos debemos aspirar a hacer tantas cosas bonitas y pequeñas, y a hacernos pequeños nosotros mismos, porque sólo Dios es grande, y sólo Él es capaz de grandes cosas”.

Esta vez Andreina le había escrito una carta que el Padre Aníbal había leído muy concentrado y que había subrayado en varias partes. Trataba de una cuestión muy importante: su vocación. Ella creía que el Señor la llevara hacia su Congregación, y quería inmediatamente entrar y formar parte de ésta...

“Vuestra vocación ardiente” – comenzó a responder el Nuestro – “sin duda viene del Señor, y es cosa buena que usted le correspondiera. Porque no corresponder a las llamadas divinas significa ponerse en el riesgo de perderse, sin contar, además, los serios problemas y el remordimiento que se encuentran en la vida por no haber correspondido.

Que no hable usted mucho de su vocación, porque entre mil personas sólo una se la aconsejará, especialmente entre los sacerdotes seculares. Esta advertencia es de San Alfonso, Doctor de la Santa Iglesia, que tampoco quiere que se lo manifieste a su confesor, tan a menudo.

Por lo que concierne a la vocación, el mismo Santo recomienda que esto se haga inmediatamente, ya que cualquier retraso podría ponerla en riesgo. Él cita a un Santo Padre que en relación a esto dice: no se tiene que mirar cuánto se tiene que desatar la cuerda que sujeta el bote atado en el muelle de la orilla, más bien, hay que cortarla, para hacer más pronto. Es decir: corresponder inmediatamente y dejar el mundo.

Esto es lo que deben hacer los que reciben la llamada. Pero los que van a recibir una persona llamada, tienen el derecho de examinar, de esperar, etc.

Ahora yo, considerados sus deseos intensos, y el afecto sincero y tierno que usted tiene para este Instituto, le acepto con mucho gusto y le espero para cuando quiera venir. Pero le prevengo que antes de este paso, usted forme una profunda e inquebrantable resolución a abrazar la vida religiosa con todas las reglas y los sacrificios que la componen.

Hace falta que usted se haga religiosa por ninguna otra razón, si no para pertenecer completamente a Dios, víctima de su Amor.

Es necesario que usted se convenza de que, para ser una verdadera religiosa, tiene que echarse entre las contradicciones, las mortificaciones internas y externas, la renuncia a su propia voluntad, la renuncia de su propio juicio, el amor para la Cruz, para las humillaciones, y además con el ser pospuesta, no cuidada, no amada. ¿Acaso usted cree que todos estos sacrificios y este despreñarse a una misma no sean principio de una vida verdadera y de una verdadera felicidad? ¿Usted cree que el Señor no sabe recompensar sus siervas fieles y sus esposas?

¡Hace falta que, entrando en el Instituto, usted deje a la puerta: “mi carácter – el no puedo sufrir las injusticias, el me rompo, pero no me doblo” y doctrinas similares del mundo y de la vanidad!

Usted tendrá que doblarse delante de todas y por manos de todas, tendrá que guardar silencio o aprobar lo que no le parece exacto a condición que tal parece a quién le dirige, tendrá que hacerse una niña humilde y maleable.

¡Qué campo inmenso para luchar y ganar con la ayuda divina y con la buena voluntad!

¡Otra cosa son las batallas y las víctimas en el mundo con que se jactó, casi temiendo holgazanear entrando en Religión! Está escrito: “¡El que vence su corazón es más fuerte que él que expugna las ciudades!”.

En esta situación de gran contraste, usted será ayudada por las exhortaciones, por las advertencias saludables, por las oraciones, por los buenos ejemplos, así como por las mortificaciones y las penitencias que le serán dadas en cada manera, y usted tendrá que aceptarlas como una niña pequeña.

Delante del nuevo tren de vida, en contacto con la Regla y con la disciplina religiosa, las miserias e imperfecciones y sus malas costumbres morales, se rebelarán, se pondrán todas en marcha, ira, orgullo, vanidad, ataques, presunciones, etc. etc., y la incitarán a desconfiar, a reaccionar, a condenar, a retroceder etc.

A todo esto, se irá a añadir algo de más terrible: el diablo le irá a hacer una guerra terrible. Él agitará todas sus pasiones, invadirá su imaginación, propagará tristeza y aburrimiento en su alma; ¡la llenará de dudas e incertidumbres, hará penosa la vida del Instituto, excitará su orgullo y utilizará todas las armas para ganar contra usted! ¡Tal vez se servirá también de alguna compañera poco observante!

¿Qué irá a hacer entonces usted? ¿No será esta una batalla mucho más difícil de las que usted ha encontrado en el mundo?

Quiero avisarla no para que se desanime, sino para ayudar su buena voluntad. ¡Usted superará estas luchas terribles sólo si estará bien preparada, si se mostrará humilde de corazón, bien resuelta y si amará ardientemente a Jesús Bien Soberano!

¡Cuántas cosas enseña el Amor de Jesús!

Por lo que concierne la alimentación y su calidad ¡No piense usted en esto!: nosotros nos dedicamos a la salud de las jóvenes con mucho amor y cuidado, usted hará todo lo posible para adaptarse a los alimentos comunes, Dios le dará la gracia: pero si algún cuidado, en algunas circunstancias, se debe utilizar, se utilizará con gran placer y caridad como se hace para todas las personas que lo necesitan. ¡Después de todo tenemos que entregarnos a la Divina Providencia! ¡Y usted puede estar segura de que nuestras hijas tendrán menos cuidado para mantenerse, que lo que tendremos nosotros para mantenerlas y no dejarlas perecer!

No piense usted en la dote en dinero por el momento: no es importante para nosotros; lleve el ajuar, la cama, si es posible, y, sobre todo, un corazón humilde y amante.

Hágame una oración al Santo.

Fui llamado a Mesina de repente con un telegrama misterioso: estoy muy preocupado porque no tengo ninguna idea de lo que pueda ser. Cierro la carta, pero no sé si aquí voy a encontrar un sello. Da lo mismo”.

Al cerrar las hojas dentro de un sobre, miró hacia arriba para controlar el horario: aún tenía media hora para buscar el sello.

XIX

El Padre Aníbal, confiando en la estabilidad de sus Obras en tierra de Apulia, quiso que tanto la Casa de “San Benedicto”, habitada por las Hijas del Divino Celo, como la de “San Pascual” habitada por los Rogacionistas, pudieran asegurar, no sólo la asistencia, sino también actividades útiles para dirigir los chavales hacia el trabajo y, en el mismo tiempo, representaran una forma de subsistencia.

Esto porque el Ayuntamiento de Oria en dos años no le había concedido ni un centavo de subsistencia y tampoco beneficios. Sin embargo, las dos Instituciones desempeñaban un papel social y asistencial en el territorio.

En el Orfelinato femenino, de hecho, había establecido “una buena industria de telares de último invento” y había abierto, de forma completamente gratuita, una forestería “para las hijas del pueblo”, destinadas a trabajar con los telares con un pacto de participación en los provechos.

En el antiguo convento de “San Pascual” los religiosos, junto con los artesanitos, se dedicaban a la impresión y a los trabajos agrícolas, como la Casa tenía a disposición un terreno, del cual se sacaban vegetales, frutas, cítricos y aceitunas; además, tenían también una vaca por la leche, ovejas, gallinas, conejos, palomas. De aquí se sacaba lo que hacía falta a las dos Instituciones.

Luego, caía en el estilo del Padre Aníbal otro tipo de aportación a la sociedad: cada Casa suya debía tener como objetivo principal la asistencia de los pobres. Y no se tenía que tratar de una simple donación de un pedazo de pan, sino de la donación de una comida caliente. Cuando él se encontraba en la casa, al mediodía, antes de la distribución de la comida, la quería probar. Así todos los días en el gran salón de “San Pascual” se acogían a pobres, viejos, miserables que recibían comida, pan y un vaso de vino. Generalmente se trataba de unas treinta personas.

Este tipo de asistencia, como la más inmediata de la limosna, muchas veces le había expuesto a críticas y ataques muy duros por las llamadas personas de pensamiento correcto, decididas a acabar con el flagelo de la mendicidad hasta con la cárcel.

Hacia finales de 1800, de hecho, en las principales ciudades europeas había una costumbre muy rara. Como se consideraba indigno para una ciudad evolucionada el espectáculo de ver miserables pidiendo limosna por las calles, se había encontrado un remedio drástico para eliminar la pobreza: eliminar a los pobres encerrándolos en la cárcel.

Así los gobiernos pensaban solucionar la cuestión social, en vez de tomar las medidas necesarias para asegurar pan y trabajo a los pobres desgraciados.

La ciudad de Mesina no quería ser menos apreciada en la búsqueda de este “público decoro” de las calles y de las plazas, por eso los policías se desataron como tantos perros de caza que tenían que desanidar los mendigos, sin hacer ninguna distinción entre los evidentes especuladores y los pobres, realmente necesitados.

Delante de esta grave injusticia social, apoyada en gran medida por la prensa, el Padre Aníbal escribió una carta abierta dirigida a todos los periódicos y revistas de la ciudad, titulada provocativamente: *¡La caza de los pobres!*

La carta decía: “Estimadísimo Señor Director, Su Señoría en su periódico a veces llamó la atención de la jefatura contra los pobres mendigos, que a veces se ven por las calles de la Ciudad pidiendo el donativo. Lo mismo han hecho casi todos los periódicos de Mesina.

El resultado de esta campaña, por desgracia, se reveló fatal para los pobres mendigos. Desde hace un año estamos presenciando a una especie de caza a los pobres. Policías inexorables espían los movimientos de estos miserables, sean ellos viejos lisiados, decrepitos, enfermos, inhábiles, y cuando ven uno doblando la esquina o cruzando una calle, lo cogen y lo llevan al Juzgado: el Juez lo encuentra culpable de violación de la paz ciudadana y lo condena a la encarcelación de uno a seis meses. Aquel infeliz, culpable de ser pobre, se ve encerrado en la cárcel como un criminal, expía dos o tres meses de condena y sale en libertad. A continuación, se encuentra delante de un dilema terrible: morir de hambre en una esquina o volver a mendigar.

Morir de hambre es muy difícil: el físico se rebela, exige alimentos. ¿Mendigar? Pero, ¿qué pasa con la cárcel? ¿Con los policías? ¿Con la condena?

En este contraste, el poderoso instinto de supervivencia se impone, y el pobre se ve obligado a tender su mano para pedir limosna. El policía lo coge en flagrante y lo presenta nuevamente delante del Juez que, como reincidente, le aplica una pena mayor. Así vuelve a la cárcel, y sale de esta para volver a entrar de nuevo, a menos que no se acostumbre a vivir sin comer, o no se ahorque para poner fin a todo.

Yo sé de algunas personas pobres que salen y entran alternativamente en la cárcel.

¡Un Juez de Mandamiento en estos días me ha asegurado haber enviado a la prisión hasta sesenta pobres!

¡Ahora todo el mundo se da cuenta de que esta forma cruel de actuar contra los pobres, es una verdadera injusticia social!

Algunos pueden decir que es la Ley que los condena.

Despacio; la Ley condena la colecta hecha con maneras vejatorias y todos aquellos mendigos jóvenes que al trabajo prefieren vejar al público, y tal vez incluso aprovechar de él. ¡Pero otra cosa es la presencia de un pobre viejo decrepito, que con voz compasiva tiende la mano y pide un pedazo de pan para no morir de hambre como un perro!

Este desgraciado es un hombre como nosotros: como nosotros siente las necesidades de la vida: él ha llamado en vano a las puertas de los Hospicios de Caridad: le ha sido contestado que no hay plazas, que hay muchas peticiones, y el infeliz implora la pública caridad.

¿Dónde hay aquí las maneras vejatorias? ¿Qué ley puede afectar a este desamparado? Pero, ¿es un crimen la pobreza? Sé que la pobreza se considera una desgracia, una infelicidad, una tribulación grave: ¡pero nunca se dijo que ser pobre es un crimen!

Si la pobreza fuera un crimen, si el pobre fuera el mismo que un criminal, ¿por qué Él que vino al mundo para enseñarnos a amarnos los unos a los otros como hermanos, quiso abrazar la pobreza y proteger a los pobres, y declaró como hecho contra sí mismo lo que se hace a los pobres abandonados?

Pero dirán algunos: ¿no es un provecho para el pobre ser llevado a la cárcel y aquí ser alojado y alimentado? Al que hace esta observación, se podría preguntar: si ustedes estuvieran en la misma situación que un pobre ¿preferirían ser conducidos a un tribunal y ser condenados a seis meses de cárcel o disfrutar de la libertad personal? Lo cierto es que a los pobres encerrados en la cárcel no les dan una buena comida y tampoco una cama suave. Se trata de darles un poco de sopa y un pedazo de pan negro que conseguirían con la limosna.

En ese caso, ¡permitid que este trozo de pan se lo coman sin la pesadilla de los barrotes y de la puerta de hierro! ¡Dejad que duerman tranquilos en sus míseros camastros, sin el espectro de seis meses de condena y de un futuro sombrío que los espera!

Los pobres se ven privados de muchas cosas, pero por lo menos dejad que disfruten del libre sol, el libre aire, el libre horizonte de la naturaleza, ¡hoy que hay tanta libertad para todos!

Cuánto más se considera esta grave injusticia social, ella aparece más horripilante.

Desde hace muchos años vivo entre los pobres y aquí podría corroborar mi argumento con hechos, pruebas y episodios.

Por ejemplo: en mi Instituto masculino hospedé un pobre hombre. Éste fue un barrendero por toda la vida, con tanta diligencia y compromiso para merecer admiración. Hoy es un viejecito tembloroso y dolorido. Como mi estructura es para niños y no para viejos, y como las finanzas de mis Institutos son muy limitadas, este pobre viejo no puede recibir algo más que alojamiento y comida.

Pero los hombres no necesitan sólo de comida para vivir. Aquel viejecito tiene algunos bienhechores que en algunos días de la semana le dan algún centavo como limosna. Él va a visitarlos en los días designados. Con ese dinero tiene que conseguir unas camisas, unos pares de zapatillas y un poco de tabaco.

Hace un mes, salió de la puerta de uno de sus bienhechores; un policía lo agarró y lo llevó al Juzgado. A nada le sirvió llorar y protestar; fue condenado a un mes de cárcel.

Pero, por favor, ¿Cuál es el delito de este infeliz? ¿Se puede aplicar una pena sin ninguna culpa? ¿Existe en otros Países este código penal? ¡Ay! ¡Esto la Ley no lo entiende! Si para los pobres es un crimen la mendicidad, de la misma manera quién hace la limosna es un cómplice, empezando por mí, por el Jefe de Policía, por los Jueces que, siendo hombres, hemos sentido muchas veces en nuestras vidas compasión para los pobres, y tuvimos que rescatarlos con algunas limosnas.

Vosotros podéis encarcelar a todos los pobres del mundo, podéis atraparlos como perros y hacerlos morir ahogados, pero nunca podréis destruir el sentimiento de la caridad que nos impulsa a dar socorro a los infelices. ¡Siempre habrá corazones buenos que quieren alimentar a los hambrientos, que quieren vestir a los desnudos, que quieren considerar a los pobres decrepitos y abandonados como sus propios hermanos, que quieren sentir el suave consuelo de hacerles el bien, aunque sean mendigos, dispersos entre las calles públicas donde los hemos encontrado a menudo muy cercanos a la muerte!

Tampoco podréis destruir a los pobres, porque la condición de la vida y la organización de la sociedad humana es tal que los pobres no se pueden eliminar por completo. Aunque se preparen las prisiones, se procesen a los pobres, o cualquier otro medio se utilice, siempre se va a realizar la palabra del Evangelio: Los pobres los tendréis siempre con vosotros (Mt 26, 11).

En lugar de la crueldad contra los míseros mendigos, en lugar de empeorar las finanzas del estado o de la provincia para mantener tanta gente pobre en las cárceles, piénsese más bien en abrir un nuevo Asilo en Mesina para hospedar a estos desgraciados. ¡Pero es muy doloroso reconocer que en Mesina las obras de caridad no se comprenden mucho!

Tan pronto llegará el invierno, muy gravoso para los pobres. ¿Qué van a hacer estos infelices, si tampoco pueden pedir una limosna? Lo bueno es que en Mesina había dos dormitorios públicos donde estaban alojados más de ochenta pobres entre hombres y mujeres; estos dormitorios se cerraron. Los pobres que dormían aquí pasaron las noches del verano al aire libre. ¿Tendrán que hacer lo mismo en las noches de invierno, cuando cae la nieve? ¡Si de día preguntarán dinero para dormir en el almacén, serán capturados, juzgados y condenados!

Muy estimado Señor, a pesar de la diferencia en las creencias religiosas que nos separan en materia de Fe, yo creo que Su Señoría tiene que mostrar un corazón inclinado a la compasión por los más desfavorecidos.

Entonces me apelo a sus sentimientos humanitarios y Le pido que quiera, a través de su Periódico, definir el justo concepto de la represión de las limosnas ilícitas e incluso de las maneras vejatorias y quiera poner fuera de la aplicación estricta de la Ley a los pobres miserables, viejos y decrepitos, que no pueden trabajar o bien ofendidos en sus personas y que no encuentran un refugio en los Asilos públicos, a pesar de las repetidas insistencias que avanzan muchos de estos pobres como me resulta sea en el asilo de Collereale sea en las Hermanitas de los Pobres que en la Casa Pía.

Me parece que todas estas personas merecen compasión y ayuda, en lugar de la inquisición policíaca y de las cárceles.

¡Los míseros pobres desamparados no pueden obtener justicia por sí mismos, no tienen abogados que tomen con vigor sus defensas, no tienen periódicos que se preocupen de ellos y que les procuren beneficios! ¡Hoy en día ellos representan el descarte de la sociedad y ni siquiera son considerados dignos de vivir!

¡Qué esta consideración sirva a mover mayormente el alma de Su Señoría para asumir la causa de estos débiles y oprimidos y a ejercitar así la noble virtud de la caridad por la cual se ganará la bendición de Dios y de los hombres!

Acepte, Querido Señor Director, las expresiones de mi más profundo respeto”.

Era el 30 de agosto de 1899.

La protesta encontró un eco favorable en la prensa de la ciudad, y varios periódicos la publicaron con palabras halagadoras. Ese artículo causó tal impresión que el Jefe de Policías dejó que la limosna fuese libre.

XX

Al igual que muchas ciudades italianas y europeas de finales de '800, Mesina también tenía uno de esos barrios que los caballeros llamaban “malditos” ...

Viniendo de Catania se entraba en Mesina por la Puerta Imperial, que era precedida por el río Zaéra. Después de la anexión de la Isla al Reino de Italia se había sentido la necesidad de ampliar la ciudad.

Después de algunos años de estudios y propuestas, finalmente había sido autorizado, el 6 de febrero de 1869, el plan de expansión hacia el sur, que también habría incluido el antiguo barrio Zaéra, destruido por el desastroso terremoto de 1783.

El marqués Antonio Aviñón había hecho construir allí varias hileras de casas de planta baja que desembocaban en la calle del Valor que, a su vez, comunicaba con Vía de Puerta Imperial. Este cuadrilátero era comúnmente llamado “casas Aviñón” o “barrio Aviñón”.

Las casas se alquilaban todos los días a los pobres que no podían conseguir un alojamiento en la ciudad, pagando dos o tres sueldos por día, por cuenta de una mujer, tal Doña Ana. Pronto el barrio Aviñón se convirtió en semillero de la pobreza y delincuencia de la ciudad: durante el día los pobres salían a pedir por las calles de Mesina y por la tarde, pagado el alquiler, podían permanecer en esas casas.

La situación del barrio era muy fácil para imaginar: un brote de epidemias y miseria moral y material. Un pedazo de tierra maldita, como se definió. Varias veces las Autoridades le habían prestado atención, especialmente durante los períodos de epidemias, pero como dice el refrán: “terminada la fiesta, embaucado el santo” allí pasaba lo mismo: terminada la epidemia, se apagaban los reflectores, sin tomar nunca ningún remedio. Resultado: nadie se atrevía a poner los pies en ese lugar de abominación.

De aquí, entonces, cada mañana partían enjambres de personas que trataban de arreglarse para comer o para pagar el alquiler.

Era sólo el comienzo de 1878, cuando el joven diácono Aníbal, caminando por un estrecho y lejano callejón de la ciudad, se tropezó con un pobre harapiento, ciego, o por lo menos así parecía, sentado en el suelo, gimiendo y pidiendo la limosna con la mano tendida a los transeúntes.

Aníbal desde muy temprana edad había sido sensibilizado por su madre Anna a no dejar nunca que un grito de un pobre se quedara sin una respuesta concreta de compasión, como su corazón le sugería; así que también aquella mañana se había inclinado para dejar caer su limosna en el sombrero de aquel pobre hombre. Podía considerarse satisfecho de la buena acción y seguir adelante; esta vez, al contrario, aquel mendigo, joven, sucio y lloroso, le había llamado la atención.

Se detuvo y le preguntó: “¿Dónde vives?”

“En las casas de Aviñón” le respondió.

En este punto Aníbal lo miró fijamente en los ojos que parecían apagados, asaltado por una preocupación asociada con la elección de vida que acababa de cumplir: “¿Conoces algo sobre Dios?”, le preguntó a quemarropa.

“¿Y quién me lo enseña?”, fue la amarga respuesta.

“¿Dónde están estas casas Aviñón?”.

Levantando la mano en el aire, el joven contestó: “Hacia allá, por la Zaéra”.

“Vendré allí a verte”, fue la respuesta seca.

No pasó mucho tiempo, y el joven diácono se fue donde ningún hombre honrado de Mesina seguramente habría ido sin una real necesidad.

Los habitantes de ese lugar, viéndolo caminar en busca de Francisco Zancone – así se llamaba el mendigo – lo miraban sorprendidos como si fuera un marciano descendido entre ellos, y él estaba lleno de vergüenza al descubrir donde vivían aquellos pobres seres humanos. Nunca hubiera imaginado todo aquello.

“Aquí – es el mismo Padre Aníbal que lo describe – había una tal amalgama de los más míseros, mendigos y abyectos de la ciudad, en el total barullo, desorden, abandono y suciedad. En cada chabola, muy parecida a un establo, había una familia de pobres, si de familia se podía hablar, ya que no existían vínculos religiosos y civiles ni las necesarias relaciones de parentela. Al contrario, estaban como las bestias. ¡Varias enfermedades oculares afectaban gran parte de los pobres, los niños pobres, descalzos, sucios y harapientos se infectaban; ¡se moría de hambre con todas las penurias de la pobreza extrema, esteras de paja sucia en el suelo y un montón de insectos molestos de varias especies que devoraban a los pobres hasta matarlos poco a poco! Más eran los males morales. Las chicas se morían una tras otra, inevitablemente”.

Sin embargo, después de la natural desconfianza, aquella gente se había acercado al Padre Aníbal ya que había comprendido las buenas intenciones de aquel joven.

Aníbal, idealista, con alma de un poeta, había inmediatamente asociado su visita a las palabras del Evangelio: “Las muchedumbres estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor... Entonces Jesús dijo a sus discípulos: La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”.

Por eso, el resultado de aquel primer intento, había impulsado sus esperanzas y entusiasmo. Había vuelto allí en unos días, pero tuvo que enfrentarse con dos “buenas personas” que lo estaban esperando en la entrada del barrio.

Apenas Aníbal se había acercado, mientras uno de los dos mostraba indiferencia fingiendo pasar el tiempo raspando una rama con un cuchillo, el otro, mirándolo con aire de suficiencia lo dejó de piedra, diciéndole con tono de amenaza: “Padre, usted puede marcharse de aquí. Para convertir toda esta gente se necesitan dos capuchinos con barba. Haga atención: ¡esto no es para usted!”.

Pero, decidido y convencido que aquello era su campo de apostolado, Aníbal no se dejó intimidar.

El 16 de marzo, mientras tanto, ordenado sacerdote, se había podido echar en esa misión llena de misterio. Continuó con valor, a pasar de todas las dificultades y contradicciones que crecían día tras día y este trabajo empezaba a costar, como se suele decir, sangre y lágrimas.

La hostilidad de algunos y el boicot de otros habían hecho su trabajo difícil al punto de que fue atacado por una profunda depresión. Entonces decidió ir a Nápoles para recibir consuelo por Sor María Luisa de Jesús, en el monasterio de Estrella Matutina, que desde su infancia le había estado tan cerca como una madre espiritual y para consultar hombres de espíritu que le dieran consejos y luz. Se acercó así al Padre Ludovico de Casoria que desde hacía muchos años se dedicaba a los suburbios napolitanos.

El Padre Aníbal siempre recordará a sus colaboradores la magnífica enseñanza que recibió en esa ocasión por el Padre Ludovico sobre las maneras para llevar los pobres al Señor.

Él se había quejado de que a menudo los encontraba reticentes en hacer las paces con Dios a través la confesión, y el Padre Ludovico le había contestado: “Cuando usted habrá

acogido a un pobre, lo habrá limpiado y vestido de los pies a la cabeza y lo habrá ayudado por los menos por un mes, entonces podrá empezar a hablarle de confesión”.

Tranquilizado, volvió a lo que ya sentía como su pueblo. Años más tarde reveló: “Fue la divina inefable bondad de Dios la que me llevó en medio de los pobres, en contacto con su suciedad y sus insectos”.

Esta vez se dio cuenta de que era necesario cambiar estrategia: empezar con los niños para sentar las bases de un futuro, si quería creer realmente de recuperar aquel mar de lodo. Urgía organizar la enseñanza de la doctrina cristiana para que la semilla arraigase más fácilmente.

Para tener mayor éxito, había alquilado una de esas casas, había pedido que se construyera el piso, que se pintara y allí había organizado el catecismo, en noches alternas para los niños y las niñas. Luego, poco a poco, comenzaron a aparecer también adolescentes y adultos.

En este punto, el Padre Aníbal, había creído que el momento propicio había llegado: trajo a la casa una mesa y sobre esta había colocado, entre dos velas, un niño Jesús de cera, transformando aquella pobre casa en una pequeña capilla. Era el año 1879.

Considerado el óptimo resultado, había intentado hacer algo más: había predicado durante toda la cuaresma para preparar aquella gente a la Pascua. Por cierto, no se podía decir satisfecho, pero, siendo optimista, se alegró por haber abierto una brecha.

Además, había recibido dos mensajes de aliento: gracias a la contribución de la noble señora Caterina Scoppa, marquesa de Cassibile, logró comprar una casa pequeñita y decorarla como una capilla. Y el arzobispo, monseñor José Guarino, al que siempre consultaba para tener consejos, lo había incitado a seguir adelante.

Su tenacidad había, después, estimulado otros sacerdotes a seguir su ejemplo, y de esta manera él ya no se encontraba solo. El 18 de diciembre 1880 su hermano don Francisco había sido ordenado sacerdote y, junto con don José Ciccolo y don Antonio Muscolino, empezó a ofrecerle una colaboración que, a pesar de ser esporádica, era, al mismo tiempo muy preciosa.

El Padre Aníbal, sin embargo, se daba cuenta de que era imposible llegar a una regeneración de aquella gente sólo a través de la acción pastoral: era necesario mejorar todo el ambiente para que el fruto de aquella misión fuera duradero. Por cierto, ni solo, ni con la ayuda de aquellos hermanos en el sacerdocio, habría podido hacer frente a cuanto se tenía que actuar, por lo menos en la organización de los servicios esenciales, para dar decencia a aquellos pobres.

De alma fundamentalmente espiritual, había pensado hacer conocer su nueva obra a la ciudad inaugurando solemnemente la capilla del barrio Aviñón en el día de San José de 1881. Don Ciccolo, en cambio, que tenía un espíritu mucho más concreto y práctico, se había mostrado de acuerdo con aquella iniciativa, pero, según su opinión, hacía falta añadir alguna otra cosa más asombrosa y escenográfica: una gran comida preparada y servida por las nobles damas de Mesina.

Así que se preparó una comida en la cual tomaron parte más que doscientos pobres. Y, como previsto, la iniciativa tuvo, de esta manera, un amplio eco en la prensa local bajo el título “Pauperismo y beneficencia”.

Se conoció así el campo del apostolado y el proyecto de regeneración moral y social, pero el Padre Aníbal sabía que “una golondrina no hace la primavera”, es decir, que aquella iniciativa, magnífica, con buen éxito, no era suficiente, porque aislada: se tenía que asegurar una ayuda más sólida. Había pensado en un “Llamamiento” en la prensa para impulsar la beneficencia de los ricos de una manera sistemática y continua.

Su idea se basaba fundamentalmente en una simple argumentación: después de la oración era necesario el trabajo para acostumbrar aquella gente a ganarse el pan. Sólo esto podía favorecer la regeneración social y moral de aquel ambiente.

La iniciativa tuvo éxito, y el Padre Aníbal, integrando los donativos con su patrimonio, pudo adquirir algunas casas del Barrio para establecer allí unos talleres, donde las mujeres podían trabajar las cuerdas de las sillas y las chicas producir tejidos con el telar. Ya lo había conseguido. Había logrado encontrar incluso una instructora para utilizar los telares: la señora Laura Jensen Bucca.

De tal manera, había provocado un mecanismo que ponía en evidencia todos los problemas de aquel ambiente. Hasta que en el barrio reinaba aquella amalgama imposible entre hombres, mujeres, chicos y chicas no se podía esperar llegar a algo concreto. Era necesario crear la posibilidad de separar sobre todo los niños de los adultos; y luego salvaguardar los núcleos familiares para hacerlos más unidos.

El catecismo y la escuela, el trabajo, aprender un oficio, podía funcionar para algunos, pero había muchos individuos – personas solas más o menos estropeadas, todas miserables – que se podían rehabilitar sólo a través de un arreglo benéfico.

Una tarde el Padre Aníbal, encontrándose en casa de monseñor Basile, Provicario General, había oído que las “Hermanitas de los Pobres”, reunían los viejos abandonados, los limpiaban y los alimentaban, aprovechando la cuestación. Inmediatamente, se fue al Arzobispo para pedirle que invitase a las Hermanitas a Mesina.

El Prelado atendió inmediatamente a su deseo y, poco después, la Superiora de aquella Congregación llegó a Mesina para enterarse de la situación. Con la ayuda de don Ciccolo encontró una casa idónea para un hospicio en el barrio Ringo y acogió los viejos del barrio Aviñón.

Ahora, era necesario pensar en alojar las familias en lugares mejores y, luego, seguir limpiando aquellos tugurios para transformarlos en talleres; además se tenía que proveer a los niños...

El Padre Aníbal no se desanimó, y el 19 de marzo de 1882 empezó justamente con los niños, inaugurando una pequeña guardería. Pero el ángel había llegado de pronto a llamar a su puerta: se le había presentado un pobre que cogía de la mano una niña de pocos años. “Padrecito”, le había dicho, “esta hija no tiene a nadie. Es huérfana de ambos padres. Vive como un perro en la calle...”.

En menos que canta un gallo, a la primera se había añadido una segunda, y después una tercera y luego se hicieron... veinticuatro.

El Nuestro había limpiado y arreglado cuatro casuchas en un lado y, después, otras cuatro en el otro del callejón sin salida, había cerrado la calle con un muro dejando una pequeña puerta de entrada y, el 8 de septiembre de 1882, había inaugurado de manera oficial el Orfelinato femenino. Lo había llamado: “Pequeño Refugio del Corazón de Jesús”.

Apenas dos años después de aquel “Llamamiento” se había sentido en deber de ofrecer un informe a los bienhechores, enumerando lo que se había hecho con su aportación:

“¡Honorables Señores!” – había escrito también en nombre de sus colaboradores en *La Palabra Católica* -, “Con un llamamiento en abril de 1881, nosotros aquí suscritos nos dirigimos confiados a VV. SS. Ilustrísimas, rogándolas para que quieran contribuir mensualmente a la obra de la caridad, a la regeneración de aquella pobrísima plebe que vive en el barrio Zaéra, llamado Casas Aviñón.

VV. SS. acogieron con humanidad nuestra oración, y desde aquel día hasta hoy no dejaron de corresponder una limosna cada mes con aquella finalidad. Por eso, entonces, sentimos

el deber más fuerte de agradecer sinceramente a VV. SS. Ilustrísimas, y eso lo hacemos con el corazón muy agradecido, a través de la prensa pública.

En el mismo tiempo, con la debida satisfacción de VV. SS. Ilustrísimas, os hacemos conocer los grandes provechos que vuestras limosnas mensuales junto a otras aportaciones ofrecieron a esos pobres.

1. En aquel lugar se edificó un refugio para las jovencitas que corren el riesgo de perder su honestidad. Aquí se acogen también las niñas dispersas y huérfanas. En este lugar las pobrecitas reciben una buena educación e instrucción en diversos tipos de trabajos e incluso en las clases primarias.

2. Se estrenó una escuela nocturna para los niños, para los que queremos abrir tan pronto otro refugio.

3. Se abrió también una pequeña guardería para las niñas de cinco a ocho años en la que se recogen aquellas pequeñas criaturas hasta la noche, para instruir las en los trabajos y en la primera lectura, y para darles un poco de comida.

4. A todo esto tenemos que añadir las limosnas diarias, necesarias, para la comida y otras cosas, y para proteger esa plebe mezquina de extremas y terribles miserias.

Nosotros renovamos, mientras tanto, nuestro más vivo agradecimiento a VV. SS. Ilustrísimas, que, con el óbolo de vuestra generosidad y caridad, nos habéis ofrecido la posibilidad de hacer un poco de bien a esos pobres, que son también ellos nuestros hermanos y sienten como nosotros las necesidades de la vida. Y todos aquellos pobrecillos, ayudados por VV. SS. Ilustrísimas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, se unen con nosotros en estos agradecimientos: ellos oran al Dios Supremo para que corresponda tanta generosidad con mil bendiciones sobre las VV. SS. Ilustrísimas y sus familias”.

Entonces el Padre Aníbal pensaba también en un orfanato para niños. Se había activado, y un constructor, don Lorenzo Interdonato, le había construido gratis, en la esquina opuesta de la calle, un almacén de unos diez metros de largo y cuatro metros de ancho. Lo había arreglado, y el 4 de noviembre de 1883, con oraciones especiales, había presentado al Señor los primeros cuatro huérfanos, inaugurando así el primer Orfanato de niños.

Pero estos no habían querido desmentir la gran capacidad que habían aprendido por la calle: por la noche se habían escapado llevando consigo mantas, sábanas y todo lo que pasaba entre sus manos.

Al día siguiente, el Padre Aníbal halló el lugar casi vacío. Se encogió de hombros con los ojos al cielo. Hacía mucho tiempo que estos acontecimientos ya no lo desanimaban: los años pasados entre los pobres de Aviñón lo habían familiarizado incluso con estas eventualidades.

Y tuvo que empezar todo otra vez; confesando que sólo junto con esos “gamberros repugnantes y pícaros, que por naturaleza me repugnaban inmensamente y me provocaron durante muchos años un sufrimiento continuo ¡que no se puede ni contar! Sentía que mi alma se fortalecía con un nuevo vigor”.

XXI

Pobres... necesitados... enfermos... huérfanos... niños... en contacto con estos grupos de personas, cuando los podía servir o ayudar de cualquier manera, el Padre Aníbal parecía nadar en su elemento; parecía que de ellos recibiera mucha energía. No renunciaba ni a sacarlos de la suciedad, ni a limpiarlos, ni a espulgarlos. Sin embargo, él era una persona que tenía mucha atención en la higiene personal – hoy en día lo llamaríamos un higienista -.

Para ellos, entonces, encontraba la fuerza para enfrentar cualquier sacrificio, cualquier obstáculo, cualquier mortificación. Y los encontró en todas las estaciones, como las de agosto de 1902.

El Padre Aníbal, siempre sin medios, había pedido al Ayuntamiento de Mesina una ayuda extraordinaria de mil liras para las fiestas del 15 de agosto. Las celebraciones de la Asunción rendían, en efecto, muchas entradas al erario comunal.

El Consejo comunal estaba dirigido, en aquel período, por los *Jacobinos de la Montaña*, enemigos declarados de Dios y de los sacerdotes. La petición fue discutida durante la sesión del 12 de agosto y se transformó por culpa de los *Jacobinos* en un ataque despiadado contra él. Había el que declaraba que no era capaz de educar, simplemente por ser cura; el que demostraba que había recogido carne humana sin ningún ideal; el que objetaba contra la higiene de los lugares y los métodos disciplinares; en conclusión, quien había más, más decía cosas.

Obviamente la subvención fue denegada.

No fue el Padre Aníbal quien reaccionó, sino la prensa. *Il Faro* publicó: “No fue el rechazo de las mil liras que nos desconcertó, porque conocemos la larga estela de odio satánico da la mayor parte de los Consejeros contra las instituciones religiosas, sino las bajas y vulgares invectivas echadas por esos señores contra el más grande bienhechor de los huérfanos y contra su institución. Se dijeron muchas cosas (...). Se dijo que el Canónigo no hace que recoger carne humana. Puras y viles mentiras, porque los huérfanos tienen un molino y un horno, una sastrería, una tipografía, una zapatería, y allí se trabaja todo el día. ¿Y en lo que concierne la moral? ¡Las niñas las enviaremos al instituto Normal de niñas para aprenderla mientras que los niños a cualquier otro!”.

“Si los Consejeros votaron contra el orden del día por mil liras al canónico Di Francia, hicieron muy mal y no ejecutaron la voluntad del pueblo, que habría dado al Ángel de la caridad no mil sino diez mil liras”.

En la ocasión el abogado Ángel Toscano escribió y publicó sobre *Lucifer* – ¡una cabecera no propiamente amiga de los curas! – versos en alabanza del Padre Aníbal, ensalzando su misión de caridad y llamándolo padre de los huérfanos.

El gesto había conmovido profundamente el Padre Aníbal que todo se imaginaba, pero no que pudiesen llover elogios hacia él de esa dirección, y el 25 de septiembre siguiente le envió, a su vez, un poema que es una verdadera joya brotada de su corazón. Tal vez la más bella entre sus composiciones poéticas.

De acuerdo con su habitual franqueza lo había dedicado “Al Eximio Señor Doctor Ángel Toscano que por su magnanimidad con versos afectuosos quiso animar mis pobres trabajos para la salvación de los huérfanos derelictos”.

Estos son los versos:

Como nota de cantos peregrinos,
Me llega el sonido de tu bella cetra,
Oh amigo desconocido, y de mis niños
Se me renueva en el amor inocente.

Yo amo a mis niños; ellos para mí son
El más querido ideal de mi vida,
Los arranqué del olvido, del abandono,
Impulsado en el corazón por una esperanza atrevida.

Floreillas de Italia, recién nacidas,
Abierto estaba el abismo para devorarlos,
No había mirada de ojos enamorados
Que pudiese un sol momento alegrarlos.

Infantes perdidos en el camino,
Sin amor, sin vivacidad, sin sonrisas,
¡Ay de mí! ¿Qué porvenir, qué destino,
En el lagar del dolor, los conquistaría?

Perlas inmaculadas mis niñas,
Las recogí en el lodo una por una,
Casi como conchas por el camino:
Hoy iniciadas para una suerte mejor.

Me llaman Padre: en sus cabezas
La mano del Ministro de Dios se pone;
Llaman Madre, y a este nombre tan dulce
Contesta del Señor la casta esposa.

Para que no falte el pan a estas mesas
Me enfié, sudé... oh, mientras tanto he aquí
Hoy la comida, hijos míos; para mañana
¡Proveerá aquel Dios que os quiere tanto!

A menudo llamé a puertas de hierro en vano:
Atroz fue mi sentencia:
- ¡Fuera de aquí el importuno, está loco!
¡Que pague la pena de su locura!

Oh niños míos, llegará un día en que
Conoceréis mi martirio y el amor mío,
Que más no ama el padre sus hijos,
¡Que por vosotros imploré a los hombres y a Dios!

Oh amigo desconocido, pudiesen tus versos
Derretir los hielos y convertirlos en fuego

Para que la Piedad derramara sus dones
¡Piedad que al cielo y a la tierra invoco!

Un fuego, un gran amor el suyo que, sin dudas, tomaba fuerza de un secreto.
Sí, un secreto.

El secreto que un día desveló por completo no a sus monjas, no a sus hermanos, sino a un amigo, “hombre de gran bondad natural, honesto, incapaz de ofender a cualquiera persona, un poeta, escritor de Mesina que se definía ateo: Tomás Cannizzaro.

“Permítame, Señor Profesor – le había escrito en el ‘*post scriptum*’ de una carta – que yo haga otra añadidura a lo que he dicho antes”.

El amor que yo siento para mi Señor Jesucristo, como verdadero Dios, me lleva a obedecer a todas sus palabras, y además produce otra llama de amor, o sea el amor para mi prójimo.

Jesús dijo: “Amad al prójimo como a vosotros mismos”: y yo trato de amar al prójimo como a mí mismo; y es por eso que dediqué mi mísera vida al bien de mi prójimo, como puedo.

Jesús dijo: “Dad a quienquiera os pide”, y: “Lo que haréis al más miserable lo hacéis a mí mismo”: y yo trato de no negarme con nadie, y en la persona del pobre venero la persona de Jesucristo.

Jesús bendijo a los niños, los amó con ternura y dijo: “No desprecies a ninguno de estos niños, ya que sus Ángeles contemplan continuamente el rostro de Dios”. Y es por eso que yo amo mucho a los niños y trato de salvarlos. Considero, antes de todo, que el fin máximo de lo que hizo, dijo y padeció Jesucristo nuestro Señor, fue la eterna salvación de las almas, y sudó sangre en el jardín pensando en cuántas se pierden por causa del orgullo y la sensualidad; y yo me esfuerzo sobre todo por la salvación de las almas.

Le digo todo esto, querido Profesor, no para jactarme, porque no soy nadie, sino para demostrarle que el amor hacia el prójimo hasta el sacrificio no puede existir sin el amor hacia Jesucristo Dios.

Hablo del sacrificio real, humilde, íntimo, y no del fanatismo que no consigue más que parecerse algo al amor del prójimo.

Considere, querido Profesor, que, si yo no amara a Jesucristo Dios, me aburraría muy pronto, estando siempre entre los pobres más abyectos, y desnudarme del mío, y perder el sueño y la paz por los pobres y por los niños”.

XXII

A mediados de julio de 1911 el Padre Aníbal dejó Oria, comunicando a sus colaboradores las obligaciones que se tenían que cumplir y que dentro de poco tiempo regresaría. Antes de marcharse, junto con el Padre Palma y fray Carmelo había estado muy ocupado, preparando un plan para el Instituto “San Pascual”, como si fuera programada la llegada de una pequeña comitiva para ser hospedada sin interferir con los religiosos y los huérfanos.

Se había dirigido a Trani para darse cuenta de la situación en la Casa de las Hijas del Divino Celo, estrenada el año anterior, y luego encontrar al Arzobispo, Mons. Francisco Pablo Carrano. Pocos días después, había pasado por Bisceglie y había sido hospedado allí. Se entretuvo en largas conversaciones con don Eustaquio Montemurro y don Valerio Saverio, ambos de Gravina de Puglia, que vivían junto con algunos chicos en aquel seminario episcopal.

Durante el almuerzo, don Eustaquio había dispensado a todos del silencio en honor del huésped. Los chicos, no obstante, no hablaron, ya que preferían escuchar a aquel sacerdote siempre lleno de entusiasmo y que no conocían mucho, aparecido, en verdad, sólo en un momento importante por la vida de cuatro de ellos. En el anterior mes diciembre, de hecho, con ocasión de las primeras vesticiones religiosas, don Montemurro quiso que el celebrante fuera el Padre Aníbal.

La función tuvo lugar en la cripta de la Catedral. El Padre, en presencia del Arzobispo y de una gran multitud, que ya no se acordaba de las vesticiones clericales, había ilustrado el rito religioso, pero sobre todo se había detenido para explicar la importancia de la vocación.

Muchos sentían aún resonar algunos pasajes de aquel sermón.

“¡Vosotros, los jóvenes – dijo – seréis un día fermento renovador de la sociedad, que espera mucho de vosotros! Pasando por Trani sentí un dolor desconocido: ¡las calles, las plazas regurgitaban de niños vagabundos, en grupos, en multitudes, de tres a diez años, de diez a quince años, tan numerosos que en ninguna otra ciudad fui testigo de un espectáculo parecido!

Hoy, vosotros estáis aquí, “Pequeños Hermanos del Santísimo Sacramento” para empezar un viaje que algún día podría conducirnos a cuidar aquellas criaturas y a dirigir otras almas al Señor. Ofreceréis el Santo Sacrificio de la Misa.

Sí, queridos jóvenes, vosotros seréis y haréis todo esto, pero con una condición: que sepáis conservar vuestro fervor con la humildad. El vino se mantiene fresco en el sótano, en el barril cerrado. Si dejáis el barril abierto, sin el corcho, el vino muy pronto se va a estropear transformándose en vinagre o agua. Si queréis mantener y acrecentar vuestro fervor, y ser algún día realmente apóstoles para la conversión de las almas, hace falta que a partir de este momento os preparéis con atención para guardarlo con la santa humildad, la obediencia, la vida interior y la perfecta observancia de la regla”.

Por eso, los chicos querían escuchar lo que el sacerdote, tan venerado por su fundador, contaba.

“Padre – lo había empujado don Eustaquio -, en los días pasados hubo una gran fiesta en sus Institutos”.

“Sí, claro, celebramos la solemnidad del Primero de Julio”.

“Pero no me parece que sea una solemnidad litúrgica”, objetó don Valerio.

“Por cierto, es una fiesta estrictamente vinculada con mi Obra, no podéis conocerla. Por eso, si me lo permitís, os cuento algo sobre esta...”. Y empezó a contar en pocas palabras cómo, considerándose incapaz de llevar adelante todo lo que había empezado en el barrio Aviñón, había invitado al Padre Santiago Cusmano de Palermo, fundador del Bocado del Pobre, para incorporar los Orfelinatos en su Obra.

El Padre Santiago había visitado el barrio Aviñón y había dicho: “¿Cómo se puede vivir en este santo lugar sin la presencia de Nuestro Señor?”.

En el modesto oratorio, incluso a partir de los primeros tiempos, en el domingo y las fiestas se celebraba la Santa Misa; luego, cuando las pequeñas comunidades fueron encaminadas, esta se celebraba cada día.

“En todos nacía natural el deseo de que el oratorio fuese sacramental. ¡Imagínense si este pensamiento no fuese predominante en mí! En realidad, se necesitaba poco para colocar el Santísimo Sacramento: habría sido suficiente el permiso según la regla eclesiástica; pero yo opinaba que la llegada de Jesús Sacramentado a aquel oratorio, entre aquella muchedumbre de pobres de cada especie y de niños, tuviera que ser precedida por una preparación bastante larga y adecuada, que impresionara profundamente los ánimos. Consideré que la llegada del Santísimo Sacramento a ese lugar marcaría un evento, una época de la Obra, porque Nuestro Señor Jesucristo se hospedaría justamente allí, en medio de los pobrecillos, haciéndose Él también pobre entre aquellas casitas, por el amor de sus delictos”.

Después haber creado la expectación por medio de cantos y oraciones compuestas para la ocasión, el 1 de julio de 1886, a las 7 horas de la mañana, después haber celebrado la Misa, con el canto:

Cielos de los cielos, abríos,
Baje el Dilecto a nosotros,
Encerrado en el Hostia, víctima
De su divino amor,
Venga entre los hijos suyos,
¡El amado Redentor!

El Padre Aníbal había colocado Jesús en Sacramento en el sagrario para que se quedara para siempre.

“Desde aquel momento, cada año, en mis Institutos se celebra aquella llegada con un título particular dado al Señor y a la Virgen Santa”. Y había terminado diciendo: “He constatado que esta expectación, así llevada y preparada, es capaz de una grande excitación de la fe en la presencia real de Jesús en Sacramento, y es una semilla de amor, de devoción hacia Dios escondido en el sagrario. Me atrevo a decir que cuando se tiene que poner el Santísimo Sacramento en algún oratorio de un instituto, o en alguna iglesia de barrio, no se tendría que ponerlo así, sencillamente, sin preparar ninguna otra cosa, sólo con la consagración de la Sagrada Forma, y encerrándola en el sagrario, sino que es necesario también que se preparen las almas con algunas buenas acciones, con catequesis adecuadas, con cánticos, para hacer comprender la divina importancia de la presencia real de Jesús en el Sacramento”.

Don Eustaquio, don Valerio y los chicos habían mostrado su aprobación con un aplauso estruendoso. Vuelto el silencio, don Eustaquio había empezado: “este año, entonces, celebrasteis las bodas de plata”.

El Padre Aníbal, radiante, contestó que en ese año había compuesto un *Epitalamio de los amores celestes* que terminaba con los versos que quiso declamar:

O Jesús mío, ¿qué puedo
Pedirte en gracia todavía?
Si esta es una nueva época
Que empezó para mí,
Otros cinco lustros: y pues
¡Vuelve, o mi Tesoro,
Con tus bodas de oro
A transformarme en Ti!

“Espero no haberos aburrido”, terminó.

Se repitió el aplauso y luego don Eustaquio, levantándose, entonó las oraciones de acción de gracias, después de las cuales el Padre Aníbal, dirigido hacia él, había dicho en voz alta, de manera que todos pudieran escucharlo: “Escuche Padre, por estos buenos hijos tenemos que preparar una vacación; los llevaremos a Oria, donde podrán divertirse en aquel magnífico jardín, en vez de estar aquí encerrados, entre estos cuatro muros, así que recuperen las fuerzas”.

“Por cierto, Padre”, había asentido don Eustaquio.

Eran nueve chicos: ocho estudiantes y un coadjutor. Dos días después, don Montemurro y don Valerio se los habían apretado al pecho a todos, manifestando una conmoción que parecía excesiva con respecto a lo que requería la circunstancia. También habían notado que don Eustaquio, saludando al Padre Aníbal le había querido besar la mano, a pesar de sus protestas.

Aquellos chicos no lograban entender ni saber que aquella invitación había sido sólo una hábil escenificación.

En vez de ser acompañados a sus familias, el Padre Aníbal se los estaba llevando a su Instituto de Oria. Era el 20 de agosto de 1911.

¿Qué había pasado, y por qué se necesitó la ayuda del Padre Aníbal?

XXIII

Pocos meses antes, el obispo de Gravina, Mons. Nicolás Zimarino, había comunicado la sentencia del Santo Oficio y de la Congregación de los Religiosos después de la Visita Apostólica a las Obras de Montemurro: se ordenaba la supresión de las Obras y el fundador fue condenado por falso misticismo.

Suprimió las dos Congregaciones, cerró las Casas, don Eustaquio habría tenido que mandar a sus familias “con una escolta segura” tanto a las monjas “Hijas del Sagrado Costado”, cuanto a los “Pequeños Hermanos del Santísimo Sacramento” ...

Don Eustaquio Montemurro, médico y hábil estudioso de ciencias naturales y matemáticas, había ejercido durante veintidós años la profesión médica con gran espíritu de sacrificio. De los pobres nunca aceptaba nada, al contrario, los ayudaba dándoles medicamentos y, no pocas veces, dinero. Entre la gente se había hecho muy parecido a los santos Médicos, Cosme y Damián, que no querían ser pagados por los pobres. En un momento dado había escuchado la voz del Señor y, con 47 años de edad, había sido ordenado sacerdote. Empeñado como vicario parroquial, tuvo la idea de fundar una Congregación religiosa de sacerdotes que coadyuvaran los párrocos en el cuidado de las almas. Así que, junto con don Valerio Saverio y con el jesuita Padre Genaro Bracale, el 21 de noviembre de 1907, en Gravina de Puglia, había dado vida a los “Pequeños Hermanos del Santísimo Sacramento”. Había, después, querido completar la obra, con la fundación de un ramo femenino: así que, pocos meses después, habían nacido las “Hijas del Sagrado Costado”.

Después del terremoto, el Padre Aníbal había conocido en Grottaglie el Padre Bracale y, entonces, a don Eustaquio.

Todo parecía ir por lo mejor, cuando el obispo de Gravina, Mons. Nicolás Zimarino, que también había autorizado sus fundaciones, habiendo recibido numerosas acusaciones contra las mismas por el clero, ordenó una investigación, entregándola a tres sacerdotes diocesanos.

Don Eustaquio, convencido de que los “investigadores” estaban perjudiciales, intentó amparar las monjas abriendo una Casa en Minervino Murge, bajo la jurisdicción de otra diócesis, y, para los “Pequeños Hermanos”, obtuvo, por el arzobispo de Trani, Mons. Francisco Pablo Carrano, llevarlos al Seminario episcopal de Bisceglie.

En este punto, Mons. Zimarino se había sentido sobrepasado y, habiendo recibido también una relación negativa por la investigación, había decidido reponer el asunto a la Congregación de los Religiosos. Al mismo tiempo, queriendo solucionar personalmente la cuestión que parecía haberle escapado de las manos, se había dirigido por un consejo al Padre Aníbal. Le había escrito una larga carta en la que enumeraba sus dificultades con referencia a don Montemurro y sus Obras.

El 11 de octubre de 1911 el Padre Aníbal, basándose en su experiencia, le había contestado focalizando la situación y pidiendo un coloquio.

Con referencia a la persona de Montemurro, el obispo había puesto un grave problema: ¿sus “revelaciones” eran verídicas y se tenían que aceptar?

El Padre Aníbal, que tenía una grande experiencia de literatura mística, se reveló en toda su prudencia: “La E. V. duda mucho sobre las revelaciones de Montemurro. En materia tan delicada toda duda es prudente. No le escondo que en algunos momentos a mí también

me nace la sospecha sobre las revelaciones de Montemurro, a pesar de que sepa poco sobre esto, sólo lo que Padre Bracale me hizo leer en algunas páginas. ¿Pero las revelaciones de Montemurro vienen de Dios? ¿La doctrina que contienen es perfectamente conforme a la Sagrada Escritura y a la doctrina de la Iglesia? Como sería una grande ligereza admitirlo todo como divino, sin haberlo bien examinado, y sobre todo sin el veredicto de las obras buenas y del tiempo; así, creo que podría ser un juicio demasiado precipitado aquello de considerarlas sin duda alguna como obras diabólicas, o bien humana ilusión. La E. V. me corrija si me equivoco”.

El obispo después se había declarado muy perplejo sobre cómo una fundación sin medios pudiera seguir adelante.

“Por lo que concierne los medios – había contestado el Padre Aníbal -, ¿qué tengo que decir, Excelencia? Mi decir aquí sería sospechoso, porque mis pequeñas obras han seguido adelante durante unos treinta años sin fondos en la caja, sin rentas fijas, y hemos visto los milagros de la Providencia. En estas obras el problema de los medios creo que viene en tercer lugar.

Antes necesitamos la obra espiritual, es decir la recta y pura intención, el espíritu de fe y de sacrificio, el amor de Nuestro Señor y del querido prójimo, y todas estas cosas bonitas tienen que reinar en las instituciones, por cuanto la humana fragilidad pueda, porque las miserias humanas siempre están con nosotros.

Luego se necesita la obra eclesiástica, es decir encontrarse en perfecta regla con las Autoridades eclesiásticas, bendecidos por ellos y por sus dependientes.

En tercer lugar, viene la obra civil, es decir los medios, la administración, los trabajos, las industrias, etc... Está claro que también se tiene que trabajar: *ora et labora*; y, pues, cuando se aspira en primer lugar al reino de Dios y a su justicia, y se añade el propio trabajo para comer el pan de cada día con el sudor, pues ¿cómo es posible que falten los medios? Faltarán el cielo (es decir la atmósfera) y la tierra, ¡pero nunca la palabra de Dios!”.

Y de esta manera se había enfrentado también con muchas otras dificultades adelantadas por Zimarino con gran franqueza, fundamentándose sobre su larga experiencia. Sin embargo, cuando el obispo había destacado que muchas perplejidades se le habían provocado por las acusaciones que algunos sacerdotes le habían llevado contra Montemurro y sus Obras, el Padre Aníbal le había dado una recomendación, basada aún más sobre lo que había experimentado directamente, en que aparecía toda la amarga experiencia de los comienzos de su institución:

“Ahora yo quería someter una observación de no poca importancia a la E. V.: fruto de mi pobre experiencia en asuntos de obras similares, en las que me encuentro también desde hace muchos años. O sea, que cuando aparecen Obras similares en una Diócesis, ellas son afortunadas si el propio Pastor, con luces del “Espíritu Santo”, que no le pueden faltar, se cuida de ellas en primera persona, y con sus bendiciones, sus ánimos, sus consejos, y casi con su aliento, las lleva adelante, si las considera como Obras de Dios, y con su Autoridad y su poder las destruye cuando reconoce por cierto no ser de Dios.

Pero, ¡pobre de estas Obras si son juzgadas por el Clero! Generalmente los sacerdotes (con las debidas excepciones) toman partido en contra, y mueven cientos de críticas, las cuales, queriendo o no, influenciarán de alguna manera el ánimo de la Autoridad Eclesiástica. La canasta, si no se llena, se moja.

Para decir algo sobre mis casos, algunos sacerdotes dijeron tantas cosas malas contra mis Institutos, que el Cardinal Guarino, de feliz memoria, aunque me quisiera mucho por su caridad y amara también mis pequeñas obras, aconsejado por un importante y docto

personaje del Clero, suprimió mi Instituto de las monjas, a pesar de que no dio un decreto escrito. Un padre franciscano, que sabía cómo estaban las cosas, se presentó delante del Eminentísimo nuestro Arzobispo y le pidió un año de prórroga y prueba, como el agricultor del Evangelio. Su Eminencia condescendió con mucho gusto, y después, cuando fui a su casa para agradecerlo, me estrechó la mano, me miró benigno, casi quisiera decirme: pobre canónigo Di Francia, ¡cuántos problemas tenéis!
Yo no sé si también en Gravina pasa algo parecido por parte del Clero. Pero es mucho mejor que la E. V. escuche a Nuestro Señor en la santa oración y en la Santa Misa, en vez de escuchar a otros, porque es imposible que Nuestro Señor no le dé con el tiempo luces claras, cuando la E. V., con aquella humildad, que es semilla de Su Espíritu, con Fe y con santa imparcialidad, lo rogará: ¡Pedirá al Corazón Santísimo de Jesús y a Su Santísima Madre!”.

Provocada por Zimarino o después de la instancia enviada por don Eustaquio con las recomendaciones de los obispos que protegían sus Obras, en el comienzo de 1911, se había abierto la Visita Apostólica que había llevado a la condena de Montemurro y a la supresión de sus Obras.

Mons. Ignacio Monterisi, obispo de Potenza, Mons. Feliz del Sordo, obispo de Venosa, y Mons. Francisco Pablo Carrano, arzobispo de Trani, que, sin embargo, no compartían la posición de Mons. Zimarino, le habían hecho saber que no aplicarían el decreto ni suprimirían a las “Hijas del Sagrado Costado”.

En aquel momento, se llegó a un acuerdo entre aquellos obispos con Zimarino: pedir al Padre Aníbal que asumiera la dirección de las comunidades suprimidas, para luego fusionarlas con las suyas. Él había consentido, a condición de poderlas mantener distinguidas.

Había asumido, entonces, la dirección de las monjas, abasteciéndolas con un Reglamento. Pero, después de lo que pasó, no habría sido prudente por su parte hacer revivir de manera oficial una congregación suprimida. La condena del Santo Oficio era una hipoteca pesada, que gravaba sobre la Obra. Por eso, había dispuesto que las Hijas del Sagrado Costado pidieran libremente la agregación a las Hijas del Divino Celo. Ellas lo pidieron, y fueron llamadas “nuevas Hijas del Divino Celo”.

No obstante, bajo su dirección, el Padre Aníbal hizo de manera que su gobierno fuera autónomo, considerando sus Casas como un apartado autónomo de su Congregación. Y dijo claramente a sus colaboradores: “Los Obispos me entregaron la tarea de tomar la naciente institución e incorporarla con otra mía de las Hijas del Divino Celo. Yo consentí en tomarla, pero no quise fusionarla con la otra mía, porque pensé hacerla una Congregación distinguida, en honor del Sagrado Costado de Nuestro Señor”.

Con mayor razón que un día el Padre Aníbal se encontraba en Trani cerca de sus monjas y estaban de paso algunas Hijas del Sagrado Costado. Después de la Comunión había dirigido, entre otras cosas, estas palabras:

“Hablo a vosotros, Monjas del Sagrado Costado, a vosotras a las que el Señor se complació en hacer sus esposas: ser Monja del Sagrado Costado significa ser víctima de Jesús. Desde el momento en el que el Bien Supremo fue herido por la lanza en el costado, de donde salieron sangre y agua, desde aquel momento Jesús os destinaba como hijas suyas y os bendecía. Vosotras salisteis del Sagrado Costado de Jesús; y como Jesús se encaminó hacia el Calvario, así vosotras tenéis que caminar para ser sus víctimas.

Ahora que aquí sois huéspedes de las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús, debe nacer entre vosotras una santa alianza, tenéis que intercambiaros algo. Afortunadas

vosotras, que tenéis algo para ofrecer: daréis una parte de vuestra humildad, de vuestra vida de sacrificio y de víctimas de Jesús, ésta tiene que ser vuestra misión.

¿Y qué pueden ofrecer las Hijas del Divino Celo? Nada tienen, porque ellas son muy pobres en virtudes; pero os pueden ofrecer algo: sí, una cosa muy hermosa, que recibieron por misericordia por el Señor, y es aquel divino mandato, salido también del Sagrado Costado de Jesucristo, que ellas llevan en el pecho como emblema: “Rogad al Señor de la mies para que envíe trabajadores a su mies” Las Hijas del Divino Celo tienen la misión de rezar, por voto, para que Jesús envíe buenos trabajadores a su mies. Uníos, Hermanas del Sagrado Costado, a las Hijas del Divino Celo; uníos todas vosotras en esta sublime oración: esto es el regalo que podéis haceros mutuamente”.

Después había ido a Bisceglie para tomar los “Pequeños Hermanos”, los había llevados a Oria donde, con el nombre más conocido de “Montemurrinos”, había realizado para ellos una sección distinta, separada de sus Rogacionistas.

El Padre Aníbal, considerando la desventura ocurrida a don Eustaquio como una prueba del cielo, pensaba en devolverle toda la Obra, una vez obtenida la rehabilitación.

Pero don Eustaquio, junto con don Saverio, después de haber estado unos meses en Diócesis, comprendiendo que su existencia ya había sido marcada, habían pedido transcurrir sus años en el ministerio de las confesiones en el Santuario de Pompeya. Obedeciendo a las decisiones de la Santa Sede, ya no se ocuparon de las Obras. Y en esta obediencia fueron realmente heroicos.

El Padre Aníbal, en su prudencia, tenía escondidos estos dolorosos acontecimientos a los pobres “Montemurrinos” que, dándose cuenta de la prolongación de la “vacación”, habían empezado a hacer conjeturas. Después empezaron las escuelas... Se sentían como en una especie de provisionalidad de la que querían marcharse. Así que todas las veces que el Padre Aníbal iba a verlos, siempre le expresaban su deseo de entrar a formar parte de los Rogacionistas. Él evitaba de tratar el tema y los exhortaba a la fidelidad en su vocación. Pasando por Pompeya, se veía con don Eustaquio, para ponerle al día de todo. Finalmente, se tomó una decisión.

En una tarde de otoño de 1912, el Padre Aníbal volvió a Oria. Cuando el grupo de los “Montemurrinos” lo alcanzó, los saludó con cariño llamándolos Rogacionistas.

Leyendo el estupor dentro de sus ojos, explicó: “Don Eustaquio dijo: ‘No quiero que estos pobres hijos se queden así suspendidos y en una espera inútil. ¡Les doy mi autorización y toda mi bendición! ¡Formen parte de los Rogacionistas!’”.

Entre aquellos “Montemurrinos” salieron dos válidos sacerdotes rogacionistas: el Padre Domingo Serafín Santoro y el Padre Teodoro Tusino, que ocuparon el cargo de Superior general y dejaron una huella en la Congregación.

XXIV

El 22 de diciembre de 1913, el Padre Aníbal llegó a Florencia para encontrar Mons. Roberto Razzoli, recién elegido obispo de Potenza, para hablar y encontrar una solución a toda una serie de problemas que afectaban las Hijas del Sagrado Costado.

Regresado a Roma, el día después de la Navidad escribió una postal a su hermano, Mons. Francisco, y a sus monjas. Luego, llegado a Gravina de Puglia por finales de año, encontró una carta que le anunciaba la muerte de Francisco.

La noticia lo impresionó profundamente: sabía que estaba en cama con bronquitis, pero nunca se habría imaginado una evolución tan grave y rápida. Había teleografiado inmediatamente al Padre Francisco Vitale para conocer los detalles.

“Cuando ayer recibí por el Canónigo Vitale la carta con los detalles muy singulares sobre la muerte – confié al Arzobispo D’Arrigo -, me quedé atónito alabando con lágrimas la inmensa Divina Bondad por una muerte tan preciosa y singular. ¡Yo amé a mi hermano Francisco con un amor tiernísimo, y más que fraterno, paterno!”.

El Padre Aníbal, no sospechando absolutamente de la muerte, en Roma había comprado una estatua de la Inmaculada y la había enviada a su hermano y a su Comunidad: la estatua había llegado al día siguiente la muerte de Mons. Francisco.

Así, otra vez, la vida de los dos hermanos se reunía por la presencia de la Inmaculada, de la cual eran muy devotos.

Era el mes de octubre de 1869 cuando por la tipografía Nobolo de Mesina fue publicada una libreta titulada *Primeros versos de Aníbal Di Francia de Mesina*.

Aníbal quiso que la primera en ver la publicación fuera su madre, y se había precipitado para entregársela. Se estaba transformando en una joven promesa también literaria que permitiría a mamá Anna tener algún sueño para su futuro. Imaginaba por su hijo una carrera de literato o de profesional, que habría aumentado, un día, el prestigio de la familia. Pero de repente este sueño se había quebrado.

“Madre, quiero hacerme sacerdote”, le había dicho.

Ella se quedó sin palabras. No, no se lo podía creer: ¿Aníbal sacerdote? ¡No... en aquella época de anticlericalismo imperante!

La pobrecita no le había contestado en seguida, pero su hijo había comprendido su contrariedad.

No lograba explicarse como pudiera – ¡él! poeta, declamador, ya publicista, ánimo de artista más que de contemplativo – soñar con una condición todo lo contrario que brillante... sí, igual se trataba de un capricho.

“Es una idea poética”, repetía, “cuando se dará cuenta, volverá; mientras tanto, ¡qué mal quedaría delante de la gente! ¡No!”. Entonces de manera muy directa le había dicho que nunca habría apoyado aquella locura.

Luego, se enfadó mucho cuando, hablando con su hijo menor Francisco en busca de un consuelo a sus opiniones, se había oído responder: “Madre, con todo el respeto, Aníbal hace bien y yo quiero seguirlo. ¡También yo quiero hacerme sacerdote!”.

La pobre mujer había hablado de esto con sus amigas y confidentes. Había hablado también con su confesor.

“No, no puedo poner en peligro la reputación de estos dos chicos inmaduros. Tengo absolutamente que evitar que esta locura pueda en futuro perjudicar su honradez y carrera.

Porque – me deje decir lo que sólo el corazón de una madre puede conocer perfectamente – Francisco puede ser que siga adelante: es un chico tranquilo, reflexivo; estudioso, aunque con pocas energías; es quieto y, digámoslo, es un calculador en los asuntos de familia. Sí, él sí, ¿pero Aníbal? ¡Aníbal, por cierto, no! Con su vivacidad, con sus reacciones no puede hacerse sacerdote... de todos modos no se hace nada. ¡Mi autorización no la daré y nunca la voy a dar ni a uno ni al otro!”.

Se dice que la unión hace la fuerza: los dos hermanos se habían aliado, no queriendo renunciar al sueño que consideraban ser la llamada de Dios. Así también ellos fueron al confesor, al que explicaron, sin saberlo antes, la situación que se había creado en su familia.

El sacerdote, hombre prudente, les había aconsejado pedir audiencia al Arzobispo, explicándole la situación y esperando sus directrices.

Mons. Luis Natoli no tenía por qué negar tal permiso, en lo contrario, se había mostrado muy feliz de concederlo. Habrían seguido la buena tradición de las familias Di Francia y Toscano, que tenían en Mesina dos excelentes ejemplos de sacerdotes: don José Toscano y el Padre Rafael Di Francia.

Reanimados por las palabras del Arzobispo, habían elegido el día 8 de diciembre de 1869 para llevar el vestido clerical. La elección había sido dictada por la gran devoción mariana que procedía de su familia; la fiesta de la Inmaculada, además, era una solemnidad muy sentida en Mesina. Aquel año, además, tenía por todo el mundo católico un significado especial, porque en Roma se abría el Concilio Vaticano I.

Los dos hermanos, viviendo plenamente aquella elección con entusiasmo juvenil y la fascinación de lo prohibido, habían pasado la noche en oración, impacientes en la espera del nuevo día. De hecho, aún antes del amanecer, se habían llevado la túnica, que se habían hecho coser a escondidas, y se habían escabullido de casa para ir a la iglesia de San Francisco en el día de la Inmaculada.

Después de Misa, se habían quedado mucho tiempo arrodillados delante de la estatua de la Inmaculada. Tenían la impresión de que aquel día, a pesar de la lluvia y, sin embargo, lleno de gente por las misas del amanecer en las calles y en las iglesias, les permitiría pasar desapercibidos. Pero llegados bajo de casa, se enteraron de que la noticia los había adelantado.

El portón estaba cerrado y el perfil de su madre Anna estaba inmóvil detrás de las ventanas del balcón. Los dos le habían hecho señas para que abriera, pero ella los miraba severa.

Aquel día de fiesta, de tal manera, se había hecho más animado: familiares y amigos habían aparecido de repente, como si rápidamente hubieran ido todos allí, detrás de la esquina, para intervenir. Se había formado así un vaivén de intermediarios.

“Que vayan a buscarse refugio al Arzobispo”, no cedía la señora Toscano, “aquí, en casa ya no pueden entrar... paguen así las consecuencias de su elección... ¡Yo no les di ninguna autorización!”.

A nada sirvieron las razones, las excusas, la nobleza de la elección... de la vocación. La mujer respondía: “¿Vocación? ¿De veras? ¡Igual queréis decir ambición! Puedo comprenderlo todo, pero no que hayan tomado una elección sin mi autorización, por eso absolutamente...”.

Al final se jugó la última carta: fueron a llamar al confesor y sólo con su intermediación Ana aceptó acogerlos nuevamente en la casa, pero sin perdonarlos.

XXV

El Padre Aníbal se podía considerar satisfecho, sus Obras parecían haber tomado, por fin, una buena pinta; la unión de los “Montemurrinos” y la llegada de buenas vocaciones dejaban bien esperar en un futuro mejor para la Congregación de los chicos. Poco a poco, también el Canónigo Antonio Celona, que deseaba agregarse a esta, a pesar de respetar los deberes del coro en la Catedral de Mesina, empezaba a dedicar su actividad pastoral en la iglesia de madera donada por Pío X.

El Padre Francisco Vitale, una vez emitida la profesión después del terremoto, había obtenido la posibilidad de renunciar al *Decanato del Capítulo Proto metropolitano* y de dedicarse totalmente a la Obra. Esto significaba que habría podido trasladarse a Oria, como aconteció, y asumir la dirección de una escuela interna de formación.

Luego, el Padre Aníbal, deseando con todo su corazón solucionar el problema de la reinserción de los huérfanos y huérfanas ya mayores de edad en la sociedad, se preocupaba de educarlos para poder vivir bien y, una vez salidos de la institución, con el fruto de su actividad. Por eso, desde el comienzo de las fundaciones, cuidaba que fueran adiestrados y orientados hacia un trabajo.

“Los chicos y chicas – decía – se tienen que acostumbrar al trabajo desde la infancia, para que, creciendo, sean capaces de vivir con el fruto de su propio trabajo.

El trabajo en una Casa de educación está entre los primeros coeficientes de moralidad. Es orden, disciplina, vida, garantía para un buen porvenir para las personas que son educadas. Ellas tienen que aprender gradualmente a ganarse el pan con el sudor de su frente. Por eso, es necesario tratar de organizar bien los talleres y multiplicarlos cuanto más se puede, de manera que los chavales tengan la posibilidad de tomar decisiones según su propia inclinación. Por eso, además de la sastrería, la zapatería, la carpintería, la tipografía y la mecánica, considero útil instalar también una eficiente colonia agrícola para formar buenos agricultores. También ésta, de hecho, sería muy útil y oportuna por muchas razones, es decir:

Primero: porque la agricultura en Italia representa la actividad más difundida, y por eso permite encontrar trabajo más fácilmente.

Segundo: porque, especialmente los huérfanos que vienen de familias de agricultores, se quedan en su propio ambiente, en que pueden encontrar familiares y amigos junto a los cuales vivir”.

Un tal proyecto, sin embargo, no se podía realizar en gran parte de sus Institutos por la falta de terreno, con la excepción del “San Pascual” de Oria; por eso un día, reunidos todos los colaboradores, dijo: “Me parece que este proyecto de la colonia agrícola se podría realizar en este bonito jardín. Las monjas que durante muchos años hicieron grandes sacrificios, ahora se pueden retirar, para que se organice una colonia agrícola regular. Se podría empezar inmediatamente”.

Creía que el proyecto no tendría que encontrar obstáculos. Sin embargo, inesperadamente, se dio cuenta de que fray Carmelo movía la cabeza.

“Dime, ¡habla, hombre!”, lo invitó.

“No me parece un proyecto posible”, objetó ese.

“¿Por qué?”.

“Primero, porque me parece que el terreno es poco, aunque haya bastante agua. Segundo, porque los chavales para emplear son muy pocos, pero no es solamente esto. Creo que el

problema mayor consiste en el hecho de que los chavales dirigidos a la colonia, conviviendo con los que están destinados a las artes y a los otros trabajos, se considerarían subestimados y en una condición de inferioridad. En otras palabras, me parece que iríamos a crear diferentes clases sociales”.

El Padre Aníbal se hizo pensativo, luego contestó: “En parte estas razones me persuaden. Pero acaso podríamos intentarlo en un primer momento, sólo para empezar; ojalá nos estemos fajando la cabeza antes romperla. Además, serviría como experiencia cuando la Providencia (ojalá) nos dará una mayor posibilidad para realizar la colonia en otros lugares y en condiciones más favorables”.

Y la ocasión no tardó mucho en llegar. La Señorita María Sottile Meninni estaba en Nápoles, pero en los alrededores de Gravina de Puglia tenía la casa paterna con nueve hectáreas de terreno cultivable. Deseaba donarla para una obra de beneficencia en sufragio de sus difuntos.

El Padre Aníbal, consideradas las características de la donación, aprovechó inmediatamente para dar comienzo a la colonia agrícola, que habría debido preparar los huérfanos a ser expertos agricultores. Así, en el noviembre de 1913, junto a un grupo de huérfanos, dirigidos por fray María Antonio y con la ayuda de un campesino, la inauguró. De esta manera se acercaba a la que era una actitud adoptada también por Don Orione en Calabria, e incluso por los Salesianos, en los alrededores de Roma.

La plena realización del proyecto se presentaba, sin embargo, frustrada, porque durante el invierno hizo mucho frío y durante el verano faltaba agua para la irrigación. En las cisternas se lograba recoger agua apenas suficiente para beber y para los servicios de la Casa, y por eso se redimensionó inmediatamente la idea del campo experimental. El aprendizaje agrícola de los chavales se reducía a pocos gestos repetidos y a un cultivo primario esencialmente de cereales. Se plantaban también patatas que rendían muy bien y superaban el consumo de la Casa.

En definitiva, fueron dos años de crecimiento de las Obras, pero éstas necesitaban también de un mayor número de religiosos y de sacerdotes. Las esperanzas del Padre Aníbal estaban, entonces, repuestas en la Casa de formación, también ésta bien encaminada bajo la guía del Padre Vitale. Se sabe, sin embargo, que los tiempos necesarios para llevar los jóvenes aspirantes a la consagración religiosa y, más, al sacerdocio, representan una inversión arriesgada a largo plazo. Todo depende por el porcentaje de defecciones, si no intervienen factores externos para modificar el curso de las cosas.

Esta vez, para poner de repente a dura prueba todo lo que el Padre Aníbal había construido con duras penas después del desastre de 1908, intervino la locura de los hombres.

Desde muchos años Alemania aspiraba al triunfo de su potencia industrial, Inglaterra quería frenar la expansión alemana, Francia no se había resignado a la pérdida de Alsacia y Lorena en la guerra de 1870, Rusia estaba esperando poder admitir unos territorios, Italia no consideraba terminado el partido con Austria en lo que concernía varios territorios; en otras palabras, como un magma subterráneo se iba preparando el choque: sólo se esperaba el pretexto.

El 28 de junio de 1914, un anárquico serbio, en Sarajevo, mataba a Francisco Ferdinando, archiduque heredero del Imperio austrohúngaro. Austria impuso inmediatamente a Serbia condiciones tales que, después de un mes, ésta le declaró guerra.

La chispa había sido lanzada. Rusia ordenó inmediatamente la movilización general y Alemania el 1 de agosto declaró guerra a Rusia y, en pocos días, entraron en guerra no sólo Francia e Inglaterra, sino también los estados pequeños, como Montenegro. Bélgica

fue atropellada por la invasión alemana, que eligió violentamente aquella dirección para penetrar más fácilmente a Francia. El 15 de agosto también el lejano Japón empezaba las hostilidades contra las colonias alemanas del Extremo Oriente.

La tentación de Italia de salir al campo de batalla era bastante fuerte, y la ocasión se presentaba más que propicia para sus reivindicaciones territoriales, pero la prudencia política sugería la neutralidad. El partido de intervención, sin embargo, se hacía cada vez más numeroso y exigente. Cada día en las diversas ciudades se multiplicaban manifestaciones que reclamaban la participación a las acciones bélicas.

El Padre Aníbal, convencido de que la guerra fuera un flagelo que el Señor mandaba por los pecados del hombre, dispuso que en sus Casas se rogase más veces durante el día y no se cansaba de repetir de ser todos y todas “muy observantes de las santas virtudes religiosas, especialmente en el amor de Jesús y de María, en las acciones religiosas, en la santa oración, en la santa obediencia y en cada buena disciplina”, para poder conmovier el Corazón de Jesús para evitar la tragedia.

Sin embargo, desafortunadamente, el 23 de mayo de 1915 se esperaba en cada momento la declaración de guerra.

Él, desde Oria, tenía que ir a Mesina; despidiéndose de la comunidad, quiso abrazar a todos y, mostrándose sereno, invitaba a la confianza en el Señor por todo lo que podría pasar. Antes de irse, puso una cuestión que podría sonar chistosa: “Si ganaran los turcos”, dijo, “podríamos volver a la época de los mártires... Y si vinieran aquí, ¿estaríais dispuestos a dar la vida por Jesucristo?”.

“Sí, Padre”, contestaron todos en coro.

Turquía, de hecho, era aliada de Alemania, y se creía en su odio contra Italia, que algunos años antes le había quitado Tripolitania.

La cara del Padre Aníbal se había iluminado por la alegría y los había exhortado: “Os encomiendo, entonces: ¡rogad!”.

La paz, como parece, no formaba parte de los proyectos de Dios, y al día siguiente Italia entraba en guerra. De todos modos, él, impertérrito, seguía rezando y exhortando a rogar por la paz.

XXVI

La llamada a las armas vació en poco tiempo las Casas: se quedaron los chicos que necesitaban asistencia, y los religiosos muy ancianos. Junto con el Padre Aníbal fueron dispensados de la llamada, por la edad, el Padre Vitale, el Canónigo Celona, fray Salvador, fray Plácido y otros pocos hermanos, declarados no aptos para el servicio militar porque enfermos.

Fray José Antonio y fray María Antonio fueron dispensados porque considerados necesarios para la zapatería de Oria, que preparaba zapatos para las Fuerzas Armadas, mientras que todos los demás tuvieron que irse al frente de guerra. Así la actividad de las Casas de los chicos se suspendió casi totalmente. Se tuvo que cerrar la colonia agrícola de Gravina.

El Padre Aníbal trataba de hacer frente a todo, pero su gran preocupación era mantener despierta en sus propios hijos la vocación y trataba de hacerlo, como podía, a través de una densa correspondencia. Por eso los exhortaba continuamente a alimentar su vida espiritual.

“No alejéis vuestro espíritu de la Divina Presencia y del espíritu religioso, y que las fatigas y los problemas de la vida militar os sirvan de remedios muy eficaces, con los que el Señor os llama hacia una más estrecha unión con su Divino Corazón”, escribía.

Nunca faltaban desalientos. Pero él, firme como una roca, indicaba la dirección: “No sufráis por las esperanzas quebradas, por la vida cortada etc.; dejemos a las novelas estas expresiones, pero los hijos de la fe, cuya esperanza está llena de inmortalidad, no se dejan ilusionar por la falsa ilusión de las cosas terrenales, que siempre se resuelven en desengaños y en la amarga realidad, por lo contrario, miran al Cielo, de donde sólo viene la luz, el consuelo y la vida”.

Una vez se encontró, por la tarde, en el comedor del barrio Aviñón, solo, con las malas noticias que empezaban a llegar: fray Mansueto muerto en la frontera, fray Mauro muerto por tisis...

Las tipografías de Mesina y de “San Pascual” de Oria ya podían satisfacer adecuadamente las necesidades de la propaganda antoniana, que el Padre Palma había organizado durante aquellos años por medio de las Secretarías. La publicación de la revista “Dios y el Prójimo” superaba abundantemente las ciento veinte mil copias, cosa sorprendente en aquellos tiempos.

El Padre Aníbal, entonces, pensó empezar tipografías en las Casas femeninas: en el “Espíritu Santo” de Mesina, en “San Benedicto” de Oria, y en la Casa de Trani.

Durante el período de las hostilidades bélicas surgió, por un lado, el problema de la subsistencia misma de la Congregación de los chicos, mientras que la de las chicas, ya rica de elementos, registró un ulterior incremento.

Una monja de casa, Rosaria Jaculano, se dirigió a él para una fundación en Santa Eufemia d’Aspromonte, con la promesa de devolver todos sus bienes. Después de haber establecido las obligaciones bajo el control de la Curia y del Obispo de Mileto, el Padre Aníbal decidió instituir allí una escuela de trabajos femeninos y de instrucción del catecismo para niñas y chicas, sea de buena familia sea de pueblo, dirigida por las Hijas del Divino Celo. Así el 29 de junio de 1915 fue inaugurada aquella Casa.

Siguieron otras invitaciones. El Padre Aníbal las evaluaba y luego daba una respuesta. Mons. Adolfo Verrienti, prelado de Altamura, le pidió abrir un orfelinato por las hijas de los caídos en guerra de aquella ciudad. Pero, en el mismo tiempo, surgió el problema del sustentamiento del Instituto.

“Es demasiado justo – le había contestado el Padre Aníbal – lo que Vuestra Excelencia me decía sobre la fundación del orfelinato proyectado en Altamura, es decir, que no es suficiente fundarlo, sino que es necesario que haya suficiente garantía para llevarlo adelante en lo que concierne el mantenimiento de las huérfanas y todo lo que sirve para darles una buena educación y éxito, y para la continuación de la obra benéfica.

Yo expongo tranquilamente mis ideas a la E. V. y me repongo perfectamente a su juicio, para que, si la obra se tiene que fundar, siga con la perfecta guía y acuerdo de la E. V.

Antes de todo, en lo que concierne la fundación, podría disponer por gracia de Dios, de medios no vistosos sino discretos. Sería mi idea tomar un terreno y fabricar, primero, un refugio para unas doce huérfanas, y luego, poco a poco, para otras, hasta llegar a acoger treinta huérfanas que, por Altamura, creo sean bastantes. No importa que la fábrica sea terminada toda en una vez por el número completo de las hospitalizadas, pero se empezaría a formar un proyecto de toda la fábrica, que a poco a poco se irá desarrollando. Por lo que concierne su conservación, tenemos muchos recursos por la gracia del Señor. Más de la contribución antoniana, venimos a otras rendas, que son humanamente ciertas. Las monjas de mi humilde institución conocen varios trabajos provechosos, y los emplean en las Casas con provecho diario. El primero es el trabajo de tejer con máquinas. En donde se abre un orfelinato se instalan tres o cuatro máquinas de tejer con las que se confeccionan medias, franelas, chales, y se trabaja con seda, hilo, algodón y lana. No hay una Casa nuestra donde las máquinas de tejer no trabajen cada día con buenos resultados de provecho.

Las hermanas, algunas conocen muy bien un trabajo particular, muy apreciado, que se paga a precio de mérito; conocen costura, corte, con los que, más de dar una provechosa enseñanza a una chica, se abre la vía a un trabajo provechoso para la Casa.

Conocen también cada especie de bordado en blanco, seda, colores, en oro, y se hacen muchos trabajos de comisiones, especialmente trabajos de iglesia y ajuares para bodas. Se conoce también el trabajo de flores artificiales.

Por lo que concierne las rentas fijas, generalmente éstas no están en nuestros Orfelinatos; exceptuados los de Mesina, donde el Ayuntamiento ofrece tres mil liras anuales y la Provincia mil, exceptuado también el de Trani, que tiene cien mil liras de capital utilizado, desde hace pocos días, se puede decir, o sea desde la muerte del santo y docto Arzobispo de Trani (Mons. Francisco Pablo Carrano), nuestro insigne bienhechor, que dejó a ese Orfelinato el palacio comprado por él mismo, cien mil liras y una renta de unas tiendas por 80 liras cada mes.

En Mesina, en los locales del antiguo Monasterio del “Espíritu Santo”, cedido a nosotros por el Ayuntamiento, desde hace 18 años instalé un molino y un horno con energía eléctrica, para la producción de pan de puro trigo. En Mesina y Oria tenemos tipografías dotadas de varias máquinas, incluso zapatería y sastrería para los artesanitos. En Oria instalamos hace poco, por la gracia del Señor, una zapatería con máquina, es decir con 13 máquinas para fabricar zapatos”.

El discurso muy franco había convencido el Prelado que le cedió el convento de Montecalvario y, el 24 de mayo de 1916, se inauguraba el Orfelinato de Altamura para acoger las huérfanas de los soldados muertos en guerra. Y nombró como director el Padre Palma, evitando así su llamada al frente.

Aún antes del terremoto, además, el Padre Aníbal acariciaba la idea de abrir un instituto en Padua como tributo de agradecimiento a san Antonio. La señorita Andreina Battizzocco nunca se había cansado, en su correspondencia, de empujarlo a dar el paso, pero la prudencia le hizo decir: “Esta gracia, san Antonio nos la dará, pero en su tiempo”. Justamente en 1916 el momento parecía haber llegado: el franciscano Padre Bressan, párroco de la iglesia de Arcella, se había dicho dispuesto a ocuparse tanto del obispo como de la compra de un terreno en su parroquia.

En otoño el Padre Bressan había individuado un lote y todo estaba listo para la compra, pero el Nuestro en este momento no quiso seguir de ninguna manera, sino después haber obtenido la autorización del obispo, Mons. Luis Pellizzo.

“Sería una obra buena para las clases pobres – escribió – que entregaría a la Comunidad de las Hijas del Divino Celo, que cuidarían como madres los niños y las niñas y las chicas, y más de la ayuda y socorro material y de la enseñanza de los oficios, se preocuparían de instruir los alumnos en la Doctrina Cristiana, para dirigirlos hacia la piedad, para acercarlos a los Sacramentos y para ayudar así en Arcella la obra del diligente párroco Bressan y de sus hermanos, que se cansan tanto para el bien del místico rebaño, bastante numeroso, confiado a ellos”.

En la parte final de la misma carta tuvo la autorización: “Bendiciendo autorizamos con ánimo agradecido y con felicitación. + Luis Pellizzo”. Se siguió con la compra y se Pellizzo dio comienzo al trabajo de las fábricas.

El mismo Obispo, después de poco tiempo, le avanzaba la petición de unas monjas para el nuevo hospital militar que estaba a punto de ser abierto en Padua: habrían tenido que ocuparse del ropero, de la cocina y de la enfermería.

Así, acompañadas por el Padre Palma, el 31 de mayo de 1917 llegaron a Padua ocho Hijas del Divino Celo y tomaron servicio en el Hospital militar “Belzoni”.

El Padre Aníbal, como hacía por los Rogacionistas en el frente, empezó a asistir espiritualmente estas hijas suyas con frecuentes cartas.

“Grande es la empresa que os fue asignada – escribió una vez -, bastante ancho el campo y nuevo. Pero conocéis todas las que son nuestras armas: la oración, la recta intención, el espíritu de sacrificio, el ejercicio de la caridad y de la buena observancia de las Reglas religiosas entre vosotras”.

Los alientos se traducían en laboriosidad y buen ejemplo, y él obtuvo grandes satisfacciones de este grupo de hijas espirituales.

Después la derrota de Caporetto, el hospital “Belzoni” fue transferido a Florencia y el personal dejado libre. Así, después de esta experiencia, las Hijas del Divino Celo volvieron a las respectivas Casas de pertenencia.

Mientras tanto, el instituto en Padua había sido terminado, pero todavía no inaugurado. Por un lado, fue una suerte porque por lo menos no se lloraron víctimas: un racimo de bombas lo destruyó completamente.

Desafortunadamente, por varias circunstancias, el Padre Aníbal no logró verlo terminado, porque la actividad de edificación recomenzó sólo en 1949.

XXVII

La guerra como monstruo cruel destruía las generaciones y cuanto más las destruía, tanto más las reclamaba. Después de la derrota de Caporetto fueron llamadas a las armas las clases más jóvenes: ¡incluso la de 1899!

“Y el '99 tiene una mala suerte / los quitan a la niñera / y los mandan hacia la muerte”, decía una canción.

De los jóvenes hijos espirituales del Padre Aníbal algunos fueron llamados en Palermo, otros en otras ciudades.

En el oscilatorio juego de alegrías y dolores, de esperanza y destrucción, llegó improvisa de Palermo la invocación de ayuda por parte de fray Mariano, en aquel tiempo Salvatore Drago.

El Padre Aníbal lo dejó todo y acudió allí.

A las seis de la mañana del 15 de febrero de 1917 escribió esta carta para informar sus colaboradores supervivientes: “¡Queridos Canónigo Vitale y Padre Palma! ¡El Señor nos visitó con Su santa Cruz siempre bendita! ¡Nuestro querido fray Mariano está en grave peligro de quedarse ciego! Contar cómo esto sucedió sería muy largo. Pero, gracias al Señor adorable, se trata de una enfermedad que le envió el Señor adorable, y no ocasionada para exentarse del servicio militar como en Mesina sospechamos cuando nos envió el terrible telegrama: ¡Venga pronto porque estoy ciego! Pero no lo está “completamente” hasta este momento, excepto que haya empeorado esta noche.

¡El ojo izquierdo está completamente destruido! Del derecho conservaba todavía hasta la tarde de ayer la mitad de la vista: me vio a mí con el sombrero en la cabeza y con otros detalles. ¿Cómo llegó este fuego? ¡Sería larga la historia de la tremenda indiferencia y absoluta falta de caridad que reina hoy en los corazones! ¡Un mal pequeño que descuidaron desde su comienzo, para luego dejarlo entre aquellos centenares de infelices, afectados por conjuntivitis purulenta progresiva muy contagiosa, que corren hacia la ceguera! ¡Y el muy querido hijo lo oye todo y se entera de su grave situación!

Entre el llanto de una continua conmoción para no agravar el ojo, ¡ruega y sufre tremendamente en el alma y en el cuerpo! ¡Pero él es realmente un ángel! ¡Así lo encontré! Desea ya no toda la vista, ¡sino por los menos la mitad de la vista de un ojo a costa de sufrir cualquiera operación!

¡Tuvo un gran consuelo por mi llegada, pero yo jamás me vine tan traspasado! ¡Saber de la muerte de un joven en la frontera no es el máximo de los dolores, como creíamos! ¡Perder la vista con 25 años para vivir muerto otros cuarenta o cincuenta años, esto es más terrible!

¡Por cierto que nosotros por la gracia del Señor somos cristianos y Ministros suyos, siempre alabamos y bendecimos la Voluntad muy adorable de Dios, pero Él no prohíbe al sagrado amor paterno que sentimos por nuestros hijos queridos en Jesucristo implorando gracia, gracia!

Mientras tanto, estoy buscando, junto con el buen Padre Juan Messina que se muestra disponible para todo, el despido de fray Mariano para conducirlo a Mesina y hacerlo curar.

Pero, ¡tenemos que enfrentarnos con una burocracia que nos hace caer los brazos! ¡Recemos, recemos! ¡Telegrafíe a las Casas, a los Monasterios etc. ¡Recemos, recemos con Fe y Amor! ¡Los informaré de todo!”.

En otra carta, escrita en más veces entre el 19 y el 20 de febrero, comunicó las peripecias y las amarguras que en aquellas circunstancias se sumaron al drama.

Sólo sus palabras pueden transmitir la emoción de aquellos días. A las 19,30 del 19 escribió: “Muy queridos Canónigo Vitale y Padre Palma, ¡la triste suerte de nuestro querido y muy aficionado fray Mariano parece ya decidida! Yo, llegado aquí, lo encontré con un poco de vista en el ojo derecho, y el izquierdo todo lleno de podredumbre. Habiéndole dado agua bórica y compresas continuas como los médicos prescriben, el ojo izquierdo se limpió un poco y apareció la pupila como velada, así que él vio un poco la sombra de su misma mano.

Así parecía que se hubiera mejorado, y yo telegrafíé. El día 15 ya no vio por el ojo derecho. Pero en el día siguiente lo encontré en el lavadero un poco más contento diciéndome: ‘Veo mejor, veo mejor’ (y fue justamente el 16 que empezó a ver la sombra de la mano con el ojo izquierdo). Con el derecho distinguía el número de los dedos, me veía a mí, concebíamos esperanzas. El 17 por la mañana lo mismo.

El 17, por la tarde, lo encontré desalentado, y me dijo que le faltaba aquel poco de vista del ojo derecho. El 18 ya no veía casi nada. ¡El 19, esta mañana, oscuridad total! ¡Esta tarde lo mismo!

En el ojo derecho, desde el día 15 por la mañana, apareció una pequeña úlcera cerca de la pupila, la cual se engrandeció de día en día. El párpado derecho está hinchado, rojo y flojo, pero muy hinchado. ¡Este ojo parece que presente un proceso terminado, o bien que vaya terminando!

Encontré esta mañana el médico especialista que trabaja en el Hospital militar, en el momento en que curaba al fray Mariano estando delante de él. Lo interrogué: ¡no me dio ninguna esperanza!

Mientras tanto, los médicos imputan a todos estos pobres infelices (hay 200 o más) de haberse ellos mismos causado la terrible enfermedad, y el sobredicho especialista me dijo lo mismo sobre fray Mariano, añadiendo: ‘él lo niega’.

Yo protesté, le aseguré que no era así, etc. Pero fue inútil y el médico añadió: ‘también mis colegas que lo han visitado han constatado lo mismo’.

Yo seguí protestando.

Había antes interrogado a nuestro querido fray Mariano. ¡Él con la máxima certeza me aseguró siempre que nunca, nunca, pensó algo parecido! ¡Me dijo también que muchos lo hacen, pero él se había guardado de esto con horror y miedo! Me dijo que siempre protestó contra los médicos, pero estos nunca quisieron creerle, y él ahora los deja decir. ¡Es muy doloroso que entre los que pude más o menos conocer en mis frecuentes visitas en el hospital, el más afectado parece ser, fatalmente, nuestro querido fray Mariano! ¡Muchos y muchos los he visto mejorar, ver (y por cierto me alegré por esto), pero nuestro querido hijo siempre empeoró hasta perder totalmente la vista!

¡Tuvo un vislumbre de mejoría y luego cayó en las tinieblas! ¡Tuvo graves abatimientos morales, como también yo!

Lo conforté lo que pude, le llevé toda clase de cosas necesarias, agua bórica, tela, algodón, desinfectante, pañuelos finísimos, huevos cuyo blanco pone sobre los párpados, etc. etc. ¡Él no deja de agradecer!

¡Telegrafíé a casi todas nuestras Casas, a los Monasterios, a las Siervas de Dios! Supliqué el Corazón adorable de Jesús, la Madre Santísima, los Ángeles, los Santos, san Antonio de Padua, las Almas Santas del Purgatorio, la hermana Teresa del Niño Jesús, Melania... tuve el agua de la Salette, se la puse... lo marqué con el Nombre Santísimo de Jesús como

prescribe san Vicente Ferrer... pero la noche, en pleno día, sobrevino: ¡sus ojos se cerraron en las tinieblas para igual abrirse a la luz eterna!

¡Sin embargo, la última que se pierde es la esperanza! ¿Podría humanamente ser que acabando esta terrible enfermedad le quedaría un vislumbre de luz? ¡Él desea aún sólo un resquicio para moverse, y nada más!

¡Si se tiene que quedar enterrado en las tinieblas quién sabe por cuántos años, dijo que prefiere ciento veces morir! ¡Con todo esto no le falta la resignación cristiana! ¡Enterrado en la noche tan precoz, él casi instintivamente siente la necesidad de acurrucarse en la dura cama que le ha sido dada, y quedarse solo!

Pero las muchas oraciones que se hacen para él, pobre hijo, le atraen la mirada misericordiosa del Señor, que esta tarde, con amor, de golpe le infundió tanta tranquilidad interior, que cuando lo dejé, o mejor él me alejó, escuché como si se estuviera quejando. No sabiendo lo que fuera, me acerqué y le pregunté qué tenía. Quieto y tranquilo me contestó: ‘¡Sangre del primer mártir’!!...’.

Horas 6 de la mañana del 20 de febrero:

“Ahora lo que importa es que él desea ardientemente ser quitado del hospital para ser llevado a Mesina, tanto porque en el hospital con 200 de estos enfermos, el contagio se reproduce de manera permanente, como también porque faltan los servicios y los medios que la tremenda situación requiere, y porque, si pudiera existir algún hilo de esperanza para salvar un mínimo residuo de vista, ¡hace falta intentar todos los medios antes de que desaparezca!

Llegué a Palermo el 13 de este mes, martes, y tenía buenas esperanzas... ¡pero son inescrutables los misterios divinos!

Desde hace el 14 empecé las prácticas para la licencia de fray Mariano y, a pesar de la ayuda del Padre Messina, ¡nada concreto se obtuvo por el hospital hasta ahora! Con la excepción de que ayer por la tarde me fue entregada la cita en el hospital militar a las 8 horas, donde Drago Salvatore se llamará, dicen, por el Teniente Coronel, y, verificada la situación gravísima, será despedido por tres meses.

Pero me dijeron también que no me lo entregaran inmediatamente, porque hay otras formalidades: ¡se tiene que presentar a su Regimiento para la licencia, y se cree que pasará otro par de días! ¡Siempre sea bendita la Divina Voluntad!

Voy a celebrar la S. Misa, y veremos que pasará a las 8.

Horas 9 del mismo día 20 (martes).

¡Vuelvo al hospital derrotado y traspasado! ¡No digo por su estado oftálmico, porque no lo he visto, sino por su despido!

Después haber ido de un hospital al otro (hay dos), un teniente envió un mensajero al hospital de fray Mariano que se llama hospital Crispi, para “interrogar” el ayudante del Pabellón: yo seguí el soldado mensajero.

Lo esperaba sentado delante de la puerta del hospital Crispi, cuando un sargento o jefe me alejó.

Esperé fuera, y he aquí que veo el mensajero que corriendo me dice: “no lo encontré, no lo encontré al ayudante, y ya no quiero subir a aquel Pabellón” (es decir por el miedo y terror del contagio) ¡y se escapó al otro hospital!

Lo seguí, entré en el atrio y vi, con un grupo de oficiales, el Teniente Coronel, persona de modales civiles, que me presentó el Padre Messina y del que parece que dependa el despido, como me aseguraron.

Anteriormente le había presentado una petición para nuestro querido, y él había dicho que se ocuparía de la misma: ¡pero no hizo nada, o bien algo peor que nada!

Me acerqué, cuando no había mucha gente, y él se mostró disponible para escucharme; le dije: “Señor coronel, hágame esta caridad, deme a Drago Salvatore, el pobre está casi completamente ciego, ¿quién sabe, llevándolo a Mesina, podría, con curas asiduas, hacerle readquirir un poco de vista! ¡Está en la condición de que tampoco al lavabo (¡que está muy lejos!) puede ir solo (¡y no hay quién lo ayude!) ¡Señor coronel, hágame esta caridad!”. ¡Mi voz era bastante suplicante!

El Teniente Coronel de las simples maneras ceremoniosas pasó a un estado mixto entre la turbación y la compasión, y me contestó que se ocuparía de eso.

“Señor coronel – replicaba yo -, no hay tiempo para perder: ¡de golpe se puede quedar completamente ciego, y ojalá pudiera darle un poco de cura!”.

Otros oficiales presentes dijeron: “Todos éstos serán reformados”.

Yo añadí: “No hablo de reforma, sino, por lo menos, de un mes de licencia”.

El Coronel me contestó, de manera evasiva, que se apresuraría. Me alejé, pero llegó de mis oídos hasta mi corazón una tremenda palabra que el coronel dijo a los otros oficiales, es decir: “Pero, ¡yo me acuerdo de que este Drago Salvatore está entre los denunciados!”

...

¡Denunciados! ¿Qué significa esta tremenda palabra?

Significa que acaso se decidió (e igual con deliberación superior, pero ¡nada cierto se conoce en este abismo burocrático!) que aquellos que fueron denunciados por los médicos por haberse ellos mismos provocados la enfermedad en los ojos, no pueden ser despedidos: su destino se tiene que cumplir en el mismo hospital, o se curan o se quedan ciegos, y ¡en el primer o en el otro caso, serán después ‘juzgados’ y ‘condenados’ a una detención de no sé cuánto tiempo, pero igual menor en el 2º caso!

Ahora bien, el médico de cabecera que habló conmigo ayer, comprobaba el hecho del delito ‘supuesto’ del Drago, con tanta obstinación, incluso delante de mis más anchas protestas y declaraciones, ¡que hay para llorar sobre la inocencia culpada tan injustamente!

Nuestro querido hijo me aseguró con tales términos que no puede estar claro tal vez a los médicos, o bien no sé a quién conviene culpar a todos para justificar que se curan tan pocos, y cubrir así el abandono, o casi abandono, allí donde se encuentran, porque, aunque haya terapias ‘comunes’, ‘oficiales’, ¡faltan las ‘personales’, que pueden influir tanto en casos semejantes!

Entonces la tremenda palabra del Teniente Coronel quisiera decir: el médico denunció con la más indiscutible certeza a Drago como autor de su mal para no servir la Patria, por eso él no puede ser entregado a los que lo requieren; después de que será declarado ciego (¿después de cuándo?) será procesado y condenado ‘como traidor de la patria’.

Mis muy queridos Canónigo Vitale y Padre Palma, ¡esta es la tremenda inesperada tribulación con la que nuestro adorable Señor Jesucristo quiso visitarnos! Éste es el Cáliz que nos es dado para beber.

Mientras tanto, ¡me encuentro absolutamente suspendido en el aire! Dejé Mesina plantada, asuntos importantísimos: ¡alguien con plazos perentorios! ¡De aquí no puedo moverme porque el pobre hijo siempre espera que yo otorgue su rescisión!... y llevármelo a Mesina para intentar hacerle adquirir una pizca de vista! ¡No tengo corazón para abandonarlo!

Estoy en la pensión: ¡voy dos veces al día a él para ayudarlo! Ayer me hizo entregar telas, pañuelos, llenos de pus, los puse en el sublimado, los limpié ayer por la tarde, esta mañana tengo que llevárselos. Uso todas las cautelas para no contagiarme. Pero, ¿por cuánto tiempo tendré que quedarme en Palermo?

¿Cuánto va a durar esta doble agonía?...

¡Cuánto Vos queréis, oh Jesús!

¡Hoy, martes, octavo día que llegué aquí invocando San Antonio, circunstancias más agravadas! Parece que el Señor diga: “¡Soy yo que te llamo!”.

Al final lo consiguió: se le entregó el joven y se lo llevó a Mesina. El 28 de febrero se esperaba todavía que le quedaría un vislumbre de vista.

“¡La suerte del pobre y muy querido fray Mariano no parece mejorar! Él se encuentra en Mesina, junto con nosotros, en la cama, bajo cura, rodeado de atenciones y cariño. ¡Los doctores especialistas de Palermo y de Mesina declararon el ojo izquierdo ‘apagado’ irremediablemente! ¡El derecho casi lo mismo, con la excepción de que esperan, a través curas muy asiduas, salvarle un poco de vista, lo que bastaría para no ser conducido con la mano, sino para actuar por sí mismo las costumbres de la vida! ¡Qué víctima de la tremenda farsa europea y mundial!”.

En aquel momento el Padre Aníbal pensó moverse de Mesina tanto para buscar otras posibilidades de curación, como también para solucionar varias necesidades de las Casas del continente, pero viajar era peligroso, y aún más peligroso cruzar el Estrecho: se había difundido la voz de que al ferry le había sido disparado un torpedo que lo evitó por poco. Hubo una interpelación al Parlamento para estudiar los medios sobre cómo “¡hacer volver segura la navegación en el Estrecho!”; según lo que refería el *Giornale di Sicilia*.

El Ministro de la Guerra había propuesto hacer acompañar los ferris por dos cazatorpederos... en el acto práctico, a cada pasajero se le entregaría un salvavidas y así, en caso de ataque con torpedos o de minas flotantes, ¡habría podido echarse al mar!

“En esta situación – había escrito el Padre Aníbal a los colaboradores – yo de verdad tengo miedo de cruzar el canal. Más bien quisiera que todos y todas nos quedemos donde nos encontramos”.

XXVIII

Al azote de la guerra en septiembre-octubre de 1908 se añadió la epidemia llamada “española”: en las Comunidades femeninas hubo muchas víctimas, mientras que, en las filas ya diezmadas de los Rogacionistas, hubo solo dos decesos.

Terminada la guerra, con el regreso de los supervivientes, el Padre Aníbal trató de organizar la Congregación masculina. Encargó al Padre Vitale de poner en marcha un Aspirantado en Mesina, y de ocuparse de la formación de aquellos clérigos que, por los acontecimientos bélicos, habían tenido que suspender su camino hacia el sacerdocio: fray Serafín, fray Teodoro, fray Juan Evangelista y, además, fray Carmelo, fray Lucas, fray Redento, a los que se iban añadiendo muchos más. La Congregación así iba asumiendo un carácter clerical.

El deseo de recuperar el tiempo perdido, el entusiasmo en la perspectiva del renacimiento, la conciencia que la “familia” – excepto los muertos y unas cuantas ‘deserciones’- había vuelto a reunirse después de la prueba, la habían hecho más compacta. Además, la consideraban con ojos más maduros, diferentes, y la veían crecida de repente.

Contando las casas masculinas y femeninas, la Congregación, apenas una década después de las terribles pruebas del terremoto y de la guerra, había alcanzado el respetable número de once: las dos de Mesina (barrio Aviñón y “Espíritu Santo”), Taormina, Giardini, San Pier Niceto, Sant’Eufemia de Aspromonte, las dos de Oria (“San Pascual” y “San Benedicto”) y, además, Francavilla Fontana, Altamura, Trani... Una única gran “familia”, bajo la mirada y guía del Padre Aníbal, animador de todo y de todos, juez inapelable en cada asunto o controversia.

El trabajo desarrollado, también durante la guerra, por las Secretarías Antonianas bajo la guía del Padre Pantaleón Palma, había sido proficuo. Había ya un vínculo estable con los bienhechores y devotos de San Antonio para con los huérfanos, por medio del órgano mensual *Dios y el Prójimo*...

Todo ese fermento, sin embargo, según el Padre Aníbal habría sido menos eficaz para el alma de todos y para la Obra si no hubieran considerado un libro, que un día señaló a todos con claridad durante una celebración eucarística: “Hay un libro, hijos míos – dijo – en el que pueden leer y aprender los doctos y los ignorantes, los grandes y los pequeños, los justos y los pecadores.

Es un libro abierto para todos, en el que todo el mundo puede aprender la sublime Teología de los atributos de Dios, de su poder, de su misericordia, de su justicia, de su caridad: un libro en el que, con caracteres de sangre, pero de una sangre no terrena, está escrito y explicado el misterio del Amor eterno de Dios para con los hombres.

Este libro es una escuela de sabiduría y ciencia divina y con él se han formado los más grandes Santos de la Iglesia, y sin él es imposible comprender y practicar ninguna virtud. ¿Qué libro de todas las ciencias y de cada sabiduría es este que está en cielo y en tierra?

¡El Crucifijo!

¡Jesucristo clavado en la cruz!”.

Había así revelado con que libro se había formado, y señalado lo que quería que fuera su herencia espiritual. Amarlo, hacerlo conocer, había sido el objetivo de toda su vida. De hecho, aceptaba ser retratado sólo si llevaba un Crucifijo en las manos o al menos cerca de un Crucifijo.

Cuando escribió el prólogo de *Trabajos de Nuestro Señor Jesucristo* del agustino Tomás de Jesús, desveló también su alimento diario: “Perseverar en la meditación diaria de Jesús que sufre, aunque sea sólo por veinte minutos cada día, y no crecer en el divino amor, en detestar el pecado, en la virtud interior, es imposible”.

Cuando alguien se quejaba por un sufrimiento, he aquí que lo exhortaba a aceptarlo y unirlo a los de Jesús. Y cuando llegó el momento de redactar las Constituciones escribió: “Los Rogacionistas, teniendo en cuenta el Crucifijo, recordarán que su vida no es vida de disfrute terrenal, sino de sacrificio”.

Durante un recreo, el Padre Aníbal había visto un grupo de clérigos que discutían con mucho fervor. Intrigado se había acercado, pero ellos estaban tan concentrados que no se habían dado cuenta de su presencia.

Algunos sostenían que el Padre Aníbal era un gran poeta, del que se habrían dado cuenta de verdad sólo después de su muerte, y se hacían fuertes de lo que les había contado el Padre Vitale, que siempre lo acompañaba cuando iba a visitar al poeta Tomás Cannizzaro. Otros, en cambio, que él era sólo un letrado capaz de componer buenos versos...

Notoriamente, Cannizzaro se profesaba libre pensador, ateo, pero había dejado que sus hijas tuvieran una educación católica, demostrándose un espíritu libre, abierto y tolerante. El Padre Aníbal sentía para él una gran admiración, correspondida por el poeta. Por lo tanto, a veces, se encontraban para dejarse ir en grandes disquisiciones literarias que, sin falta, acababan tocando problemas religiosos y teológicos. O bien, el poeta le leía sus versos para obtener un juicio, y después quería escuchar los de él, todos de materia religiosa.

Un día Cannizzaro quiso leerle un poema juvenil en honor de la Virgen, subrayando que lo había escrito en comisión; después, como para querer abrir un certamen poético, dijo:

El humano saber es como polvo que el viento
Un instante levanta y se lleva,
Deslumbramiento que nacido apenas ya es apagado.

Si mi conciencia puede intervenir
Sólo te dirá, ni quiere decir más,
Esto: *Hoc solum scio, me nihil scire*
(sólo esto sé, que no sé).

Había dictado de esa manera sea el metro que la rima. El Padre Aníbal, dando a entender una sonrisa, le respondió:

Quisiera que como impetuoso viento
El Eterno Aliento te golpeará, y fuera
¡Se abriera el rayo de la fe apagado!

Ah, no quiero contigo intervenir
Te amo y te digo que mi corazón quiere
¡Que tú puedas *Jesum Cristum scire!*
(conocer a Jesucristo).

El poeta lo felicitó por el listo ingenio. El Padre Aníbal se disculpó y le pidió permiso para cambiar la métrica y presentarle un deseo. A la señal de aprobación, le dijo:

Sublimes altezas a Él se postraron
Como a Dios cada soberbia infringió:
Nuestras culpas por Él se perdonaron.

Llora conmigo señor, con voz humilde,
Y tu ojo, que muchas veces lloró,
¡Ilumine el fulgor de su Cruz!

Era una de las muchas veces que los dos ingenios se extasiaban en la belleza del pensamiento y de la métrica, pero el Padre Aníbal era sacerdote y creyente, y nunca dejaba de rezar por su amigo que amaba como sí mismo, para que la fe pudiera un día iluminarlo. En el momento de la muerte, en 1921, Cannizzaro pidió los Sacramentos.

Interviniendo en la discusión de los clérigos, el Padre Aníbal había dicho: “Claro, después de muertos siempre somos más grandes o más pequeños”.

La agudeza no logró distraerlos de la discusión, por el contrario, en todos se encendió un repentino deseo que bastó una mirada para confirmarlo: preguntar directamente a él cómo se veía como poeta.

El Padre Aníbal sonrió y, como siempre, quiso en seguida dejar claro su pensamiento: “sin duda, no tendría sin que juzgarlo yo”, dijo, “pero como vosotros me preguntasteis qué me considero, sin falsa modestia, os digo que escribí muchas composiciones en poesía cuando era joven, porque sentía la inspiración y, además, aquel íntimo e indefinido sentimiento del bello, puro y dulce amor de todo lo que es bueno y santo. Acontece que lo que se siente con un poco de poesía, uno quiere exteriorizarlo en aquellas formas poéticas que reflejan el sentimiento interior.

Sin embargo, estuve tan lejos de creerme verdaderamente un poeta, un letrado, que casi todas mis composiciones fueran por mí abandonadas y dispersas. Habiéndome después modestamente dedicado a las Obras, se me quitó no poco tiempo para los estudios literarios, pero siempre mantuve el gusto por el verso. Por eso estáis todos equivocados: yo no me siento ni poeta ni un letrado versificador”. Y leyendo en sus ojos la sorpresa, dio en una buena risa.

En realidad, el Padre Aníbal había puesto la pluma y la inspiración al completo servicio de su apostolado, pero nunca había dejado de mirar al panorama literario italiano. Su competencia métrica y el gusto poético lo empujaron, de hecho, más de una vez, a hacer observaciones puntuales sobre Josué Carducci. Sin embargo, eran breves paréntesis y pequeñas chispas de aquellos intereses que había dejado para abrazar completamente su vocación. Su poesía, por lo tanto, y sus versos, realmente correctos métricamente, no eran destinados a competiciones poéticas o literarias, sino que eran sólo un instrumento para emocionar los ánimos a la piedad, y no pocos eran puestos en música y cantados para las varias fiestas y ceremonias, en la iglesia y en procesión.

XXIX

En sus muchas actividades, el Padre Aníbal cultivaba una ansiedad peculiar: la de corresponder lo más posible al mandato de Jesús: “la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rogad (=Rogate) pues al Señor de la mies que envíe trabajadores a su mies” (Mt 9, 37-38; Lc 10, 2).

Totalmente consciente de esta ardiente ansiedad de llamar la atención de todo el mundo cristiano sobre este tema, escribió de sí mismo: “Fue tan penetrado por la necesidad de esta oración para la Iglesia de tener muchos y dignos trabajadores y de la eficacia del remedio evangélico para implorarlos que, para actuarlo, movió cielos y tierra”. Y, con un toque de humildad, había añadido, en términos inequívocos: “Se dedicó a eso o por celo o por obsesión, o por el uno y la otra juntos”.

En la alegre previsión de los frutos de salvación provenientes de la obediencia al mandato del Señor, había cantado:

Soñé, soñé, en el éxtasis amoroso,
Campos fecundos e intrépidos obreros,
Ceñidos con estola radiosa
Valientes y fervientes por divino celo
Recoger en los graneros
Espigas es su sazón,
Almas a millares, y enviarlas al Cielo.

Sus intervenciones fueron, pues, múltiples: nunca perdía una oportunidad para escribirlo, predicarlo, propagarlo. El divino mandato de Jesús fue, finalmente, el uniforme, el ideal, el programa que caracterizó toda su vida y su actividad caritativa para con el prójimo. Y supo adaptarlo bien a los muchos momentos de su existencia, como aquel día en el Orfanato de Taormina. Taormina, lo sabemos, era un lugar popular no sólo por las antigüedades, sino también por el clima templado y por sus panoramas hermosos, y por esto iban allá para pasar el invierno familias imperiales y reales, personas notables y ricas. Era el 12 de abril de 1905 cuando la emperatriz de Alemania, Victoria Augusta, en visita con su marido Guillermo II, por la tarde había ido con sus hijos al Orfanato Antoniano Femenino. Aquí fue acogida por el Padre Aníbal y la Hijas del Divino Cielo.

La soberana había admirado los trabajos de bordado de las huérfanas, y había comprado los más bellos a un precio de 500 liras. Se había entretenido hablando, en francés, con el Padre Aníbal, que la había acompañado en una visita cuidadosa de los ambientes destinados a las huérfanas.

La emperatriz había quedado impresionada por la forma con que aquel hombre estaba siempre rodeado por algunas niñas así que parecía una clueta. Dos, en particular, querían ser cogidas de la mano y cuando la soberana las miraba repetían: “¿Lo sabe señora que este es nuestro padre?”. Ella, como no conocía el italiano, no entendía. Sin embargo, había notado que cada vez que decían esta frase el sacerdote las acariciaba en la cabecita, y por eso quiso saber de qué se trataba.

El Padre Aníbal, un poco vergonzoso, contestó que aquella expresión estaba ligada a una anécdota, pero no quería aburrir a su majestad.

“¡No se preocupe! Cuéntela brevemente”, lo solicitó con gracia la soberana.

El Padre le expuso que aquellas dos hermanas habían sufrido el peso de su desgracia. Dolor que se renovaba sobre todo durante las fiestas, cuando los familiares visitaban las niñas y les llevaban unos regalitos: aquellas dos pobrecitas nunca eran llamadas a los locutorios, ni recibían regalos, porque no tenían a nadie.

En ocasión de una fiesta se había encontrado en el Orfanato y había notado ese malestar, así que, a través de la Directora, les había hecho llegar un paquete, con la invitación: “vuestro padre os espera en el locutorio”.

Las dos niñas volaron hacia la pequeña sala y lo habían encontrado él para acogerlas.

Como estaban tan asombradas que no podían hablar, les había exhortado: “Pues ¿acaso no soy yo vuestro padre?”.

“Desde aquel momento”, había concluido el Padre Aníbal, “cuando vengo en este Orfanato siempre quieren estar a mi alrededor como dos pollitos.

La emperatriz se quedó complacida y las acarició diciendo, en un italiano muy desmedrado: “Sí ¡éste es vuestro padre!”. Con la soberana no podían faltar los periodistas: dos, corresponsales de cabeceras filo católicas, pidieron al Padre poderlo encontrar el día siguiente para una entrevista.

El día siguiente, considerado el maravilloso día primaveral, los dos periodistas expresaron su deseo de hablar con él en el claustro. El primero inmediatamente le hizo una pregunta crucial: “¿Cuál es, para usted, la mayor aflicción que afecta hoy la Iglesia?”.

El Padre Aníbal lo miró intensamente, y sin titubear contestó: “Es la escasez a que la tristeza de los tiempos redujo el clero. Hoy también, así como un día por las calles de Palestina, Jesús hace oír su gemido doloroso: la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos. Si me lo permitís puedo seguir diciendo que, cuando Nuestro Señor Jesucristo así hablaba, consideraba todos los siglos, todas las ciudades, todos los pueblos, todas las regiones del mundo hasta el final de los siglos, y de todos deploraba en su corazón la escasez, en determinados tiempos más o menos grave, de trabajadores evangélicos. Ahora, si miramos hacia nuestros míseros tiempos, no podemos no participar en las penas del Corazón adorable de Jesús, viendo la penuria de sacerdotes: la Iglesia está depauperada, las almas perecen, la desolación predicha por el profeta Daniel se extiende con mucho afán de los Pastores de la Iglesia, que ven sus diócesis faltas de sacerdotes y a menudo quedarse privados del cura muchos pueblos de campaña, además de muchas insuficiencias en las ciudades.

Un obispo me escribió que tiene 42 parroquias de campaña sin cura. El que más, el que menos, muchos obispos se quejan de esto. ¿Qué pasa con esas pobres almas? Sin duda, en los mismos pueblos en que lamentamos la falta de ministros de Dios hay chicos que, si fueran cultivados en la piedad y en el amor de Dios, de pronto brotaría en ellos la vocación eclesial. Pero esto no pasa, sea porque no hay sacerdote, sea porque creciendo en los años se apaga el germen de piedad que el Señor había infundido en ellos y que no fue cultivado; porque el deseo de una rápida ganancia, el miedo al sacrificio... Diversos, entonces, son los motivos por los que un gran número de chicos, que podrían hacerse santos sacerdotes, se queda en el medio del siglo.

Las vocaciones, como las gracias, deben bajar desde arriba y si no se reza, si no se ejecuta el mandato de Jesucristo: rogad el Señor de la mies que envíe obreros a su mies, las vocaciones no bajan desde arriba y los abundantes efectos de muchas fatigas y cultura no se consiguen. Insisto, pues, en decir que el único remedio es la oración, no usarlo significa desconocerlo, significa, finalmente, no tener buenas vocaciones”.

El segundo periodista, en este momento, intervino: “Me parece, Padre, que ha hecho un buen examen del problema. Quisiera que con igual claridad expusiera la que me parece

una dificultad: si la mies es propiedad de Dios ¿por qué tenemos que rezar nosotros para obtener los trabajadores?”.

“Creo que es una pregunta muy importante”, retomó el Padre Aníbal. Sin embargo, el llanto insistente de una niña del orfelinato capturó su atención. “Perdónenme, hace falta que vaya a ver porque esa hijita llora de esta manera”, y se alejó.

Después de un rato, los dos sintieron que el llanto se había parado y lo vieron aparecer cogido de la mano con una niña de tres añitos con los ojos rojos y que, de vez en cuando, aún sollozaba. El Padre Aníbal, dándole toda su atención, la llevaba por el claustro y le decía: “Pobrecita, no quiere beber la leche ahora, la beberá más tarde, ahora demos un paseo, pobre hija mía, la hicieron llorar... ¡la pequeñita!”

Poco a poco la niñita se calmó por completo y sonreía de nuevo.

“Ahora vamos a beber la leche, ¿cierto?”, le había preguntado y, después su consentimiento, la acompañó donde la monja.

“Perdónenme”, dijo volviendo a los periodistas, y retomando el discurso como si no hubiera pasado nada: “Contesto a la pregunta que, por lo que entendí, le crea dificultad: ¿porque rezar si es Él el dueño de la mies que necesita obreros?

Todo lo que Dios decretó hacer para nuestra salvación, decretó hacerlo por medio de nuestra oración; y, por un misterio inefable, la voluntad omnipotente de Dios necesita, para realizarse, ser ayudada por la débil voluntad del hombre. Dios mismo no puede recoger la mies de las almas, o sea, no puede salvarlas si no rezan, si no quieren rezar. Además, es preciso rezar el dueño de la mies no porque es su utilidad si envía obreros a su mies y si ellos recogen una mies abundante; la utilidad es exclusivamente nuestra, de los hombres, de los que tenemos que solicitar y promover mutuamente, con la oración a Dios, la salvación.

Si reflexionamos vemos que se hacen oraciones para la lluvia, para las buenas cosechas, para la liberación de los castigos divinos, y para cien otros temas humanos, y ¿podemos acaso dejar rogar al Dios Soberano que envíe buenos trabajadores evangélicos a su mies? Si, es cierto, es Dios que tiene que solicitar a sus ministros, que tiene que enviar desde el cielo las santas vocaciones, pero Él quiere ser rezado. El Rogate, entonces, contiene más que una exhortación, es un mandato de Nuestro Señor Jesucristo dirigido a todos los cristianos y en particular a los sacerdotes. Esa palabra de la Sabiduría encarnada contiene un secreto de salvación para la Iglesia y para la sociedad.”

“Sabemos”, intervino el primer periodista, “que dentro de pocos meses participará al Congreso Eucarístico Internacional de Roma. ¿De qué va a hablar? ¿Lo puede anticipar?”

“Si, es cierto, hablaré en representación del arzobispo de Mesina Monseñor Letterio D’Arrigo. ¿El tema? Eucaristía y Sacerdocio. Como pueden imaginar, señalaré el mandato de Jesús de rezar para las vocaciones. Lo sé, es una obstinación mía, pero ¿cómo puede ser concebida una obra de fe y caridad en la tierra sin el sacerdocio? ¿Acaso no es esta la sal de la tierra y la luz del mundo? ¿Acaso no son los sacerdotes los nuevos Cristos, enviados por Jesús en el mundo como Él mismo fue enviado por el Padre? ¿Puede existir la Eucaristía sin sacerdocio?”

Hablaron de muchas otras cosas y, cuando estaban a punto de despedirse, el Padre Aníbal quiso añadir una cosa más: “Estarán de acuerdo conmigo”, dijo, “che el trabajo de los Seminarios y de las Escuelas Apostólicas es absolutamente incompleto si a los esfuerzos de los que las atienden, y a las contribuciones, también las más abundantes, no sigue y acompaña una infatigable, constante, general oración, en perfecta obediencia a aquel divino Rogate, a aquel mandato dado por Nuestro Señor Jesucristo. Todos los esfuerzos para conseguir sacerdotes y misioneros, sin la oración, se reducen a una cultura artificial

de ministros del Santuario. Sin oración sólo se preparan fracasos, porque las vocaciones verdaderas y poderosas no son obra humana sino divina, son fruto más de la oración que del trabajo y de los medios materiales”.

XXX

Cualquier cosa hiciera, el Padre Aníbal tenía una idea fija: fray Mariano. Poder hacerle recuperar hasta sólo parcialmente la vista de un ojo para hacerlo independiente, constituía para él el espejismo por el que nada dejó inexplorado. Tras consultar diversos especialistas, finalmente se convenció de que el luminar del momento en oftalmología estuviera en Nápoles: el doctor Cirincioni. Se lo llevó. Después de examinarlo con cuidado, el especialista le dijo con compasión: “Hijo, ¡no tengas confianza en los hombres, sino sólo en Dios!”

Era una respuesta muy elocuente sobre lo que podía hacer la ciencia.

Intentando los caminos humanos, el Padre Aníbal no había dejado de confiar que lo curaría la Santa Virgen, o algún servo del Señor que habría logrado esta gracia por el Corazón de Jesús.

Luisa Piccarreta, una santa mujer de Corato, de que el Padre Aníbal había imprimido en más ediciones las meditaciones sobre el *Reloj de la Pasión*, le daba ánimos diciendo que el Señor no lo habría privado de la vista: “donde termina la esperanza, allí empieza”. Otro estímulo lo obtenía por el sacerdote Eustaquio Montemurro que le decía llevar a fray Mariano a Pompeya “a los pies de la Milagrosa Imagen”. Finalmente, había también, el Padre Pío de Pietralcina, cuya fama atraía muchedumbres.

A principios de julio de 1919, el Padre Aníbal quiso intentar otra posibilidad. “Llegado en Trani – comentó al Padre Vitale – con nuestro querido fray Mariano, me apuré en ir yo solo a San Giovanni Rotondo para ver la situación.

Fui a Foggia y busqué un coche para seguir. El pueblo dista 40 kilómetros de Foggia y está en el Gargano. Fue imposible encontrar una plaza: la multitud que llega de diferentes ciudades de Italia para ir donde el Padre Pío es considerable. No se pueden ni siquiera acaparar las plazas para el coche. Dentro de poco colocaran otros dos coches, entre ellos un camión con 40 asientos.

Intenté ir en carroza, pero me pidieron 120 liras; me junté, pues, con otros cinco pasajeros y se pagó 28 liras cada uno, ida y vuelta. El viaje, no muy cómodo, duró desde las cuatro y cuarto de la tarde a las nueve y cuarto horas. Me alojé en una especie de posada en planta baja. Esto fue el viernes (4 de julio), día del Corazón de Jesús. El día siguiente, fui al Convento que dista una media hora del pueblo y celebré la Misa en aquella Iglesia.

El Padre Pío suele bajar a las ocho de la mañana, hora astronómica, y confiesa los hombres hasta el mediodía. No confiesa mujeres. A mediodía celebra. El concurso de gente es tan extraordinario que, para mantener el orden, hay un servicio de 6 carabineros. Aquel día de sábado el Padre Pío no bajó como de costumbre.

Estaba en la cama desde las vísperas del viernes con sufrimientos místicos y corporales; tenía una fiebre altísima. Pero a mediodía hizo un gran esfuerzo y bajó a la sacristía, para celebrar la Santa Misa. Los carabineros hicieron vaciar el presbiterio que estaba lleno de gente. Yo con otros sacerdotes me quedé en la sacristía porque con los sacerdotes no hay rigor y les dan libre acceso, y todo el mundo los favorecen. Esto sólo es posible cuando el Padre Pío bajó, porque nadie puede acercarse al Convento, y nadie puede entrar en la celda.

Yo, por lo tanto, lo encontré en la sacristía en cuanto bajó. Es un joven de 32 años más o menos, de estatura bastante alto, delgado, pálido, pero con un aspecto angélico, seráfico, humilde y ensimismado, parece que sea hombre de oración y padecimientos.

Hay que saber que tiene estigmas, no escondidas, sino visibles, evidentes, bastante grandes, cuyo rojo resalta en sus manos blancas diáfanas. Normalmente lleva pequeños guantes negros, pero cuando celebra, las manos están desnudas y en el ‘Dominus Vobiscum’ el numeroso público que asiste se estremece por la admiración y la devota sorpresa. Mientras se vestía para la Misa yo le susurré: ‘Padre le he aplicado diez divinas Misas’.

Se impresionó en seguida y me agradeció fuertemente. Cada día celebra con el canto porque dicen que tiene una voz maravillosa. Aquel día los Padres le impidieron cantar porque estaba abatido. Terminada la Santa Misa fui con él a la sacristía, es decir, depuso la vestidura en el mismo altar en lugar del último Evangelio y corrió para subir al Convento.

Yo, junto con otro sacerdote, lo acompañe por un trecho. Él me dijo: ‘Voy a acostarme porque no puedo quedarme en pie’.

Yo me encomendé a él y él, sonriendo, me dijo como para despedirse: ‘Muchas cosas buenas, muchas cosas buenas’.

Esta fue la primera rápida visión del Padre Pío.

Hay que formarse una idea sobre los caminos que la Divina Providencia tiene para hacerle actuar o no actuar las gracias milagrosas. Por ejemplo, muchos enfermos, lisiados, sordomudos, etc., vienen de países lejanos, pero no se pueden acercar a él. A veces para encontrarlo hay que esperar tres, cuatro, cinco días, porque los carabineros llevan la lista de los nombres y llaman según el turno. Pero los sacerdotes, que no son muchos, son siempre favorecidos. Además, los que llegan a acercarse a él, me pareció por dos hechos que acontecieron, no los compensan con la gracia que desean. La mayoría, como están acampados al aire libre bajo el Convento, incluso de noche con tiendas, al no poder esperar su turno, se van con la esperanza de que bendecidos por él (que después la Santa Misa bendice a todos en la Iglesia) puedan recuperarse en su propia casa, como se cuenta en algunos ejemplos.

El mismo sábado a las 4 horas de la tarde me fui para Foggia donde pasé la noche. La mañana del domingo estuve en Trani, donde celebré.

Vamos a ver ahora nuestro caso, es decir, el caso de fray Mariano.

Estudiada la situación, hemos tomado la resolución, si el buen Jesús quiere, de salir mañana, 7 de julio, a las nueve horas, junto con fray Mariano y con Vizzari, para Foggia, donde a mediodía de la hora legal nos espera una carroza de un cochero nuestro de Trani, para llevarnos a San Giovanni Rotondo.

Intentaremos quedar en San Giovanni Rotondo hasta acertar el resultado, positivo o negativo.

¡Para mí ir allá y ponernos delante es ya un gran sacrificio! Quiera el buen Jesús concedernos la deseada gracia milagrosa de primer orden. Entre otras cosas, corre la voz, aunque creo es sólo una habladuría, que el Padre Pío se marcha para Roma, llamado por el Santo Padre.

Nuestro fray Mariano concibe algunas esperanzas y ruega para que su fe en el portento pueda crecer.

¡Ahora abandonémonos en el Corazón Adorable de Jesús con amorosa suplicante mirada de fe!’.

Y llegó el día de la grande expectativa y después la vuelta a Trani.

“Acabamos de llegar de San Giovanni Rotondo – es siempre el Padre Aníbal que cuenta su experiencia – el Padre Pío no hizo el milagro. Señor, a mi solicitud, una cruz en los ojos de nuestro fray Mariano con su pulgar, pero ¡no se abrieron! La acogida del Padre Pío fue

bastante rápida, casi brusca. Yo lo había prevenido la noche anterior, apenas llegados al pueblo. Lo informé de que le habría presentado nuestro querido ciego y lo rogaba que lo curara.

Él me contestó: ‘Si esto dependiera de mí’. Además, dijo que rezaría.

El día siguiente, los carabineros nos dejaron pasar antes de toda la multitud y lo encontramos sentado mientras confesaba a los hombres y después que el primero se levantó de sus pies, me acerqué con fray Mariano, nos arrodillamos y empezamos los dos a rogarlo por el milagro. Pero él, como si estuviera inquieto delante de toda aquella gente que nos miraba de cerca y no sintiera la inspiración de hacer un milagro tan sorprendente, truncaba nuestras insistencias, afirmando con impaciencia: “Déjenme confesar, no me hagan perder tiempo, ¡caramba!”.

Yo, entonces, lo rogué que señalara por lo menos los ojos apagados de fray Mariano, y lo hizo, y fray Mariano se alejó, así como había venido. Yo me quedé un poco más y lo rogué que al menos rezara y qué esperanza se daría, y contestó: ‘Toquemos, lo que el Señor no hace ahora, podrá hacerlo luego’.

Así terminó nuestra peregrinación al servo del Señor. El Padre Pío hasta ahora nunca hizo un milagro de primer orden de este tipo. ¡Tocamos con manos que los milagros los hace Dios cuando quiere! Mientras tanto, dentro de unos días, a fray Mariano lo acompañaré, si Dios quiere, al valle de Pompeya, confiando en el Padre Montemurro, ¡a los pies de Aquella que es el canal inmenso de todas las gracias y de los milagros de la Divina Omnipotencia!

¡La impresión que tuve yo del milagro no ocurrido fue muy tranquila! Ningún momento terrible para mí. Estaba preparado para todo. Sólo puedo decir que me quedó siempre la confianza en el Sagrado Corazón de Jesús y en la Santísima Virgen, incluso el fervor de la oración. Todo eso, entre otras cosas, no es un signo ‘infalible’ que el hermano alcance el milagro en el porvenir: es una piadosa esperanza que, aunque sea tranquila y resignada, no daña. Esperemos que el Señor abra otros caminos. Yo pido al Señor el milagro, si Dios quiere, ‘con la mayor consecución de sus más altos propósitos por los que dispuso esta ceguedad’. Quedemos en este punto y recemos así. Hicimos el sacrificio no fácil de los dos viajes a San Giovanni Rotondo y seguramente a Nuestro Señor esto no le disgustó.

Fray Mariano está alegre y resignado y es este también un gran milagro.

Supé que el Padre Pío ya no está en San Giovanni Rotondo, sino que el Santo Padre lo quiso en Roma”.

XXXI

Durante el Concilio Vaticano I los Padres habían expresado el voto que las leyes eclesiásticas formuladas hasta entonces fueran recogidas en un Código Oficial. La hazaña, de no fácil realización, se quedó en el aire hasta cuando Pío X creó una Comisión con los más competentes juristas católicos, encargándola de formular un Código de Derecho Canónico.

Doce años después, el papa Benedicto XV, con la Constitución Apostólica “Provvidentissima Mater Ecclesia”, promulgó el nuevo Código y estableció su entrada en vigor el 12 de mayo de 1918.

El Código presentaba disposiciones detalladas sobre la fundación y aprobación de nuevos Institutos religiosos y definía las competencias de los obispos en sus diócesis y las prácticas que tenían que seguir.

En este momento, era preciso que el Padre Aníbal proyectara la fisonomía jurídica de sus Institutos, empezando a elaborar las Constituciones que deberían reglamentarlos.

Intentó hacerlo, pero de su pluma salían sólo disposiciones espirituales, aspectos ascéticos, consejos: ¡no puede usar el metro el que no tiene idea de la longitud! Muy humildemente pidió al Padre Vitale que las planeara según las nuevas normas.

Después de haberlas evaluadas y profundizadas, en junio de 1919 las presentó al Arzobispo Letterio D’Arrigo, pidiendo que las examinara y, si las juzgara apropiadas, que aprobara el Decreto de reconocimiento diocesano de las Congregaciones.

Monseñor D’Arrigo había sido profesor de moral y derecho eclesiástico, pues se demostró muy feliz de analizarlas personalmente.

Después de casi tres años el Prelado se murió de repente, y el texto de las Constituciones todavía quedaba en su escritorio.

El Padre Aníbal, entonces, tuvo que esperar más o menos otro año antes de poder presentarlas al nuevo Arzobispo, Ángel Paino, que acogió amablemente la petición, pero se reservó de hacerlas examinar por canonistas competentes en Roma.

Mientras tanto, pasó otro tiempo. El Padre Aníbal tuvo la alegría de asistir a la ordenación sacerdotal de los primeros dos “Montemurrinos”, el Padre Teodoro Tusino y el Padre Domingo Serafín Santoro. La Obra, además, iba enriqueciéndose con otras Casas.

El hecho de que el Padre Aníbal gozara de la máxima estima por parte de sus hijos e hijas espirituales se basaba también por su capacidad de implicar a todos en las iniciativas. El nacimiento de una nueva Casa, de hecho, era fruto de la participación total de las que ya existían, sea desde el punto de vista decisional, sea económico, porque según su capacidad, cada una ponía una cantidad para la compra del inmueble o del terreno y la fábrica.

Hacía mucho que cultivaba un sueño: comprar una Casa en Roma. La ocasión se presentó casi repentina: “Hijos e hijas en J. C.- escribió el Padre Aníbal en la circular del 14 de septiembre de 1924 -, sabéis que hace muchos años fue deseo común poder abrir, con el beneplácito divino, dos Casas en Roma, una para nuestros jóvenes Religiosos Rogacionistas en formación, por ahora, y, luego, para montar probablemente un Orfanato masculino, y otra para nuestras Hermanas con uno de sus Orfanatos Antonianos; y eso no es por una ambición humana, ¡que Dios nos libre!, sino para poder elevar el estandarte sagrado del olvidado mandato de Nuestro Señor Jesucristo: ‘Rogad al Señor de la mies que envíe trabajadores’. Oportunamente me acuerdo también cuando,

hace muchos años, fui a ver el Eminentísimo Cardenal Oreglia, de feliz memoria, entonces deán del Sagrado Colegio y nuestro Sagrado Aliado, que aquel ilustre Prelado me dijo que una Obra que toma la misión de la palabra del ‘Rogate’ (Rogad el Señor de la mies...) tiene que estar en Roma con preferencia, más que en otras ciudades.

Todos estos pensamientos alimentaron en mí esta inspiración, pero serena y tranquilamente, templándola con un total abandono en la Divina Voluntad.

Entonces fui a Roma hace dos o tres años para buscar un lugar, y eso lo hice en compañía del Reverendo Padre Fulgencio, Procurador General de la Orden de los Agustinos descalzos, (hoy General), con gran placidez de ánimo, y ningún duelo tuve por el completo fracaso en la visita de muchos lugares considerados no adecuados.

En el mes de agosto pasado estuve en Roma sin el mínimo pensamiento de dedicarme a la búsqueda de lugares, al contrario, determinado a no dedicarme a eso, y sólo para despachar el asunto del Castillio de Oria con relación a nuestro Orfelinato femenino en el antiguo Monasterio de ‘San Benedicto’. Dos acontecimientos de los que el primero insignificante, apenas llegado en Roma, cuando todavía estaba en la carroza, y el segundo relacionado con una de nuestras obras de caridad en Mesina hacia una persona no vulgar caída en el mal estado; cuando menos lo pensaba, me pusieron camino no de la búsqueda de lugares sino de recibir donativos por parte de otros. El primero que me ofrecieron presentaba muchas dificultades: se trataba de un terreno muy caro en un lugar remoto, con poca atracción, para luego tener que edificar nosotros, ¡con quién sabe qué dinero!

Había vuelto a mi indiferencia cuando el casual encuentro (digo casual, ¡pero todo es decretado por Dios!) con aquel señor beneficiado, me llamó a atender a la ofrenda de un amplio lugar de una industria de cinematografía que había fracasado.

Aquí presento la descripción breve del lugar por el que ya me comprometí. Desde tres entradas, una central y las otras dos laterales, equipadas con verjas de hierro y asombradas por densos árboles en poca largueza, se accede al lugar. Tenemos el mapa en regla de todo el lugar con la escala de los metros.

Jardín. – El lugar tiene la ventaja de un jardín, o sea de terreno en parte cultivado y en gran parte no, de 6.000 metros cuadrados o más. Cañerías completas con agua abundante y, en Roma, que es la ciudad del agua, con poco precio anual se tiene el agua que se necesita. Es de la ‘Marcia’ muy potable, fresca y saludable.

El jardín es adecuado para los animales, etc. Instalación eléctrica completa, especialmente en los primeros pisos como exigía la industria que fracasó.

El precio de todo el lugar fue pactado por setecientos mil liras, además de los gastos del contrato, que rebajaríamos concordando a una cifra menor de la cuota legal; y pagos facilitados como explicaré.

Situación topográfica. – Entendemos que el fabricado no está en el centro de Roma, porque costaría millones, pero está dentro de la santa Ciudad. Además, es cierto que muchas Comunidades Religiosas en Roma tienen Casas fuera del Centro como, por ejemplo, los Pasionistas. No os digo de las Casas Dominicas de San Sixto Viejo. A una distancia de un cuarto de hora de camino, antes de nosotros, hay el pequeño convento, con un sótano estrecho y poco luminoso, del Padre Don Orione, pero con una iglesia bellísima y grandísima (es parroquia) con tres naves, aunque esté en una única fábrica (convento e iglesia del Santo Padre Pío X de santa memoria).

Aquellos buenos padres podrán dedicarse a nosotros, confesión, Misa, etc. La casa está expuesta a los cuatro vientos. El aire que se respira es excelente: el horizonte amenísimo. Para llegar hay que pasar por puerta de San Juan en Letrán. Hasta hace dos años, aquellos lugares estaban bastantes despoblados: hoy constituyen un barrio popularísimo con

nuevas fábricas que están surgiendo y con una población que está llegando hacia las 15 mil almas, supuestamente. El lugar que la Divina Misericordia nos dio está en el comienzo de la nueva y amplia calle de circunvalación, llamada Apia Nueva, y a su alrededor, se ven continuamente levantarse otras nuevas fábricas.

Por pocos metros de distancia estaremos fuera del arancel (al menos por un período más o menos largo, me dicen) y podrán entrar productos básicos sin gastos algunos, y esta no es una ventaja pequeña.

Viabilidad. – Actualmente se toman dos tranvías desde el centro de Roma, uno hasta Puerta San Juan, y otro desde Puerta San Juan para arriba y se baja donde después se sigue andando hacia nuestro lugar. O se toma el auto ómnibus que desde Plaza Venecia pasa por Puerta San Juan y hace la misma parada que el tranvía, muy cómoda para nosotros. Sin embargo, considerada la importancia del nuevo barrio que crece cada vez más, se organizaron las carreras tranviarias que tienen que rodear toda la calle de circunvalación, y dentro de pocos meses llegarán a nuestro lugar, que es el primero de la calle de circunvalación. El Señor nos podrá dar también la gracia de poseer vehículos nuestros para productos básicos o para personas. Yo me imagino que, por mi genuina descripción y por el mapa que enseñaré, que los que son más expertos de estimación de los lugares alguna crítica por haber pactado una compra no ideal.

Pero quisiera, en primer lugar, destacar que fueron los acontecimientos que la Divina Voluntad me hizo ver, que me llevaron a esto, cuando yo menos lo pensaba (conducta con que a menudo actúa el Altísimo).

Además, estaba solo con el hermano que estaba en el medio entre confundido e indeciso, como es su índole, y tenía que decidirme de pronto porque se trataba de una ocasión que podía perder de repente. Ni podía ilusionarme con intentar en otros tiempos, quién sabe cuándo, en mi avanzada y decadente edad, otros viajes desde Mesina hasta Roma para buscar lugares, con una casi certeza de nuevos fracasos, más bien que con la esperanza de encontrar otro lugar grandioso con jardín etc., con un futuro como este, con un tan bajo precio.

Me acosaba el ‘carpe diem’ (aprovecha el día) – el ‘carpe oram’ (aprovecha el momento). No hice nada más que dirigirme a nuestro Señor, como hago todavía para la buena conclusión. Llamé en ayuda la Santísima Virgen, interesé a San José, nuestro San Antonio, los Ángeles y los Santos Protectores, las queridas Almas Santas, y tuve que decidirme.

Hay que reflexionar que la perfección está en cielo y que cada fundación en principio tiene que desenredar lana, soportar fases y ejercicios, superar dificultades, aceptar deficiencias empleando fatigas para superarlas y repararlas, encontrar gastos, eliminar inconvenientes con el paso del tiempo, con la paciencia, con la fe en Dios, con la humilde e insistente oración. ¿Acaso tal vez no tuvimos problemas en todas nuestras Casas en los comienzos? Encontrar todo listo para satisfacer todo deseo y toda humana necesidad es un sueño.

Es cierto, como me parece, que el lugar, gracias a toda su consistencia como yo describí verídicamente en diversos prospectos, más allá de una discreta actualidad presenta también un futuro, con la ayuda del Señor y de nuestras buenas voluntades.

Forma de pago. – También en este caso las facilidades parecen hacer parte de las manifestaciones de la Divina Bondad, en haber querido agraciar la Fundación de las Casas Rogacionistas en Roma.

El 31 de agosto pasado fue establecido un contrato entre el propietario y yo con una simple carta, con la que se decidió no vender el lugar a nadie hasta el 30 del mismo mes excepto

que a mí, o a un representante mío, con las condiciones orales convenidas entre él y yo. Al pie de la letra escribí y suscribí mi aceptación y obligación de comprar según los acuerdos establecidos oralmente.

Quedó una copia por cada uno. El 27 del mismo mes tengo que encontrarme en Roma, si Dios quiere, y el día uno de octubre haremos un simple compromiso legal que pasaremos al acto de compraventa tres meses después. Tengo ya un abogado en Roma para nuestras debidas cautelas. En el acto del compromiso, que tiene que hacerse debidamente, tengo que dar una fianza de 100 mil liras; 100 mil que ya con admirable generosidad y espontaneidad me entregó la reverenda Madre D'Amore, Superiora de esta Casa de Trani, adquiriendo así un particular mérito ante Dios y la Obra.

Tres meses después, en la firma del contrato que tendría que ser en finales de diciembre, hay que pagar otras 300 mil liras. Por la restante suma de 300 mil, nos darán una dilación de cinco o seis meses, sin intereses.

Hecho el pago de las 100 mil liras, el 30 de septiembre, y de las otras 600 mil en dos plazos ya descritos, 200 mil se darán por la Casa Madre de Mesina junto con 50 o 60 mil liras de gastos de contrato y de mediación. Ya la Reverenda Madre General (Madre Nazarena Majone), con la que estuvimos en el Congreso Eucarístico en Palermo, fue informada por mí sobre el acontecimiento favorable, que acogió con fe y entusiasmo, y se une a esta participación que se dirige hacia nuestras Casas.

En verdad, la fundación de Roma es algo que debe interesar fuertemente todas nuestras Casas, es un acontecimiento que eleva la Institución nacida entre las humildes casitas de los pobrecitos a lo sagrado de una altura eclesiástica; es la pequeña planta que se transforma en un árbol en el gran campo de la Iglesia, si siempre será cultivada con los fertilizantes de la humildad, con el sol ardiente del divino Amor y regada con la lluvia de la gracia que es fruto de la asidua y devota oración, refrescada en las raíces por la corriente siempre fecunda de las aguas del supremo magisterio de la Iglesia, donde podrá desplegar largamente sus ramas alrededor, bajo cuyas sombras descansarán los pájaros que son las almas, y podrá dar frutos que serán dulces para el paladar de Nuestro Adorable Señor Jesucristo.

Una fundación exitosa en Roma es una sacra vitalidad que vivifica todas las demás Casas Rogacionistas y del Divino Celo. Hace falta, pues, que todas las demás Casas nuestras, donde reinan las Secretarías Antonianas, consideren un valor, un deber y una gloria contribuir para la residual cantidad de cuatrocientos mil liras, así repartidas: Casa de Oria £ 150.000; Casa de Altamura £ 125.000; Casa de Taormina £ 50.000; Casa de San Pier Niceto £ 25.000; Casa de Trani £ 50.000 para terminar, por un total de £ 400.000.

Para que las cinco Casas aquí señadas puedan contribuir desde el día uno de enero a la honorable invitación de la extinción de la cantidad de cuatrocientos mil liras, les recomendamos fuertemente que empiecen desde ahora a guardar ahorros, para que en finales de este año cada Casa pueda tener lista la mitad de lo que le pidieron y para el treinta y uno del futuro mes de mayo la otra mitad.

Si para cumplir con esto algunas Casas estarán obligadas a suspender fábricas o a economizar gastos absolutamente no necesarios, exhortamos, más bien insistimos que los suspendan. El asunto es de interés común.

Exhortamos, además, que las Casas empiecen oraciones y novenas especiales, de las que estamos acostumbrados a hacer, incluso aplicando Divinas Misas, para que el buen Dios nos conceda la feliz conclusión de este asunto y el buen inicio de la nueva fundación según su Amorosísima Voluntad Divina, con los debidos permisos necesarios, tanto por la Autoridad Eclesiástica de Mesina como por el Vaticano de Roma.

Además, las oraciones comunes sean dirigidas a la divina Bondad para que nos dé la gracia de la formación de un personal adecuado para estas iniciativas; porque es preciso saber que Roma es Roma y las Autoridades Eclesiásticas exigen la observancia perfecta y la conducta decorosa y piadosa de las Comunidades Religiosas a las que se permite el acceso.

El Vicario de Su Santidad posee sus propios Representantes, Vicarios de los Monasterios y de las Congregaciones de Monjas, que inspeccionan y quieren saberlo todo. Si las monjas no están en regla se adoptan medidas severas y a veces incluso se llega a cerrar una Casa.

Ahora pasemos a otro punto para decidir: ¿hay que trasladar nuestras dos Comunidades religiosas, masculina y femenina en Roma, al sobredicho lugar?

En verdad, en nuestra aspiración remota y prójima de apertura de Casas en Roma no hemos pudimos separar la una de la otra: la aspiración fue de tenerlas en una proximidad discreta, de manera que la Institución de nuestros Rogacionistas del Corazón de Jesús, que deberían estar allá sin ningún Orfelinato, sino con un número discreto de religiosos y de estudiantes aspirantes, pudiera aprovechar la asistencia de la Casa de las Hermanas, para prestaciones, lavandería, cocina y parecidos.

Dicho esto, en el caso de la compra actual, hay que evaluar si la amplitud del local y su conformación sean adecuadas para dedicar una parte menor a la instalación de la Comunidad masculina, como dicho antes, supuesto que la división fuera tan exacta y rigurosa que no constituyera dificultades insuperables para el permiso superior. Es cierto que ahora quien puede plantar con fruto las tiendas del gran lugar, es la Comunidad de las hermanas con orfelinato y externado.

La llegada de los Rogacionistas no parece para el momento posible por razones intrínsecas y hay que reflexionar, rezar y discernir entre los Padres. Sin embargo, la tendencia es siempre la misma, y se podrá lograr, si no me engaño, o con una división rigurosa de una parte del local, o bien con la adquisición de una Casa cercana, o bien con una construcción discreta en el jardín anejo, escogiendo el límite más lejano.

La Casa tendrá su oratorio, que se hará donde se creará conveniente. Pero tal vez no es vano el plan de fundar una Iglesia de dimensiones varias, pública, también porque esa localidad se irá poblando en breve tiempo, como ya expliqué, y una iglesia es muy útil, y se podrá invocar la ayuda de la Santa Sede.

Aquí termino y espero una respuesta de cada Casa, que me exprese sus impresiones”.

La compra fue efectuada y acogiendo el primer niño, huérfano de ambos los padres, el 24 de mayo de 1925, el Padre Aníbal inauguró la nueva Casa. Se transformó, pues, en un Orfelinato, dado a las monjas. Con el paso del tiempo, en el terreno contiguo fue construida una iglesia y un gran Instituto, parte del cual dedicado al orfelinato y a las escuelas, y parte a la Casa General de las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús.

XXXII

Sin embargo, hacía falta que el Padre Aníbal pagara el precio por aquel sueño realizado. Después de la compra, tuvo que interesarse en la adaptación de los lugares, y por eso tuvo que quedarse en Roma. Para no molestar a los Orionitas y, sobre todo, por espíritu de pobreza, se arregló un cuarto en aquellos lugares fríos, desde mucho tiempo deshabitados, y en noviembre de 1924 cayó enfermo.

Parecía un simple enfriamiento, pero la fiebre muy elevada, prolongada durante varios días, indujo a llamar al médico que diagnosticó una pleuritis difundida. El Padre Palma escribió un telegrama a Oria a fray Carmelo: “Arréglate bien las cosas y ven a Roma para asistir al Padre enfermo”.

Fray Carmelo encontró al Padre Aníbal agotado y completamente sin fuerzas. La persistente fiebre elevada, el afán, la inapetencia absoluta, acompañada por la falta de descanso, lo habían hecho parecido al hombre de los dolores. Sin embargo, siempre estaba sereno y resignado. A menudo decía, hablando de los sufrimientos: “¿Qué son mis sufrimientos frente a los sufrimientos y a los dolores de nuestro Señor, especialmente de los que sufrió en la Pasión?”. Y rezaba noche y día sin descanso.

Así pasó un mes, hasta que el médico vio que podía afrontar el viaje. Aconsejó que lo transfirieran a Mesina donde el clima más suave seguramente lo ayudaría. Aquí, efectivamente, se recuperó y en marzo de 1925 fue nuevamente a las Apulias para luego volver a Roma para la inauguración del Orfelinato.

Sólo la determinación y la fuerza de voluntad lo sostenían en las fatigas, pero después pagaba muy caro los esfuerzos con períodos más o menos largos en los que tenía que quedarse en cama.

Mientras tanto, la aprobación eclesiástica tardaba en llegar, cuando ocurrió uno de los episodios que revelan la gran misericordia del Señor, que se sirve de medios escondidos a los hombres para lograr sus fines.

Jueves 25 de febrero de 1926, muy pronto por la mañana, se presentó en el recibidor del Instituto del barrio Aviñón un monseñor.

“Me dijo que llega desde Roma y que quiere hablar con el Superior”, refirió el portero al Padre Vitale, que corrió a acogerlo.

“¿El Canónigo Di Francia?”, preguntó el Prelado de una manera seca.

“No, soy el Padre Francisco Vitale. Desgraciadamente, el Canónigo Di Francia no se encuentra bien, y está en la otra Casa, aquí en Mesina. Indignamente estoy yo aquí con funciones de Superior, listo para recibir sus órdenes”. Y lo dijo con un sentido de veneración profunda hacia la legítima autoridad superior.

Sin embargo, su gran demostración de cordialidad y sincera hospitalidad correspondió una respuesta muy seca: “Soy monseñor Francisco Parrillo, Auditor en la Sagrada Rota, llego en calidad de Visitador Apostólico”.

“¿Estará cansado? El viaje es largo... sus maletas, dígame donde puedo hacerlos recoger... Mientras tanto le hago arreglar un cuarto... ¿tiene que celebrar?”, preguntó atento Padre Francesco atribuyendo aquel modo distante a la timidez.

“No se preocupe. Ya está todo arreglado, alojo en el seminario. Más bien no perdamos tiempo, hágame inspeccionar todos los locales, después decidiré yo donde escuchar a los varios componentes de vuestra asociación”, dijo con prisa el Prelado.

Tenía un aspecto grave y un poco sospechoso, que contrarrestaba con los rasgos de una cara afable y con el señorío de la personalidad.

“Si quiere, podemos ir donde el Padre Fundador. al Instituto femenino...”.

“Nos iremos después, padre. ¡Ahora estamos aquí y empezamos desde aquí!”.

“¿Empezamos desde la Iglesia que está casi completada?”.

“Guíeme usted... ¿padre?”.

“Padre Vitale, monseñor. Entonces discúlpeme si le precedo. Le abro paso. Por favor”.

El camino fue señalado por un silencio pesado. Llegados a la iglesia: “Como le estaba diciendo”, retomó Padre Francesco, “acaba de ser completada y, si Dios quiere, el Padre Fundador rogó a Su Excelencia Arzobispo de consagrarla el próximo 4 de abril”. Dado que el hombre miraba sin hablar, siguió: “Será la primera iglesia dedicada a la oración para las vocaciones, al ‘Rogate’, aunque por la gente es ya llamada Santuario de San Antonio. ¿Ve los frescos y las decoraciones? Han sido ideadas y queridas por el Padre Aníbal...”.

El monseñor miraba distraídamente, como si no le importara, hasta el punto que en un momento dijo: “Quisiera visitar los locales, si no le disgusta”. Y observaba cada rincón. Y si no se abría una puerta inmediatamente preguntaba que había por detrás. Qué se escondía... Después pasaron a los talleres: la zapatería, la sastrería... Aquí se acercaba al amo y fríamente se informaba en qué modo era pagado, cuánto le daban, que interés tenía el Instituto...

Entrados en la tipografía, el Padre Vitale trató de trazarle un poco de historia: “En noviembre de 1884 el Padre Di Francia recibió en regalo por el Caballero José Crupi una máquina de prensa llana de segunda mano. Empezó así la ‘Tipografía Barrio Aviñón’, que junto a la sastrería y a la zapatería servía para encaminar a los huérfanos y a los chicos crecidos en la calle hacia un trabajo.

Aquí se imprimen anuncios, carteles, invitaciones y, sobre todo, etiquetas para las cajas de los cítricos. Después, en 1908, antes del terremoto, empezamos a imprimir el periódico *Dios y el Próximo*. Desde hace unos años, el Padre Fundador compró directamente de una fábrica en Alemania esta bella rotativa, que bautizó ‘la Gracia’ capaz de imprimir y doblar 24.000 copias del periódico por día”.

“¿Sí, de verdad?”, dijo el monseñor, “¿Por qué, cuantas copias imprimen?”.

“700.000, monseñor”.

“Tienen un registro, imagino... después me hará ver los registros de contabilidad”.

Elegido después un cuarto, quiso ver uno por uno a los Padres y los Hermanos. Los interrogaba minuciosamente sobre las funciones que realizaban, sobre el estado de la Congregación: reglas, constituciones, condiciones financieras y todo lo que le podía interesar. Se hizo llevar los registros y, abriéndolos casualmente, se ponía a examinarlos. Parecía un carabinero, un policía y un financiero juntos. Nunca una sonrisa, siempre una conducta grave y una mirada inquisidora. Bastaba una indecisión para hacerle nacer alguna sospecha...

Finalmente, hizo llamar al Padre Vitale y le dijo: “¡Acompañeme al Instituto Femenino!”.

El Padre Aníbal fue avisado y, a pesar de que estaba muy débil, quiso bajar desde su apartamento, sostenido por el Padre Palma que se encontraba entonces en Mesina, hasta la entrada del Instituto para recibirlo y besarle la mano de rodillas.

Contestó a las primeras preguntas del Visitador y se disculpó por no poder subir las escaleras y acompañarlo en la visita de los locales, encargando al Padre Vitale y al Padre Palma de substituirlo junto con la Superiora de la Casa y las otras monjas.

Terminada su visita en los locales, después de haber interrogado unas hermanas en lo que consideró suficiente para su finalidad, monseñor Parrillo se despidió del Padre Aníbal con una actitud grave y reservada. Aceptó, después de mucha insistencia, ser acompañado por los dos sacerdotes hasta el seminario, donde alojaba.

Durante el camino les hizo todavía unas preguntas sin hacer filtrar la opinión que se había formado, pero ellos intuían que no había quedado satisfecho por completo.

Llegados delante al seminario se despidió con tono severo: “Usted, Padre Vitale, ¡venga a verme mañana, porque todavía necesito aclararme las ideas sobre el funcionamiento de las Obras!”.

Aquella noche en todas las Casas se rezó por aquella Visita, porque había todas las señales de que una nueva tormenta iría a descargar sobre las Obras Antonianas.

El Visitador Apostólico había sido enviado, en efecto, inesperadamente, porque en Roma, con algún Cardenal y luego con la Sagrada Congregación de los Religiosos, alguien había expresado juicios bastante graves en su contra.

El día siguiente, el Padre Vitale fue, con no poca aprensión, al seminario, llevando muchos documentos que habrían resultado útiles en el caso de posibles dificultades levantadas por el Prelado.

Monseñor Parrillo, inesperadamente, lo acogió con afabilidad. Parecía otra persona. Sin embargo, después de los cumplidos, manifestó cierta aflicción en su cara.

El Padre Francisco estaba un poco turbado notando que sus ojos estaban húmedos. “Monseñor”, dijo tomando el coraje con las dos manos, “¿Hay algo grave?”.

El Prelado lo miró intensamente, hizo un respiro profundo y empezó: “Sabe padre, tengo que confesarle que vine con la intención de hacer cerrar las Obras del Padre Di Francia. Ayer todas mis preguntas aspiraban a encontrar el pretexto justo.

Cuando nos despedimos, sin embargo, me fui a pedir al Señor que me diera luces especiales. Me acosté, quedando en mi convicción, pero...”.

Se paró como si un nudo en la garganta le impidiera seguir. Deglutió y, lentamente, siguió: “No pude cerrar los ojos. ¡Siempre tenía delante mío la cara de aquel viejo! Parecía la figura de un Santo; de uno, en resumen, que me decía: ¡Dios está conmigo!”

Y yo revisaba en mi mente lo que había visto y escuchado. Las palabras de aquel hombre, que me hablaban de la finalidad correcta y del funcionamiento de sus Obras, me retumbaban en la cabeza. Regresaba a mi decisión y, de pronto, sentía una voz que reprochaba mis intenciones. Finalmente, tuve que convencerme de que me había equivocado por completo. Por esto, estoy convencido que me encuentro delante de una Obra santa, que el Señor quiere y que hay que favorecer a cualquier precio”.

Y pidió ver de nuevo al Padre Aníbal. Esta vez le impuso por obediencia, que fuera él a besarle la mano de rodillas. Después le mostró todo su entusiasmo para la Obra.

“Lo único que me da lástima”, añadió, “es que todavía no obtuvo el reconocimiento canónico. Prepáreme usted un informe sobre toda la Obra, desde cuando nació, y le prometo que hablaré con el Santo Padre para hacerle obtener sea la aprobación canónica, sea una bendición general con un sagrado valor retroactivo, o sea, una confirmación que tome y abrace toda la Obra, desde el primer momento, y lo rectifique todo, restableciendo así las cosas que no se hicieron según las reglas canónicas. Después, si Dios quiere, dentro de un año espero hacerle obtener una autorización de mayor importancia, que se llama Decreto de Elogio. La Obra, así, adquirirá el carácter sagrado de muchas otras Congregaciones Religiosas, ya consagradas y reconocidas por la Santa Iglesia”.

“Usted es un ángel, monseñor” le contestó el Padre Aníbal, “Haré empezar inmediatamente acciones de gracias y oraciones especiales para que todo acabe felizmente, según su santo entusiasmo. Y oraciones particulares para usted”.

Monseñor Parrillo mantuvo sus promesas y las esperanzas del Padre Aníbal se cumplieron: el 30 de julio de 1926 la Sagrada Congregación de los Religiosos comunicó a monseñor Ángel Paino, arzobispo de Mesina, el permiso para el reconocimiento canónico de derecho diocesano de las dos Congregaciones. El siguiente 6 de agosto, monseñor Paino emanó los dos Decretos, así que, como requiere la norma, el Padre Aníbal pudo dirigir una súplica al Cardenal Laurenti, Prefecto de la Congregación de los Religiosos, para que concediera “la confirmación para todas las irregularidades cometidas, prometiendo en futuro una observancia exacta de las prescripciones del Código”.

XXXIII

Habían pasado casi veinte años. Muchos devotos recibían la revista *Dios y el Prójimo*, enviaban sus donativos para lo huerfanitos, pero nunca habían visto la cara del Padre Aníbal.

Su pluma era conocida, llegaba siempre al corazón haciendo vibrar las cuerdas más sensibles; sin embargo, la gente ni siquiera podía intuir que por reparo se expresara en tercera persona porque no quería de ninguna manera hacer pensar que quería ponerse en primer plano.

Siempre durante el verano de 1926 pasó algo raro: en la primera página de *Dios y el Prójimo* por primera vez apareció una fotografía del Padre Aníbal.

“Llegué a tanto” explicó muy avergonzado, “por las insistencias que a través de las cartas hacían los devotos de San Antonio de Padua, llegando también a dudar si verdaderamente yo existiera o bien fuera un mito”.

Aquella cara benévola, aunque decidida y señada por el sufrimiento, disfrazada con una sonrisa ligera, hizo caer también aquellas combinaciones graves hechas por unos burlones sobre su nombre: el título de que se jactaba siempre era ‘Canónigo’, casi siempre abreviado en ‘Can.’, por eso el nombre había sido transformado en ‘caníbal’ Di Francia...

Como se encontraba un poco mejor, el Padre Aníbal aquel verano hizo un viaje al continente, consciente que habría sido su última visita a las Casas de las Apulias.

Cuando, de hecho, fue a visitarlo monseñor Di Tommaso, obispo de Oria, pidió que lo bendijera diciendo: “Preveo que esta será mi última bendición de su Excelencia, porque la hora de mi muerte está cerca. Aprovecho esta oportunidad de su visita para agradecerle todo el bien paterno que siempre tuvo y sigue teniendo hacia nuestros institutos. Le ruego, cuando se enterará de mi muerte, que sufrague mi alma, porque lo necesito mucho”.

En otoño regresó a Mesina y aquella forma grave de pleuritis se hizo cada vez más preocupante. Llegó a un tal estado de debilidad que no tuvo ni siquiera la fuerza para celebrar en el altar doméstico, en su estudio. Estaba obligado a quedar en cama y para asistirlo se alternaban Hermanos y Padres.

Se presentaba así la apetitosa ocasión de hacerle preguntas, a las que no podía sustraerse con la excusa que tenía otras cosas para hacer y que no tenía tiempo. Según, entonces, las circunstancias, ligadas a la capacidad de los interlocutores y sus condiciones de salud, empezaron a solicitarlo.

Un día, como no dejaba de agradecer al Hermano de turno por cada mínima cosa, éste le había contestado bromeando: “Un marquesito no debe agradecer a uno de pueblo...”.

El Padre Aníbal se hizo serio en la cara: “¡Ya no repitas estas tonterías! ¿Por qué me has llamado marquesito?”, preguntó.

“Siempre me dijeron que usted, padre, es un noble”.

“No es cierto: ¿quién te dijo estas tonterías?”, contestó brusco, “Hay que aclararte las ideas”.

Aquel aprovechó inmediatamente: “Me las aclare usted, padre. Tenemos tiempo. Cuando ya no pueda hablar párese. Ni siquiera tiene que gritar porque yo oigo bien”.

El anciano entendió que había caído en la trampa: “Eres un bribón” le dijo con una media sonrisa, “entonces tienes que saber que no soy noble pero que en mis venas circula la

sangre azul de los reyes”. Y se había parado para observar el efecto que la declaración habría producido en su cara.

“¿De rey?”, el hermano había desgranado los ojos, “Venga, Padre, cuénteme, soy todo oídos”, lo había exhortado lleno de entusiasmo y, cogida una silla, se había sentado cerca de la cabecera.

“Que me toca hacer en la vejez...”, dijo el Padre Aníbal divertido por aquel entusiasmo, luego empezó: “Dicen que mi familia – en la rama paterna, la de los Di Francia para ser claros – es de origen caballeresca. Hacen también el nombre del primer progenitor, tal Juanito de Francia, nieto de Felipe Leo, de estirpe real. De ahí que estas venas que sobresalen son negras”, y, levantando la mano flaca, se puso a observarla, mirando furtivamente al Hermano.

Él no había entendido la ironía y, dado que no proseguía, preguntó: “¿Por qué son negras, padre?”.

“¿Porque ahí está la sangre azul! ...”, contestó sonriendo frente a tanta ingenuidad.

El Hermano había, finalmente, entendido el humorismo y, como un niño, le dijo: “No padre, cuénteme en serio”.

“Bueno”, siguió el Padre Aníbal, “aquel Juanito vino a Italia al séquito de Carlos de Anjou, en mitad de 1200. ¡Piensa cuánto somos viejos! Se estableció en Apulia y sus descendientes ocuparon cargos importantes: quien fue comandante de las guardias reales en el tiempo de la reina Juana, quien, en cambio, se hizo feudatario en tierras de Otranto... y a finales de 1400 Nardello de Francia fue llamado ‘fiel hombre de armas del Rey’. Después, alguien de la familia se trasladó a Calabria y se estableció en Monteleone Calabro, la que hoy se llama Vibo Valentia. Desde ahí salió, más o menos en finales de 1700, mi bisabuelo Diego, y se quedó en Mesina. Tenía el título de Marqués de Santa Catalina en el Jonio...”.

“¡Entonces es cierto que usted es un marquesito!”, exclamó triunfante el Hermano; después, como para evitar una interrupción, se apresuró en decir: “Cuénteme, siga, padre”.

Sin embargo, el Padre Aníbal se había parado porque le había venido el afán.

“No Padre, no, ahora descanse, seguirá mañana”, había dicho prontamente el Hermano.

Por la noche el Padre Aníbal se recuperó y quiso rezar las oraciones junto con los demás. Después, mirando al Hermano: “Ya sé que eres curioso de escuchar la continuación de la historia”.

“Pero prométame que si se siente cansado lo deja de inmediato”, dijo, entre la premura y el miedo.

“¿Dónde nos habíamos quedado?”.

“Al Marqués Diego que vino a Mesina”.

Y el Padre Aníbal contó que Diego se hizo senador y se casó con la aristócrata María Úrsula Paparatti Mastrilli con la que tuvo diez hijos, encaminados, según la tradición de familia, a la abogacía, al ejército y a la vida claustral.

“Mi abuelo Juan”, siguió, “se casó con una Gustarelli Rosso y tuvieron tres hijos: mi padre Francisco, mi tío Rafael y mi tía María Luisa. Mi padre tomó la carrera militar, heredando también el título de Caballero y Marqués de Santa Catalina. Mi tío Rafael, en cambio, se hizo monje en la abadía cisterciense de Roccamadore. Fue también, cuando yo era niño, profesor de Letras en el Colegio San Nicolau en Mesina”.

“Donde estudió usted padre, ¿no es cierto?”, intervino el Hermano para hacer entender que había tratado de saber muchas cosas sobre de él.

“Si, pero durante poco tiempo, porque después llegó Garibaldi y cerró todo”.

“¿Y su tía?”.

“Mi tía María Luisa se casó con un hombre importante. Se llamaba José la Farina. ¡Imagínate que quería que yo hiciera el militar!”.

“¿Usted militar? Me lo imagino”, había comentado riendo el Hermano, “Dar órdenes a la izquierda y a la derecha”, después se hizo serio y añadió: “Por suerte, ¡de lo contrario no hubiera podido ser nuestro fundador!”.

“¡Ya, no habría sido un desfundador!”, lo había corregido con ironía el viejo.

“Padre Fundador, no desfundador, ¿qué quiere decir desfundador?”.

“Hijo mío, Jesús en el Sacramento es el fundador, yo a lo mejor soy un pobre iniciador, pero créeme, es mejor un desfundador... Un día así me llamó una cohermana tuya y, sin saberlo, lo adivinó”.

“Padre, no se distraiga y siga contándome. Me dijeron que usted era un huerfanito: ¿pero no conoció a su padre?”.

“No, ¿cómo podía? Falleció que yo tenía quince meses. Que en paz descanse. Intenté, joven, saber algo sobre él. Me dijeron que era un hombre dinámico y emprendedor. Era un buen poeta, estudioso de los clásicos, y había escrito y publicado versos en el estilo de los clásicos. Junto con Mauro Granata y Onofrio Basilio se había dedicado también a la publicación de ‘*Aristocles*’, una revista de literatura amena”.

“Usted sigue la tradición familiar, entonces”.

“Tradición familiar es una palabra grande... tengo que decir, en verdad, que también mi mamá tenía un poco de gusto artístico. Pero yo no, nunca fui poeta, aunque escribí muchos versos”.

“No sea modesto, padre, cuantas cosas bonitas hechas por usted cantamos... pero volvamos a su padre”.

“Cuando nací, el 5 de julio de 1851, mi padre era Vice-Cónsul Pontificio, y poco después Su Santidad Pío IX lo nombró Capitán Honorario de la Marina. Sin embargo, falleció de repente el año siguiente, dejando mi mamá con apenas 23 años, tres niños y uno que estaba a punto de nacer”.

“Habrá sido difícil para su mamá, ¿verdad?”

“Sólo puedo imaginarlo, porque estaba en aquella santa inconsciencia que es la infancia, pero yo también la pasé mal, porque fui enviado “al destierro” a una tía mía que vivía sola. Todavía tengo escalofríos pensando en eso. Por otro lado, mi mamá después de unos meses tuvo a mi hermano, que quiso llamar Francisco como mi padre y, además, la pobrecita no entendía nada de propiedades y tuvo que afanarse no poco para tratar de salvar el patrimonio que teníamos en Mesina y en los pueblos de Contesse, Giampileri Superiore y Gesso”.

“¿También su mamá era noble?”.

“No. Mi abuela se jactaba de tener nobles ascendencias de los Marqueses de Montanaro, pero no sé si fuera noble de verdad, porque nunca indagué. Se había casado con Guillermo Toscano, un Comisario de policía, que por razones de servicio había sido trasladado a Mesina y aquí había tenido sus cuatro hijos: mi mamá Ana, mi tío José, que se hizo sacerdote diocesano, director del periódico ‘*La Palabra Católica*’, y mis tíos Rosalía y Antonio”.

En este punto se paró: sólo hablaban sus ojos. El Hermano entendió que se sentía muy cansado y lo ayudó a arreglar mejor las almohadas.

XXXIV

Vino el turno de uno de los jóvenes sacerdotes de la Obra, el Padre Domingo Santoro, al que el Padre Aníbal había dado como nombre de religión Serafín. Él, al ver que aquel día se encontraba mejor, con sus maneras delicadas, trató de hacer caer por casualidad el discurso sobre la Congregación de las Hijas del Divino Celo, sobre todo para sondar mejor las razones que lo habían inducido a la fundación.

“Desde los orígenes del orfelinato femenino”, comenzó el anciano, “todos mis cuidados se han dirigieron hacia la consecución de aquel propósito que, en mi modesta opinión, es inherente a cada instituto educativo: el buen éxito de las jóvenes.

Yo entendí altamente mis obligaciones, mi responsabilidad. Acumular chicas para alimentarlas y dejarlas vegetar no era establecer una casa de educación; no era cambiar las suertes de esas pobrecillas. Ahora como entonces estoy convencido que es preciso que la educación regenere y moralice la chica arrancada del vagabundeo; hace falta que la instrucción la haga capaz de ganarse, un día, honradamente, el pan de la vida.

Esta gravísima tarea de la educación e instrucción de muchas huerfanitas me puso en otra grande necesidad: la de procurarme buenas educadoras.

Se paró y miró de largo al joven sacerdote para escrutar si estaba contestando a su solicitud. Al ver que él asentía, siguió: “¡Educadoras buenas!... Entendí esta gran necesidad ya cuando empecé recogiendo a las huerfanitas. Soñaba para mi orfelinato con una congregación como las Hijas de la Caridad de la Sangre Preciosísima de aquel hombre santo padre Tomás Fusco o las Hijas de Santa Ana. Aproveché también la presencia en Mesina de la fundadora, Madre Rosa Gattorno, para invitarla a ver el orfelinato. El Canónico Ciccolo trató de interesar las Monjas de la Pequeña Casa del Cottolengo de Turín... Sin embargo, por ninguna conseguí obtener la tarea de la dirección de Aviñón. No podían aceptar mi invitación porque no tenía los medios para sostenerlas. Mantenía apenas el orfelinato golpeando cada día a las puertas y los corazones de la gente y confiando, sobre todo, en la Providencia”.

“¿Se acuerda, padre, más o menos, el período en que ocurrían estas iniciativas tuyas?”, intervino el Padre Serafín.

“Si la memoria no me falla, debía ser en los primeros meses de 1887. Sí, entre finales de dirección '86 y comienzos de '87”.

Como no seguía, el Padre Santoro se preocupó: “¿Está cansado, padre?”, preguntó atento. “¿Por qué? No, no. Me paré para reflexionar. Claro, si lo pienso, sólo la ayuda de Dios podía sostenerme en hacer aquel paso. Sí, porque, como ninguno quería venir, entonces concebí un pensamiento tal vez demasiado atrevido, si no audaz: el de formar yo mismo una comunidad de monjas educadoras de mis huerfanitas. Me decidí a pedir al Arzobispo, a la memoria feliz de aquel gran pastor que era monseñor Guarino... a él le pedí la facultad de vestir las primeras monjas y esperé conocer la voluntad de Dios de aquella respuesta. El Arzobispo me dijo: ‘Siga, pero secretamente, sin mucha publicidad’. Este permiso, en verdad, fue suficiente”.

Contó después que quiso poner esa naciente Congregación femenina bajo la protección de San José, por eso decidió entregar el hábito en vísperas del 18 de marzo de 1887. La forma del hábito había sido ideada por la señora Laura Jensen Bucca, que instruía las chicas en los telares.

“Quise que el color fuera café”, siguió, “en honor de la Virgen del Carmelo; además, dibujé el emblema: un corazón pintado sobre lienzo, con el lema ‘Rogate Dominum messis’ (Rogad el Señor de la mies). En una casita había sacado unas celdas donde se podían poner una cama, una silla y una mesita en la pared. En resumen, todo estaba listo y la mañana de las vísperas de la fiesta de San José llevé las primeras cuatro novicias a monseñor Guarino presentando una petición para pedir su permiso y bendición.

El Arzobispo me dio el permiso y la bendición diciendo: ‘¡Crezcan, hijas afortunadas, Crezcan en el Señor!’. Y en las vísperas de aquel día, las chicas, frente a mí y al Padre Muscolino, se pusieron el hábito e hicieron promesa de castidad, obediencia, pobreza y de rogar la divina Misericordia para que envíe obreros a la Santa Iglesia. Así nacieron las ‘Pobrecitas del Sagrado Corazón de Jesús’.

“¿Por qué luego les cambió el nombre?”, preguntó el Padre Santoro.

“¡Es muy importante dar el nombre a las Obras como a las personas! Durante mucho tiempo consideré siempre provisorio sea el que había dado a la Congregación masculina como el de la femenina. Antes de dar los definitivos, durante muchos años recé, hice rezar, me aconsejé con santos e ilustres Prelados de la Santa Iglesia.

Esto porque quería que los nombres correspondieran a la misión sagrada de observar la invitación urgente del Corazón de Jesús de rogar al Señor de la mies que envíe buenos trabajadores. No sé si esto fue celo u obsesión, o el uno y la otra, pero finalmente me pareció haberlos encontrado. ¡Recuérdalo siempre, y recuérdalo a todos! El 14 de septiembre de 1901 comuniqué al Arzobispo monseñor Letterío D’Arrigo los nombres definitivos de las dos Congregaciones: ‘Rogacionistas del Corazón de Jesús’ e ‘Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús’”.

XXXV

Otro día lo asistió el Padre Teodoro Tusino, uno de los “Montemurrinos” llegado al sacerdocio. Dado que se jactaba de ser un historiador, esperó el momento favorable para preguntarle cómo había nacido su vocación.

El Padre Aníbal lo miró de largo, como si fuera indeciso si contestar o no, cuando de repente oyó tocar la puerta. Era el Padre Francisco Vitale, llegado para ver cómo se encontraba e informarle sobre el funcionamiento de la Obra. Había llevado consigo el arquitecto con el proyecto de la gran Casa que estaba surgiendo en el barrio que una vez había sido Aviñón. Se trataba de arreglar unos detalles y recibir la autorización definitiva. “Padre, éste es el proyecto de la Casa grande”, dijo el profesional, exhibiéndole el proyecto con satisfacción. Y estaba a punto de empezar a explicarlo cuando se dio cuenta que el anciano había levantado la derecha.

“Dígame, padre”, se cortó el arquitecto.

“¿Dónde está la puerta de los pobres?”

El profesional no entendió y con gran desconcierto miró al Padre Vitale y al Padre Tusino como para invocar ayuda.

Dado que no contestaba, el Padre Aníbal insistió: “Hágame ver donde está prevista la puerta para los pobres y los lugares a ellos dedicados...”.

En aquel momento el arquitecto trató de farfullar algo para justificarse, pero fue interrumpido de repente: “El proyecto no me interesa”.

Cayó un silencio pesado. El arquitecto recogió las hojas y lo tranquilizó: “Bueno padre, le llevaré de nuevo el proyecto con lo que me está pidiendo”.

El Padre Aníbal lo miró satisfecho y con la derecha lo golpeó sobre la mano como si quisiera decir: está bien.

Cuando también el Padre Vitale estaba a punto de levantarse para regresar al orfanato del barrio Aviñón se dio cuenta que el Padre Teodoro, a escondidas, le hacía señal de pararse.

“Antes de que usted entrara, había preguntado al Padre”, empezó el Padre Tusino, “que me contara cómo había nacido su vocación”.

Esta vez el anciano había mirado antes al Padre Vitale y luego aquel joven sacerdote como para decir: ¿tengo que decirlo de verdad?... Él ya lo sabe.

El Padre Francisco creyó leer en aquella mirada un poco de vergüenza y, escrupuloso como era, pensó que el Padre Aníbal quería dispensarse de contar una cosa tan íntima. Entonces, para evitar que se cansara, intervino diciendo: “A mí me confió que su vocación no fue realmente ordinaria, en fin, que intervino algo sobrenatural”.

“Con todo el respeto, quisiera escuchar al Padre...”, trató de insistir el Padre Teodoro.

“¿Qué necesidad hay de hacerlo cansar?”, lo cortó el Padre Vitale.

El Padre Tusino temblaba: ¿por qué no quería entender? Y empezaba a ponerse colorado por la ira.

El anciano había seguido las miradas torvas y lo que significaban, pero disimulaba no ver; finalmente, su corazón se enterneció y los interrumpió: “El Padre Tusino tome una silla, así contaré a los dos lo que me pasó. Una noche, mientras rezaba, sentí impulsos fuertes en el alma de consagrarme todo al Señor, y de hacerlo inmediatamente. Cuando

amaneció, corrí a la Iglesia donde estaba expuesto el Señor para las Cuarenta Horas, y le pregunté: “Habla Señor, que tu servo te escucha”.

Sentí dentro de mí tales voces y tuve tales luces en mi mente que me parecía que mi corazón se quemaría...”.

Los dos parecían colgar de sus labios, y entonces decidió empujar más allá su confidencia. “En todos estos años pensé en estos momentos y ahora, con la poca experiencia con que me encuentro, puedo decir, para el honor del Señor, que mi vocación tuvo tres calidades. Fue, en primer lugar, repentina. Aunque amara la vida devota, en aquellos tiempos de masonería y liberalismo predominantes, no pensaba en la vida eclesiástica. De repente el Señor me envió su luz.

Fue irresistible. Sentía que no podía resistir a la acción de su gracia. Tenía que ceder absolutamente.

Fue segurísima. Después de aquella luz, estuve absolutamente seguro de que Dios me llamaba. Ya no podía dudar mínimamente que el Señor me quería para ese camino”.

Siguió un largo silencio, como si el Padre Aníbal hubiera dictado los puntos de una meditación. El Padre Vitale parecía repetir en su mente esa análisis tan aguda y penetrante y movía la cabeza asintiendo en cada paso.

“¿Cuándo ocurrió todo eso?”, rompió el silencio el Padre Tusino.

El anciano lo miró fijo como para buscar un punto de concentración para excavar en sus recuerdos, para reconstruir las coordenadas del tiempo. Finalmente agitó la cabeza: “No me acuerdo con precisión, pero debía de ser entre septiembre y noviembre de 1869... seguramente fue a finales de 1869”.

Después, como para retomar lo que había dicho antes: “Tengo que añadir”, dijo, “un hecho importante: ya desde su comienzo fue una vocación no sólo sacerdotal sino también religiosa”.

“Padre, permítame una pregunta, entonces – intervino el Padre Teodoro de manera muy interesada – si las cosas están así, ¿por qué no entró en una Orden?... ¿Una Congregación religiosa?”.

“De hecho mi intención era la de hacerme jesuita y había pensado despedirme tan pronto como era posible. Sin embargo, antes decidí ir a consultar mi confesor. Aquel hombre santo, después de haberme escuchado con mucha paciencia, me dijo perentorio: “Este no es el tiempo de hacerse religioso, porque todos los religiosos son perseguidos. Te harás sacerdote secular”.

Considerados los tiempos en que el Estado había disuelto las Órdenes religiosas y se había apoderado de sus bienes, había expresado un consejo humanamente irreprochable. Sin embargo, espiritualmente ese consejo no era correcto. Pero, ¿sabemos que el que obedece nunca se equivoca! Aunque el confesor se equivocara en este caso, adivinaba de todos modos en la sustancia, porque manifestaba la voluntad de Dios”.

“Padre, permítame también otra pregunta... un poco impertinente”, siguió el Padre Vitale, “¿Nunca se arrepintió de esa elección?”.

“No”, contestó prontamente el anciano, “No, sinceramente no, aunque tal vez habría evitado muchas espinas, pero era esa la voluntad de Dios. Mejor dicho, le diré que entonces quería hacerme jesuita, y quería alejarme de esta ciudad, pero si hubiera sido ahora, no habría sentido ese deseo, porque la necesidad que Mesina tiene de sacerdotes, que salven las almas y se consumen por Jesucristo, es inmensa. Y siento, en mi pobreza, de haberme sacrificado para las almas de mis conciudadanos”.

“Disculpe si insisto”, retomó el Padre Francisco, “sobre los momentos duros, ¿y fueron muchos! ¿Hubo uno en particular que le provocó pesar?”.

El Padre Aníbal lo miró intensamente y los ojos se le llenaron de lágrimas. Superado el momento de conmoción, asintió con la cabeza. Después lentamente retomó: “Cuando en nuestras empresas todo va al revés, no queda otro alivio que la resignación en la Voluntad Divina, que todo lo hace bien, incluso cuando no lo comprendemos. Lo que cuesta esta resignación en estos casos lo puede comprender bien el que se halló en eso. Para mí fue el terremoto. En aquellos días terribles en los que sólo tenía noticias de muerte y destrucción total, amargaba todavía más el cáliz el tener que resignarme en ver dispersar la semilla de una obra consagrada al santísimo propósito de aquel mandato celeste: ‘Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam’ (Rogad, pues, el Señor de la mies que envíe trabajadores a su mies). Tener que replegar este estandarte sacrosanto, en el que brilla una de las más tiernas expresiones del Sagradísimo Corazón de Jesús, y al que puede estar ligada la salud de las almas por el camino más breve y seguro, constituía mi pesar más grande”.

El Padre Tusino, sin embargo, había decidido sondear el asunto de la vocación, y entonces volvió a su juventud, preguntando: “¿Considerado que usted tenía necesidades espirituales particulares, el confesor no lo dirigió de alguna manera?”.

“Tengo que decir que él podía leer en mi alma. Así a la lectura de los libros ascéticos comunes en un momento, me hizo añadir la de los místicos, especialmente de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Estas lecturas me empujaron, después, a entrar en contacto con las Capuchinas de Santa Verónica Giuliani en Ciudad de Castillo, y allí nació la edición del Diario de la Giuliani que conocéis”.

“¿Pero, para realizar concretamente su vocación al sacerdocio?”, intervino el Padre Tusino para no hacerlo alejar del tema que lo interesaba más.

El Padre Aníbal lo miró con los ojos de un bribón impune: “Con la aprobación del arzobispo”, contestó, “hice la vestidura, con mi hermano... ¡pasó de todo! Mi mamá ya no quiso recibirnos en casa... si no hubiera intervenido aquel hombre santo, el confesor, que era también su confesor, estaríamos todavía en el frío y en las heladas delante de nuestra casa”, y entre los golpes de tos rompió en una buena risa.

Sería por la emoción de recordar aquellos momentos de su juventud, o por el esfuerzo que había cumplido en hablar tanto, pero se sintió tan agotado que quedó mucho tiempo sin fuerzas para abrir ni siquiera los ojos.

Eso impresionó tanto a los dos sacerdotes que decidieron llamar inmediatamente a los médicos.

Unos días después, el Padre Palma y el Padre Vitale, que hacían de responsables de la Obra, con la autorización de los médicos de Mesina, consiguieron que lo visitara el ilustre clínico napolitano, el doctor Amato.

Él, después de una visita cuidadosa no hizo nada más que confirmar el diagnóstico y la terapia de los médicos sicilianos. Y precisamente, con el consejo de éstos, en la primavera de 1927, quisieron intentar la última posibilidad: el cambio de aire.

Así, el 9 de mayo el Padre Aníbal dejó su apartamento en el Monasterio del “Espíritu Santo” y fue trasladado a una Casa cerca de la pequeña iglesia de la Virgen de la Guardia. Una colina fuera de Mesina, que domina el Canal.

El Padre Aníbal se alejó satisfecho de Mesina, repitiendo las palabras del buen Simeón: “Ahora deja, Señor, que tu servo vaya en paz”, porque la Sagrada Congregación de los Religiosos había concedido el 3 de mayo la confirmación: sus Congregaciones religiosas ya estaban jurídicamente reconocidas.

XXXVI

El período que pasó en la “Guardia” fue caracterizado por la agravación de la ya dolorosa enfermedad. El Padre Aníbal edificó a todos por su pacencia, tolerando en silencio los sufrimientos atroces y por su oración incesante. Estaba consciente de que su vida terrena iba acabándose, y se preparaba al encuentro con el Esposo celestial.

El 29 de mayo, el Arzobispo monseñor Ángel Paino, que quería estar continuamente enterado de sus condiciones de salud, fue a visitarlo junto con su secretario.

El Padre Aníbal quiso acogerlo sentado en una butaca; hubiera querido postrarse, pero no pudo, y con la máxima inclinación le besó el anillo sagrado. El prelado, emocionado, lo animó a confiar en las oraciones que para él hacían muchas almas buenas y muchos huerfanitos y huerfanitas, pero en su corazón quedó muy triste porque se dio cuenta de que su estado de salud era muy grave.

El anciano obtuvo mucho alivio de aquella visita, no sabiendo que la mañana siguiente habría sido alegrado por otra visita: la de la Santa Niña, a la que era muy devoto.

A las 7 y media o las 8 de la mañana, Fray Miguelito Lapelosa, que lo asistía, de repente lo vio transfigurarse en la cara. Sonreía, mientras tranquilamente empezó a decir: “¡Que guapa es la Santa Niña!”, y con las manos extendidas parecía que quisiera abrazarla. Luego se tranquilizó: su paz vislumbró en una sonrisa, como la del que contempla el paraíso.

La noche pareció más deprimido. Sin embargo, se fue a la cama serenamente; bendijo, como hacía siempre, a los que lo rodeaban y se quedó con Fray Miguelito, que lo vigilaba. Pasó la noche insomne y en su cara se leía el sufrimiento.

Pasada la medianoche, el Hermano sintió la cama agitarse por un temblor ligero; se acercó y le preguntó si necesitara algo; al no obtener una respuesta llamó a Fray María Antonio Scolaro y al Padre Vicente Gandolfo de Aragona, su gran admirador, que había pedido dormir en la “Guardia”.

Padre Vicente se dio cuenta de que había entrado en agonía, y dijo de avisar al Padre Vitale, mientras empezaba a rezar las oraciones para los agonizantes. Llegado el médico, pronosticó que el fin era próximo.

El Padre Aníbal exhaló su último aliento entre las invocaciones que le sugería el Padre Vitale y las oraciones de sus hijos. Eran las 6 y treinta horas de la mañana de miércoles 1 de junio de 1927.

La noticia pareció tener las alas: llegaron los campesinos de los campos con flores y lirios; llegaron de la ciudad amigos, conocidos, admiradores: todos querían ver al “Santo durmiendo”.

Las Autoridades eclesiásticas y civiles publicaron la noticia con respectivos carteles; se crearon juntas, se movilizó la prensa, se proclamó el luto ciudadano.

A pesar de que el cuerpo llegó en forma particular al Templo de la Rogación Evangélica a las 21 y treinta horas, una gran multitud fue retenida apenas fuera por un cordón de carabineros. Media hora después, el Arzobispo pidió poderlo ver: lloró, le besó los pies, las manos y la frente y se quedó mucho tiempo de rodillas rezando cerca del ataúd.

La fiesta de la Virgen de la Carta, Patrona de Mesina, obligó desplazar los entierros al 4 de junio, permitiendo durante tres días a un número increíble de personas rendirle homenaje y tocar sus despojos.

La noche de la víspera, antes de sellar el ataúd, la iglesia fue cerrada para permitir a sus hijos e hijas espirituales apretarse por última vez cerca de él. Después de haber rezado juntos las oraciones, uno tras otro, se acercaron para expresarle sus sentimientos. Agitando el bastón blanco que batía para orientarse, se acercó por último fray Mariano. Llegado delante del ataúd pidió a un hermano acercarlo a los pies del Padre Aníbal. Se los acarició con ternura y le puso al lado una carta escrita en braille...

El 4 de junio hubo el cortejo: la multitud era inmensa. A pesar de que el Municipio había dispuesto un coche fúnebre de gran lujo arrastrado por cuatro caballos blancos, el féretro fue llevado a hombros por los estudiantes universitarios y los jóvenes.

Hubo intervenciones por parte del Alcalde, de la Comisión Real, del Presidente de la Junta Diocesana y del Padre Palma en nombre de la Obra.

“Ten, o santo – terminó su elogio fúnebre el Arzobispo, monseñor Paino – el último saludo, la última bendición, y esta manifestación de pueblo, así como nunca se había visto en Mesina, especialmente con esta multitud tan emocionada, llegada aquí para enviarte el extremo saludo y agradecer a Dios que quiso recompensarte así aquí también. Nosotros que de ti no sabemos privarnos, a ti nos encomendamos, junto con nuestra ciudad, que encuentra en la continuación de tu Obra la razón máxima de sus grandes aspiraciones. De aquí quedará nuestra comunión de vida: Tú desde ahí ruega, nosotros desde aquí gritaremos fuerte, fuerte: ¡gloria, gloria, gloria!, y Tu contestaras: ¡caridad, caridad, caridad!”.

Después del cortejo solemne, el cuerpo entró nuevamente en el templo de la Rogación Evangélica – que la gente llamaba simplemente Santuario de San Antonio – porque, gracias al interés de las Autoridades eclesiásticas y civiles, el 3 de junio el Gobierno había accedido a la solicitud que el Padre Aníbal fuera enterrado en su iglesia, en el lugar donde una vez surgía el barrio Aviñón.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Para hacer más fácil la lectura se prefirió no cargar el texto con notas de referencias documentales o bibliográficas, sin embargo, la entera biografía está basada en la documentación publicada e inédita, estudios y ensayos.

Al lector podría parecer que, a veces, en la escenificación de unos episodios, seguimos la fantasía. Si eso les crea escrúpulos, aseguramos en seguida que, como se hace en las fieles reconstrucciones de época, nos fundamentamos en documentación de primera mano. Por ejemplo, las recetas contra la tos, que el Padre Aníbal da al cobrador del tren en el comienzo del cuento, se sacaron de la carta del 27 de diciembre de 1908, dirigida a la señorita Andreina Battizzocco de Padua (Archivo Postulación Rogacionista [APR], 28 – 1437). Es decir, de un documento escrito el día después. Esta carta es muy importante para determinar sus intenciones y la secuencia de los acontecimientos: fue, de hecho, terminada la mañana del 29, y se dice va a enviarla para luego ir a la audiencia con el Papa, pero, mientras iba a enviarla, supo del terremoto. Todo lo que sigue fue contado por él mismo (cf. APR, 5 – 297; «Dio e il Prossimo», Suplemento, a. II, n. 1 (6 de enero de 1909), p. 1-3), mientras el cuadro de los acontecimientos se sacó de G. Licata, *Un giorno come gli altri. Terremoto a Mesina: 28 Dicembre 1908*, Milán 1966, y de *Messina, storia: il terremoto* (página web); *Corriere della sera* y *Gazzetta del popolo* (consultados directamente en la hemeroteca).

La configuración tranviaria y viaria romana de la época se sacó, hasta los mínimos detalles, de *La rete tramviaria urbana* (página web), sobre todo en el capítulo relacionado a *Omnibus, tram a cavalli, tram elettrici* (1945-1908), y G. PAGNOTTA, *Roma in movimento nelle fotografie dell'archivio Atac 1900-1970*, Roma, Editori Riuniti, 2002.

Lo mismo se podría decir para las escenas que conciernen a Luis *el gamberro*: ha sido el mismo Padre Levi quien las contó; así como la Visita y el cambio de posición del Visitador se contó personalmente por Monseñor Francisco Parillo y por el Padre Francisco Vitale, que era directamente implicado.

Casi para evitar cada duda posible a veces preferimos hacer contar al mismo Padre Aníbal lo que hizo para fray Mariano o que escribió a Monseñor Zimarino sobre Don Eustaquio Montemurro.

En una secuencia racional vamos ahora a alistar las fuentes utilizadas, destacando que siempre preferimos basarnos en lo que había escrito él mismo. Para las cartas recurrimos al Archivo de la Postulación, gracias a la colaboración del Padre Salvatore Greco. Un gran número de esas cartas pueden ser leídas en su entereza en la edición del Padre TEODORO TUSINO, *Lettere del Padre I-II*, Padua 1965 y en la *Positio super virtutibus*, Roma 1988. De gran utilidad fueron también otras dos obras del Padre Tusino: *L'anima del Padre. Testimonianze* (Roma 1973) y la monumental *Memorie biografiche*, partes I-IV, Roma, Rogate, 1995-2001.

Aprovechamos también las ediciones de unas obras del Padre Aníbal, como: *Primi versi di Annibale di Francia da Mesina*, Mesina, Tip. Nobolo, 1969; *Fede e Poesia*, Oria 1926; *Discorsi*, Mesina 1940; *Gl'inni del Primo Luglio*, Mesina 1940.

La biografía de referencia más que las otras fue la del PADRE FRANCESCO VITALE, *Annibale Maria Di Francia nella vita e nelle opere*, Mesina 1939 y, además, la documentada que escribimos en 1994 junto con Padre Salvatore Greco, *Annibale Maria*

Di Francia. Biografía, Roma, Rogate, 1994, publicado bajo la dicción “Congregazione delle Cause dei Santi”.

Muchos detalles, incluso curiosos, se sacaron de CARMELO DRAGO (el fray Carmelo de que se habla en varias partes), *Il Padre, frammenti di vita quotidiana*, Roma, Rogate, 1995.

Para Oria se tuvo en consideración el ensayo de A. ANCORA, “Oria nel Primo quindicennio del Novecento e Padre Annibale. Aspetti e momenti”, en *Annibale M. Di Francia: Momento, Opera, Figura*, Atti delle giornate di studio, Oria 15-16.10.1977, Bari 1979, p. 139-240.

Sobre aspectos y personajes que encontraron al Padre Aníbal recurrimos a D. DE GREGORIO, *Il card. Giuseppe Guarino*, Mesina 1982; M. G. DOLCIMASCOLO, *Sulle relazioni Cusmano-Di Francia*, en “Bollettino della Congregazione dei Padri Rogazionisti del Cuore di Gesù” 40, 5(1964), p. 605-665; A. MARRANZINI, *Eustachio Montemurro. Epistolario*, I-II, Roma 1986; T. TUSINO, *Il Padre e le Figlie del sacro Costato*, Roma 1969; F. CAMPANALE, “A. M. Di Francia e Santa Veronica Giuliani (en relación a la publicación del Diario)”, en *Testimonianza e messaggio di Santa Veronica Giuliani*, por L. Iriarte, I, Roma 1983, p. 71-101.

Para una bibliografía más completa y una citación directa y puntual de las fuentes reenviamos a obras más específicas, que tienen finalidades científicas y ensayos.

La intención de esta biografía es esencialmente la de hacer conocer la personalidad poliédrica del Padre Aníbal e introducir a su espiritualidad y a su mensaje social, por eso no se tocaron o profundizaron unos problemas y situaciones especiales, que no habrían, de todos modos, modificado su imagen.

BREVE CRONOLOGÍA

1820-1821 (?)

Nace en Mesina Francisco Di Francia, de Juan de los Marqueses de Santa Catalina del Jonio y Doña Catalina Gustarelli.

8 de junio de 1830

Nace en Mesina Ana Toscano de Don Guillermo, Comisario de Policía, y de la Marquesa Matilde Montanaro.

2 de junio de 1847

Boda de Francisco Di Francia con Doña Ana Toscano, celebrado en la iglesia de Santa María de la Providencia (Parroquia de San Lorenzo).

5 de julio de 1851

Nace en Mesina María Aníbal, tercero de cuatro hijos, en la casa situada en Calle Jesús y María delle Trombe (la actual Calle San Juan Bosco).

7 de julio de 1851

Aníbal es bautizado en la iglesia de S. María de la Providencia (Parroquia San Lorenzo), con el permiso del párroco, el Canónigo Padre Reverendo José Marchese. Su padrino es el tío materno Don José Toscano.

23 de octubre de 1852

Francisco, afectado por una grave enfermedad, fallece con 32 años de edad. Deja tres niños en temprana edad, incluido María Aníbal de 15 meses. Su mujer, Ana Toscano, viuda con menos de 23 años, está encinta del cuarto hijo. Es enterrado en la iglesia de S. María di Jesús Superior en Contrada Retiro.

Septiembre de 1854

Afectada por el cólera, fallece la vieja tía a la que había sido encomendado el pequeño Aníbal. También él es contagiado por el morbo, pero sin graves consecuencias. Durante la convalecencia su mamá lo lleva de nuevo a su casa.

Octubre de 1858

Aníbal entra en el Colegio “San Nicolau” de los Padres Cistercienses, donde enseña también su tío paterno Padre Rafael.

Noviembre de 1860

Durante la estancia en Nápoles su tío José La Farina, que en Mesina se había casado con María Luisa Di Francia, aconseja a Aníbal de entrar en el Colegio Militar de la “Nunziatella”. Sin embargo, él rechaza, no sintiendo ninguna atracción a la vida militar.

Septiembre - octubre de 1861

Junto con su madre y hermanos vuelve a Mesina, donde retoma los estudios en el Colegio de “San Nicolau”. Ahora también su hermano Francisco es su compañero. Los dos destacaban en el arte de la declamación y en las representaciones escénicas.

Julio de 1866

Deja definitivamente el Colegio, cerrado por las leyes subversivas del Gobierno y, junto con el hermano Francisco, vuelve a su casa. Sigue los estudios bajo la guía del poeta mesinés Feliz Bisazza y de otros ilustres docentes.

1868

A la edad de 17 años obtiene de su Confesor el permiso de recibir la Eucaristía diariamente. En el mismo período, en la iglesia de San Juan de Malta en Mesina, rezando frente al SS. Sacramento expuesto en forma de Cuarenta Horas, intuye la necesidad de rogar por las vocaciones. Tiene la que define como la

“Inteligencia del Rogate”. Tiempo después, descubre en el Evangelio el mandato de Jesús: “Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam” (Mt 9, 38 y Lc 10,2).

Octubre de 1869

Publica el opúsculo de 32 páginas titulado: “Primeros versos de Aníbal Di Francia de Mesina”, Tip. Nobolo, Mesina 1869. Los versos, ocho composiciones, son precedidos por su prólogo.

Noviembre de 1869

Siente, de una manera no completamente ordinaria, la llamada al sacerdocio y elige como ideal de vida servir a Dios en el prójimo. Un día dirá: “Mi vocación fue repentina, irresistible, segurísima”.

8 de diciembre de 1869

En la iglesia de San Francisco en la Inmaculada viste el hábito eclesiástico junto con su hermano Francesco, después de haber pasado la noche en oración. En el mismo día, en Roma, el Papa Pío IX abre el Concilio Ecuménico Vaticano 1°.

16 de enero de 1870

En Mesina, en la iglesia de San Nicolau dei Cuochi, el clérigo Aníbal empieza su carrera oratoria con el panegírico sobre “María Santísima de la Providencia”.

26 de agosto de 1870

Consigue el Diploma de maestro de escuela básica, que se le entrega oficialmente el 26 de enero de 1876.

15 de septiembre de 1872

En la Capilla del Palacio Arzobispal de Mesina, Monseñor Luis Natoli le confiere la Tonsura y los primeros dos órdenes menores: Ostiariado y Lectorado.

Julio de 1876

Publica el opúsculo de 32 páginas titulado: “Novenario en honor de María Santísima bajo el título de la Inmaculada Concepción de Lourdes que se venera en la Unión Piadosa del mismo título en la iglesia parroquial de S. Lorenzo en Mesina”. En el prólogo traza una breve historia de las apariciones de Lourdes. Introduce en Mesina la veneración a la Virgen de Lourdes fundando también una Asociación Piadosa.

26 de mayo de 1877

Es ordenado Diácono por Monseñor José Guarino, en la iglesia del Monasterio de Montevergine en Mesina.

Diciembre de 1877- enero de 1878

El diácono Aníbal encuentra providencialmente, en un callejón de Mesina, el mendigo Francisco Zancone. Lo gratifica con una limosna en dinero y promete visitarlo a las “casas Aviñón”.

Febrero de 1878

Visita por primera vez las “casas Aviñón”. Ese caserío era llamado “Aviñón” por el nombre del dueño que lo había construido: el Mayoral Antonio Aviñón de los Marqueses de San Teodoro.

16 de marzo de 1878

En Mesina, en la iglesia del monasterio “Espíritu Santo” es ordenado Sacerdote por el Arzobispo Monseñor José Guarino.

Marzo - abril de 1878

El Padre Aníbal, recién ordenado sacerdote, empieza su apostolado de regeneración humana, social y cristiana de los más de 200 pobres de las “casas Aviñón”.

Cerca de 1880

Compone su primera oración por las vocaciones tras no haber encontrado ninguna en los libros de devoción. Esa oración, que empieza con la invocación: “Oh Corazón compasivo de Jesús”, se rezaba, cada día, por los pobres de las “casas Aviñón”.

19 de marzo de 1881

El Padre Aníbal celebra, por primera vez, la Santa Misa entre los pobres de las “casas Aviñón”, en la Capilla dedicada al Corazón de Jesús. Con esta celebración él inaugura sólo la primera Capilla, sacada de un pequeño cuarto que había adquirido y amueblado con la generosa aportación de Doña Catalina Scoppa, Marquesa de Cassibile.

19 de marzo de 1881

El Padre Aníbal, ayudado por los sacerdotes José Ciccolo, por su hermano Francisco y por Antonio Muscolino, organiza un almuerzo para más de 200 pobres de las “casas Aviñón”, preparado y servido por unas Damas de la aristocracia mesinés. En esa ocasión presenta a la opinión pública su Obra de caridad empezada en aquel lugar de pobreza.

Abril de 1881

Para asegurar una ayuda estable a su Obra de caridad empezada en el barrio Aviñón de Mesina, divulga una apelación en la prensa, para solicitar la beneficencia de las personas acaudaladas. La apelación con adjunta la hoja para la suscripción, es firmada por el Padre Aníbal y por los sacerdotes: José Ciccolo, Francisco M. Di Francia y Antonino Muscolino.

Septiembre – octubre de 1881

El Padre Aníbal, al haber adquirido unas casitas en el barrio Aviñón, instala los primeros talleres. Para las adultas introduce el trabajo de cuerda para las sillas; las jóvenes, en cambio, se dedican a los telares bajo la guía de una maestra laica.

22 de enero de 1882

El Padre Aníbal es nombrado Canónigo Estatuario de la Iglesia Metropolitana de Mesina, con Bula del Arzobispo Monseñor José Guarino.

19 de marzo de 1882

En el “barrio Aviñón” el Padre Aníbal inaugura una guardería. En esa circunstancia ofrece un almuerzo reservado a los chicos pobres, servido por los nobles y titulados mesineses y por unos sacerdotes.

6 de julio de 1882

El Arzobispo de Mesina, Monseñor José Guarino, con la finalidad de proveer a la disciplina y vigilancia de los Clérigos externos, nombra al Padre Aníbal Prefecto y Responsable de su formación.

8 de septiembre de 1882

El Padre Aníbal inaugura oficialmente el primer Orfelinato femenino en el “barrio Aviñón”. Lo titula: “Pequeño refugio del Corazón de Jesús”, que después cambiará con la denominación: “de María Inmaculada”. Las primeras huerfanitas son encomendadas a una monja de la casa, hermana Doménica, terciaria dominica. Cuando ella se retira, el encargo de directora es asumido por la señora Laura Jensen Bucca.

4 de noviembre de 1883

El Padre Aníbal empieza, en el barrio Aviñón, su primer Orfelinato masculino con la hospitalización de cuatro niños. Para la asistencia inmediata los encomienda al joven Antonino Damiotti.

Noviembre de 1884

El Padre Aníbal instala en el barrio Aviñón la primera máquina tipográfica, regalo de José Crupi, tipógrafo y editor mesinés. Las primeras imprentas llevan la denominación “Tip. Barrio Aviñón”, que después tendrá diferentes variaciones. La nueva industria sirve no sólo para encaminar los huérfanos al trabajo, sino también contribuye, en parte, a resolver el problema económico, especialmente con la impresión de las etiquetas para las cajas de los cítricos.

11 de mayo de 1885

El Padre Santiago Cusmano es recibido por Monseñor José Guarino en el Palacio Arzobispal. Aquí encuentra, por primera vez, al Padre Aníbal, que lo acompaña en el barrio Aviñón.

1886

El Padre Aníbal encuentra, cerca de la iglesia de la Anunciación, el clérigo Francisco Vitale. Lo llama y lo invita a ir junto a él, al barrio Aviñón, para ayudarlo a asistir los niños de su naciente Orfelinato. Vitale rechaza la invitación. Sin embargo, después, será un colaborador suyo, primer sucesor y primer biógrafo.

1 de julio de 1886

Con la autorización del Arzobispo, el Padre Aníbal hace sacramental la primera Capilla del barrio Aviñón, después de dos años de ardiente espera e intensa preparación.

18 de marzo de 1887

Las primeras cuatro candidatas de la naciente Congregación femenina del Padre Aníbal, antes de ser admitidas al Noviciado, escriben a Monseñor José Guarino para pedirle su autorización y bendición. El Padre Aníbal presenta la petición al Arzobispo junto con el emblema y al hábito religioso. Con un rito muy sencillo, aquella tarde, en la presencia del sacerdote Antonino Muscolino y de las huérfanas, entrega el hábito a las cuatro jóvenes.

1 de julio de 1887

En el primer aniversario de la llegada de Jesús en el Santísimo Sacramento entre los pobres de las “casas Aviñón”, el Padre Aníbal establece que se tiene que recordar siempre el evento, creando así, para sus Institutos, la que todavía hoy en día se llama “Fiesta del Primero de Julio”.

Octubre de 1887

La señora Susana Consiglio viuda Miceli envía al Padre Aníbal el primer donativo de 60 liras, para cumplir una promesa hecha en ocasión del cólera. El criado encargado de llevarlo era el joven Andrés Curró de José, del que la señora se sirvió también después. Nació así la providencial institución del “Pan de San Antonio” para los huérfanos de las “Casas Aviñón”.

20 de agosto de 1890

El maestro Francisco Bonarrigo, con cuarenta años, de Gualtieri Sicaminó (Mesina), se presenta en el barrio Aviñón con la sola aspiración de querer llevar una vida espiritual más intensa, bajo la dirección del Padre Aníbal.

15 de abril de 1891

La Comunidad femenina (hermanas y huérfanas) se traslada de las “Casas Aviñón” al palacio de la familia Brunaccini, en la central Calle Cavour, alquilado por el Padre Aníbal. En el barrio Aviñón quedan unas cuantas hermanas para la asistencia doméstica de la Comunidad masculina.

30 de marzo de 1895

El diácono Francisco Bonarrigo es ordenado sacerdote por Mons. Guillermo D’Alcontres, obispo auxiliar de Mons. Guarino. Es el primer colaborador de la naciente institución del Padre Aníbal.

14 de mayo de 1895

El Consejo Municipal de Mesina, reunido en sesión ordinaria bajo la presidencia del Alcalde Santiago Natoli, delibera unánimemente de ceder al Padre Aníbal, en forma provisional, una parte del antiguo Monasterio “Espíritu Santo”, como sede de su Orfelinato femenino. En la misma sesión el Consejo también establece conceder la ayuda extraordinaria de 4.000 liras, para los arreglos más urgentes para hacer en el mismo monasterio.

7 de junio de 1895

La Comunidad femenina del Padre Aníbal (huérfanas y hermanas) se traslada del palacio Brunaccini al antiguo Monasterio “Espíritu Santo”, que se convierte en la Casa Madre de las Hijas del Divino Celo.

Mayo de 1897

En el Instituto “Espíritu Santo” el Padre Aníbal inaugura el molino – panadería. Esta nueva industria asegura trabajo para las huérfanas y soluciona, parcialmente, el problema económico. El “pan de puro trigo” que allí se produce, se vuelve en seguida muy popular en Mesina; es llamado “Pan Padre Francia”.

16 de mayo de 1897

El Padre Aníbal asiste en la vestición religiosa de los primeros tres Hermanos Coadjutores: Plácido Romeo (fray Plácido), Francisco Di Gregorio (fray Benito), Carmelo Calabró (fray José). Preside el rito el Padre Plácido Mauro de los Benedictinos de Montecassino, en homenaje a San Benito. Llevan, cosido en la sotana, el emblema que los caracteriza: un corazón imprimido en tela con la inscripción: “Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam”.

8 de agosto de 1897

Monseñor José Basile, Vicario General del Cardenal José Guarino, convoca al Padre Francisco Bonarrigo para comunicarle que está disuelto el Instituto femenino, y de transmitir la decisión al Padre Aníbal en cuanto volverá de las Apulias.

17 de agosto de 1897

Por mediación del Padre Bernardo de los Frailes Menores, el Padre Aníbal obtiene por el Cardenal Guarino un año de prórroga, en prueba, antes de llegar a la supresión de la Obra. Entonces, comunica esta decisión a Melania Calvat, con la esperanza de persuadirla a ir a Mesina para dar nuevo impulso a su Congregación femenina.

18 de septiembre de 1897

Melania Calvat asume para poco más de un año la dirección de la Comunidad religiosa femenina y de todo el Instituto del Padre Aníbal en el antiguo Monasterio del “Espíritu Santo” en Mesina.

23 de abril de 1899

Primera profesión religiosa en la naciente Institución masculina del Padre Aníbal (con voto de castidad y de oración para las vocaciones y con promesa de pobreza y obediencia). Los Religiosos Profesos son dos Hermanos Coadjutores: fray Plácido María (Plácido Romeo) y fray Benito María (Francisco Di Gregorio).

30 de agosto de 1899

El Padre Aníbal envía a los directores de los periódicos de Mesina, pidiendo de publicarla, una carta titulada: “La caza a los pobres”. Contra la mala costumbre, adoptada en aquel tiempo, de perseguir los pobres mendigos, él toma valientemente sus defensas. Muchos periódicos adhirieron de buena gana a la solicitud, elogiando su caridad.

6 de mayo de 1900

Fiesta del Patrocino de San José. Profesión Religiosa, con votos de castidad y de oración diaria por las vocaciones y las promesas de pobreza y obediencia, por parte del Padre Aníbal y los demás componentes la primera Comunidad religiosa masculina. Entre los suscritores, además de él, aparecen: el Padre Bonarrigo, el Padre Catanese, el subdiácono D’Agostino, los tres Hermanos Coadjutores y los Clérigos Micalizzi A., Russello S. y Schepis N.

8 de diciembre de 1900

Para difundir entre los fieles la oración por las vocaciones, el Padre Aníbal instituye la “Unión piadosa de la Rogación del Corazón de Jesús”.

14 de septiembre de 1901

El Arzobispo de Mesina, Monseñor Letterío D’Arrigo, aprueba los nombres definitivos de las dos Congregaciones religiosas del Padre Aníbal: “Rogacionistas del Corazón de Jesús” y las “Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús”.

7 de enero de 1902

Desde el Instituto “Espíritu Santo” de Mesina salen cuatro hermanas Hijas del Divino Celo, enviadas por el Padre Aníbal a Taormina para la abertura de las primera Casa filial.

18 de enero de 1902

El sacerdote Vicente Lilla, docente de la Universidad de Mesina, publica un opúsculo titulado: “El Canónigo Aníbal M. Di Francia y su Obra Piadosa de Beneficencia”, en apoyo a las obras caritativas surgidas en el barrio Aviñón.

24 de septiembre de 1903

El Padre Pantaleón Palma, atraído por el apostolado de caridad del Padre Aníbal en el barrio Aviñón, pide a Monseñor Pedro Iorio, Arzobispo de Taranto y Administrador Apostólico de Oria, dejar la Diócesis. Cuando obtiene el permiso, se dedica por completo a la Obra Píadosa, convirtiéndose así en válido colaborador del Padre Aníbal.

26 de junio de 1908

Con un “Número de ensayo”, el Padre Aníbal empieza la publicación de la revista: “Dios y el Próximo”.

28 de diciembre de 1908

Al amanecer, a las 5 y 20 horas, una violentísima sacudida de terremoto destruye la ciudad de Mesina, causando gravísimos daños también en Regio Calabria. Se registran cerca de 80.000 muertos.

29 de diciembre de 1908

A las 10 de la mañana, en Roma, el Padre Aníbal se entera del terremoto que había afectado las ciudades de Mesina y Regio Calabria. Por la tarde sale en seguida para Nápoles, de donde espera alcanzar Sicilia cuando antes.

30 de diciembre de 1908

Llegado en Nápoles, el Padre Aníbal se entera de las primeras penosas noticias sobre el desastre de Mesina. Dos prófugos mesineses le dicen que sus Institutos son un montón de escombros. Obtiene, providencialmente, un billete en la nave “Scilla” y así consigue salir de Nápoles para Mesina.

31 de diciembre de 1908

A las 4 horas de la tarde el Padre Aníbal, en la nave “Scilla” llega al puerto de Mesina. Sin embargo, a ningún pasajero le permiten bajar.

1 de enero de 1909

Después de haber pasado la noche en el puerto de Mesina, el Padre Aníbal sigue para Catania, cerca del mediodía, con la misma nave. Es acogido como huésped por el Cardenal Arzobispo Monseñor Francica Nava. Aquí se entera de la primera consoladora noticia sobre sus Institutos por el Padre Trombaduri, escapado del terremoto con otros Franciscanos de Mesina.

4 de enero de 1909

El Padre Aníbal deja Catania. Por la noche llega, finalmente, a Mesina, donde puede volver a ver a sus hijos espirituales.

7 de enero de 1909

El Padre Aníbal lanza una “apelación” a los corazones generosos, para que vayan encuentro a sus Institutos dañados por el desastroso terremoto del 28 de diciembre de 1908.

29 de enero de 1909

A las 5 horas de la tarde todos los huérfanitos, acompañados por el Padre Aníbal y unos Religiosos Rogacionistas, y un pequeño grupo de huérfanitas guiadas por las hermanas Hijas del Divino Celo, dejan Mesina embarcados en el transbordador hacia Regio Calabria. De aquí siguen el viaje en tren, hacia las Apulias.

31 de enero de 1909

La comitiva de los huérfanos mesineses sale de Taranto hacia Francavilla Fontana, donde es atendida por toda la ciudadanía. La acogida, afectuosa y excepcional, es conmovedora. El mismo Padre Aníbal hace un discurso. Los huérfanos son colocados en el antiguo Convento de las Escuelas Pías; las huérfanas, en cambio, en el palacio del señor Ángel Casalini, rico propietario e industrial de aquella ciudad.

23 de marzo de 1909

El Padre Aníbal, junto con el Padre Pantaleón Palma, la hermana M. Nazarena Majone y la hermana Carmela D’Amore, es recibido en audiencia privada por el Papa Pío X. El Santo Padre se muestra muy enterado sobre la trasfencia de los huérfanos desde Mesina a Francavilla Fontana y Oria y, poniéndole la mano en la cabeza, le dirige palabras de consuelo y ánimo.

1 de mayo de 1909

El Padre Aníbal recibe como novicio el Canónigo Francisco Vitale, que llama con el nombre de religión Bonaventura. La pequeña ceremonia tiene lugar en la Capilla provisional en el barrio Aviñón, en la presencia de Don Luis Orione y Don Pablo Albera (futuro Obispo de Mileto), invitados por la ocasión.

28 de septiembre de 1909

El Padre Aníbal toma posesión del antiguo Convento “San Pascual” en Oria (Brindisi). En la entrada coloca las imágenes del Corazón de Jesús y del Corazón de María, con las respectivas inscripciones: “Yo soy el dueño (la dueña) de esta casa y de los que la habitan y me aman”.

Enero de 1910

Una injusta persecución por parte de las Autoridades gubernativas se desencadena contra los Institutos del Padre Aníbal. Él anota en el “Libro de los divinos beneficios”: “Este año empezó, para nosotros, con tribulaciones excepcionales, ¡alabado sea Dios!”.

1 de agosto de 1911

Tras invitación de Don Eustaquio Montemurro y con la autorización de los Obispos interesados, el Padre Aníbal asume la dirección de las “Hijas del Sagrado Costado” y de los “Pequeños Hermanos del SS. Sacramento”.

20 de agosto de 1911

El Padre Aníbal acoge en su Instituto masculino de Oria los “Pequeños Hermanos del SS. Sacramento”, después de haberlos recogido del Seminario de Bisceglie (Bari) y acompañado personalmente en tren. Dos de estos chicos serán los futuros Rogacionistas: Padre Santoro Serafín Domingo y Padre Tusino Teodoro.

1 de noviembre de 1913

En Gravina Di Puglia (Bari) el Padre Aníbal abre una Colonia agrícola para los huérfanos, en un terreno donado por la rica Familia Mennini-Sottile.

1915

En Italia se propaga el flagelo de la guerra. El Padre Aníbal compone dos oraciones para implorar al Señor el don de la paz, y prescribe que se recen en sus Comunidades cada día antes de la bendición con el Santísimo Sacramento.

12 de mayo de 1917

Monseñor Luis Pellizzo, Obispo de Padua, telegrafía al Padre Aníbal para pedirle que envíe unas monjas Hijas del Divino Celo al hospital Militar de Padua. El Padre Aníbal interpela la Comunidad religiosa de Mesina, y queda profundamente emocionado por la generosidad y la disponibilidad de las hermanas.

16 de julio de 1917

El Padre Aníbal firma el contrato y compra en Padua, barrio Arcella, el segundo lote de terreno (otros 11 mil metros cuadrados) cerca del que están construyendo el Orfanato.

22 de abril de 1923

Fiesta del Patrocinio de San José. En los Institutos masculinos del Padre Aníbal tiene lugar, por primera vez, el rito de la Profesión perpetua de los Religiosos. En Oria (Brindisi), junto a él que preside el rito, profesan el Padre Pantaleón Palma y fray Carmelo Drago. En Mesina, junto con el Padre Francisco Vitale que preside el rito, profesan los Clérigos Teodoro Tusino y Serafín Domingo Santoro.

15 de agosto de 1923

En el Orfanato antoniano masculino de Mesina, en el barrio Aviñón, el Padre Aníbal bendice e inaugura una rotativa, la máquina tipográfica más avanzada en aquel momento, imponiéndole por nombre “La Gracia”.

14 de junio de 1924

En Mesina, en la segunda Catedral barraca, el Arzobispo Ángel Paino confiere el Orden del Presbiterado a los diáconos Rogacionistas Teodoro Tusino y Serafín Domingo Santoro. El Padre Aníbal ve así los primeros dos sacerdotes formados en su escuela apostólica.

24 de mayo de 1925

El Padre Aníbal inaugura el Orfanato masculino de Roma, encomendándolo a las hermanas Hijas del Divino Celo y lo consagra a los “Divinos Superiores”: el Sagrado Corazón de Jesús y la Inmaculada.

28 de febrero - 3 de marzo de 1926

Monseñor Francisco Parrillo va a Mesina, a los Institutos del Padre Aníbal, como Visitador Apostólico. Después de desarrollar su mandato, vuelve a Roma edificado por la venerable figura del Fundador y admirado por las Obras de caridad fundadas por él.

4 de abril de 1926

Domingo de Pascua. Con la solemne procesión se inaugura el Templo del Rogate (Santuario de San Antonio). Es la primera iglesia en albañilería construida en Mesina después del terremoto de 1908 y es también la primera iglesia, en el mundo, dedicada a la oración por las vocaciones.

Mayo de 1926

En la revista “Dios y el Próximo” el Padre Aníbal publica, por primera vez, una fotografía suya. En el número de julio explica: “Me decidí a tanto por las insistencias que escribían los devotos de San Antonio en las cartas, incluso llegando a dudar si yo existiera de verdad o fuera un mito”.

13 de junio de 1926

El Padre Aníbal baja al Templo del Rogate para celebrar la Santa Misa. Es su segunda y última celebración eucarística en la nueva iglesia.

30 de julio de 1926

La Congregación de los Religiosos, después del informe hecho por Monseñor Francisco Parrillo, envía a Monseñor Ángel Paino, Arzobispo de Mesina, la autorización para la fundación canónica de las dos Congregaciones religiosas.

6 de agosto de 1926

Monseñor Ángel Paino, Arzobispo de Mesina, con dos Decretos diferentes, aprueba las Constituciones de los Rogacionistas del Corazón de Jesús y de las Hijas del Divino Celo. El Padre Aníbal obtiene, así, el reconocimiento canónico diocesano de sus Congregaciones religiosas.

14 de octubre de 1926

El Padre Aníbal se despide de Oria (Brindisi) para volver a Mesina. Es su última visita a las Casas de Apulia.

15 de marzo de 1927

El Padre Aníbal muestra su deseo de recibir la Unción de los enfermos, que le administra el Padre Ernesto Fochesato de los Camilos, asistido por el Padre Francisco Vitale y por el Hermano Coadjutor María Antonio Scolaro.

9 de mayo de 1927

Por disposición de los médicos, el Padre Aníbal es llevado a la residencia de campaña en el barrio “Guardia”, en el intento de sanarlo de aquella enfermedad.

1 de junio de 1927

A las 6 y 30 horas, el Padre Aníbal fallece serenamente, asistido por el Padre Francisco Vitale y por unos Religiosos Rogacionistas, mientras el sacerdote Vicente Gandolfo acaba de celebrar la Santa Misa para los agonizantes. Las Autoridades Civiles proclaman el luto ciudadano.

2 de junio de 1927

El Ministerio del Interior concede el permiso de enterrar el cuerpo del Padre Aníbal en el Santuario de San Antonio en Mesina.

4 de junio de 1927

En Mesina, a las 5 horas de la tarde, tiene lugar la apoteosis del entierro del Padre Aníbal. La participación popular es espontánea, inmensa, conmovedora. El cortejo se desarrolla en cerca dos kilómetros de recorrido.

Anibal María Di Francia nació el 5 de julio de 1851. Las palabras de Jesús: «*La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies*» (Mt 9, 37-38; Lc 10,2), se convirtieron, desde joven, en la fuente de su espiritualidad y su apostolado. Ordenado sacerdote, se consagró a la promoción humana y espiritual de los huérfanos y pobres y se aplicó con todos los medios para la difusión de la oración por las vocaciones. Fundó las Congregaciones religiosas de las *Hijas del Divino Celo* y de los *Rogacionistas del Corazón de Jesús*, los *Institutos Antonianos* y la *Unión de oración por las vocaciones*. El sueño que esta oración se volviera “universal” se hizo realidad gracias a la institución de la *Jornada mundial de oración por las vocaciones* realizada por Pablo VI (1964). Terminó su vida terrena, vivida en constante y creciente ejercicio heroico de las virtudes cristianas, el 1 de junio de 1927 en Mesina. Es unánimemente reconocido como “auténtico anticipador y celoso maestro de la moderna pastoral vocacional” y como “verdadero padre de los huérfanos y de los pobres”. Juan Pablo II lo proclamó *beato* el 7 de octubre de 1990 y *santo* el 16 de mayo de 2004.

www.difracia.net

Gaetano Passarelli, nacido en Castrovillari (Cosenza), vive en Roma. Es profesor de *Historia bizantina* en la Universidad Roma Tres y de *Espiritualidad Oriental* en el Instituto Superior de Estudios Medievales y Franciscanos del Pontificio Ateneo Antonianum; Director responsable de la revista “Estudios sobre el Oriente Cristiano”; Consultor Histórico en la Congregación para las Causas de los Santos. Hizo muchas publicaciones científicas sobre la iconografía, la liturgia y la historia bizantina, traducidas a diferentes idiomas. Para Jaca Book dirige la colección “Mujeres de Oriente y Occidente”. Es autor también de biografías, novelas y guiones.